



Tinta y pólvora

REBECA MIRTO

Tinta y pólvora

Rebeca Mirto

© Rebeca Mirto, noviembre 2024
Corrección y maquetación: Alba M. Vila

ASIN:

Aunque inspirada en parte en sucesos históricos, esta novela contiene personajes, lugares y circunstancias ficticias.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Este libro se publica bajo los términos y condiciones de la licencia Creative Commons Atribución-No comercial-No derivar 3.0 (CC BY-NC-ND)

www.rebecamirto.com
hola@rebecamirto.com
Instagram. @rebeca.mirto

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo: 5 años después](#)

Capítulo 1

El sonido metálico de una pistola al ser amartillada era demasiado familiar como para que Michael pestañeara al escucharlo. Por eso, cuando vio a ese chico que apenas tendría quince años apuntarle con una mano temblorosa mientras dejaba ir una tibia amenaza, sonrió. Bajó la mirada unos instantes al cigarrillo que sostenía entre los dedos y, sin perder la calma, se lo llevó a los labios y dio una última calada. Sus ojos se clavaron en los del muchacho. Se había topado con decenas de chavales como él en los últimos años. Críos que se echaban a las calles a ganarse la vida con un arma en la mano en lugar de repartir periódicos. Que preferían descargar barriles de whisky de madrugada en un callejón con olor a orín antes que doblar la espalda para cargar sacos de patatas en el almacén de un restaurante. Que creían que bailar cada día con la muerte era emocionante y les hacía más hombres.

—¡Vamos! —exclamó el chico con un marcado acento italiano, fuera de sí, cada vez más nervioso ante la tranquilidad de Michael—. ¡Dime quién... quién mató a Cesaro el jueves por la noche!

Michael asintió con la cabeza lentamente. Así que era eso. Carlo el Romano mandaba a uno de sus cachorros a intimidarle en un callejón para que confesara qué pasó ¿Es que el viejo gordo espagueti no le conocía ya después de tantos años? ¿Pensaba que ese crío le iba a sacar una confesión?

—Chico, es mejor que te largues —dijo al fin tras un carraspeo mientras miraba al joven bajo el ala de su sombrero.

Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro con cierta impaciencia. Quería largarse de allí, ir al club y quizá jugar unas partidas antes de quedarse dormido en cualquier parte, acunado por el jazz, con el sabor del buen whisky irlandés en la boca.

Entonces, percibió algo. Los ojos del chico, grandes y negros, se dirigieron hacia el lado izquierdo de la calle por el que se veía el poco tráfico que había a esas horas en aquella zona de la ciudad. No estaba solo.

En efecto, en pocos segundos un grupo de tres o cuatro policías aparecieron en el callejón con las porras en la mano, dispuestos a atraparlo de una vez por todas. Michael arrojó el cigarrillo al suelo y echó a correr en dirección contraria, no sin antes darle un empujón al joven italiano.

Se dirigió a una de las calles principales del barrio, sorteando con agilidad a los transeúntes con los que se cruzaba y que le miraban como si estuviera loco. Sabía que, tras él, los agentes se cuidarían mucho de sacar sus armas. Bastante asustados vivían los habitantes de Chicago a causa de las peleas entre bandas como para que la propia policía empezara a pegar tiros por la calle. Michael sonrió y buscó con la mirada un lugar en el que ocultarse, mientras se prometía a sí mismo vengarse de aquel chaval italiano. Había conseguido retenerlo el tiempo suficiente y, en parte, había sido culpa suya. Había infravalorado al chico de grandes ojos negros, pero ya no volvería a cometer ese error. La próxima vez que se cruzara con él, le llenaría el

cuerpo de balas.

Evelyn dejó ir un resoplido al ver el desastre que los aspirantes a periodista habían armado en la biblioteca. Los estudiantes habían conseguido un permiso de Henry Wilson, el encargado, para ocupar una de las mesas grandes del fondo y usarla para sus investigaciones. Una vez obtenida la información que necesitaban, habían salido corriendo y dejaron los libros, periódicos y revistas tal cual sobre la mesa. Ahora, le tocaba a ella recogerlo todo para devolverlo a los estantes correctos. Con pereza, empujó el carrito metálico hacia allí. Calculó que la tarea la mantendría ocupada hasta la hora de comer, en el caso de que no hubiera demasiados visitantes. Por suerte, las mañanas eran bastante tranquilas en la biblioteca, a excepción de algunos abuelos que acudían a primera hora a leer la prensa. Por las tardes, era el turno de los lectores que trabajaban por la mañana y se evadían leyendo alguna novela que otra.

—¡Niña! Ese libro del tal Fitzgerald es una porquería.

Evelyn se giró para ver a la anciana Vera en la entrada de la biblioteca, enfrente del mostrador en el que atendía a los clientes. Iba envuelta en uno de sus costosos abrigos de piel sobre los que se colocaba largos collares de perlas, pese a que Evelyn le había advertido varias veces que algún día un delincuente le daría un disgusto. Su cabello ralo apenas se veía bajo un delicado sombrerito de terciopelo negro decorado con plumas de colores.

—Buenos días a usted también, Vera —saludó sin dejar de cerrar los libros que los estudiantes habían dejado abiertos—. Henry se empeñó en comprarlo, ya le advertí que no iba a gustar mucho a la gente.

—Te lo dejo aquí y me voy, que tengo recados que hacer.

—¡Gracias! —respondió Evelyn con más entusiasmo del que quería demostrar, pues aunque la anciana era educada, tenía aquel descaro de la tercera edad que la exasperaba.

De nuevo en silencio y disfrutando de los rayos de sol que entraban por las cristaleras y daban un aire cálido a aquel rincón sumido en el desorden, siguió recogiendo y depositando los libros y periódicos en el carrito para devolverlos después a su lugar correspondiente. Apenas en un murmullo, tarareaba una canción que había escuchado por la radio al levantarse.

No habían pasado ni cinco minutos cuando volvió a escuchar a sus espaldas el sonido de la puerta y unos pasos precipitados sobre la tarima de madera del suelo. Resopló de nuevo mientras dejaba un libro con brusquedad sobre el carrito y se irguió sin darse la vuelta para ocultar su gesto de hastío. Lo último que necesitaba era alguien con prisas.

Entonces, sintió que una mano atrapaba su cintura con firmeza mientras otra cubría su boca y su nariz. Alguien apretó su cuerpo contra el suyo por detrás. Al instante, escuchó la voz de un hombre que susurraba en su oído:

—No grites. No corras. No hagas nada que yo no te diga.

Evelyn pensó en defenderse. Tenía las manos libres, podía coger un libro y golpear en la cabeza al atracador, pero al sentir algo metálico contra su cadera derecha supo que iba armado. Era mejor no correr riesgos. Asintió con la cabeza con la respiración agitada y levantó las manos para mostrar su disposición a colaborar.

—Dime dónde me puedo esconder —dijo el hombre de nuevo, sin aflojar la presión sobre la cintura de Evelyn.

La mano que cubría su boca se movió unos milímetros, el espacio suficiente para permitir que Evelyn hablara.

—Hay un almacén justo ahí, está abierto —respondió ella con la voz entrecortada,

señalando una estrecha puerta metálica que había al fondo del pasillo y donde se guardaban los libros pendientes de expurgo.

El hombre la liberó de su agarre y se dirigió hacia el almacén con grandes zancadas. Abrió la puerta y se metió dentro sin que Evelyn pudiera verle la cara, tan solo una gabardina y un sombrero que hacían que ese hombre pudiera confundirse con cualquiera de los que pasaban por la calle.

Apenas había recuperado el aliento cuando la puerta se volvió a abrir y cuatro policías con las porras en ristre irrumpieron en la calma de la biblioteca. Parecieron darse cuenta de que su entrada rompía el silencio de aquel sitio, pues frenaron en seco y miraron a todos lados, buscando a alguien. Buscando al tipo que se escondía en el almacén y cuya seguridad estaba ahora en las manos de Evelyn, quien se había girado de frente a los policías.

—Buenos días, señorita —dijo uno de ellos algo confuso, antes de quitarse la gorra, esforzándose por mostrarse caballeroso.

—Bue... buenos días, ¿en qué puedo ayudarlos? —respondió ella con una mano al pecho y sonriendo como si nada pasara.

—Un hombre muy peligroso acaba de entrar aquí —explicó el agente—. ¿Dónde está?

Evelyn tardó unos segundos en responder. Su deber como ciudadana era informar acerca de los delincuentes, en especial con la situación en la que se encontraba Chicago desde la promulgación de la Ley Seca. Sin embargo, había otra posibilidad: que el hombre que se escondía en el almacén no fuera un delincuente común, sino un criminal, un miembro de las familias que aterrorizaban a la ciudad y protagonizaban matanzas y portadas de periódicos. Podía delatarlo, pero quizá implicaría una venganza por parte de su banda que acabaría con ella tirada en un callejón, con una bala en la frente.

—No he visto a nadie —dijo al fin, encogiéndose de hombros.

Los agentes se miraron entre ellos con confusión, pues habían visto claramente a Michael Byrne, mano derecha de James O'Malley «El Silencioso», entrar en la biblioteca. El mismo policía que había hablado antes carraspeó e insistió.

—¿Señorita...?

—Foster, Evelyn Foster —se apresuró a decir sin perder la sonrisa. A veces, le salía bien jugar a la chica tonta.

—Señorita Foster, ese hombre ha estafado, robado, agredido y asesinado. Tenemos que sacarlo de las calles y meterlo entre rejas.

—¡Qué horror! —exclamó con sinceridad, aunque el argumento del agente confirmó sus sospechas e hizo que se acabara de convencer de que no era una buena idea delatarlo—. Pues espero que lo encuentren, aquí desde luego no está —volvió a decir mirando a su alrededor, donde solo había mesas y sillas vacías entre las filas de estanterías.

Los policías volvieron a cruzar miradas y Evelyn se esforzó al máximo en mantener una sonrisa inocente, notando la tensión en las mejillas.

Mientras tanto, dentro del almacén polvoriento y lleno de libros amontonados de cualquier manera, Michael mantenía la espalda pegada a la pared y contenía la respiración. Escuchó la conversación entre los agentes y la bibliotecaria, atento por si la mujer flaqueaba y debía actuar. En la penumbra del cuarto, se miró las manos. Abrió y cerró los dedos, intentando traer a la memoria su tacto, la suavidad del vestido y la sensación de la carne hundiéndose por la presión cuando la sujetó contra sí. Aún podía percibir el aroma a jazmín que desprendía. Aunque seguramente a ella le había parecido brusco o incluso violento, en realidad había sido bastante delicado para lo que eran sus costumbres. De haber sido un hombre en lugar de una mujer, se

hubiera llevado un brazo retorcido.

Se asomó por la rendija de la puerta y levantó un poco el ala de su sombrero. Desde allí veía la silueta de la joven y los desconcertados rostros de los policías, que se disculpaban y retrocedían hacia la puerta mientras pedían disculpas, pero sin dejar de mirar hacia todos lados. Michael sonrió triunfante en las sombras. De nuevo había escapado de ellos delante de sus narices.

Evelyn hubiera querido acompañarlos hasta la puerta mientras los agentes se iban, pero estaba paralizada. Cuando se marcharan, ella volvería a quedarse a solas con el criminal al que había encubierto. Quizá simplemente se fuera por donde había venido o a lo mejor, a pesar de su buena voluntad, le cortaría el cuello allí mismo. Cogió aire, hizo acopio de valor y giró sobre sus pies para ver al delincuente salir del almacén exhibiendo una sonrisa que la impactó en la mitad del pecho. Era la sonrisa limpia de alguien que no está acostumbrado a sonreír, una de esas sonrisas que iluminaban el rostro y hacían brillar los ojos porque son raras como un diamante. Por unos segundos, era impensable la idea de que aquel hombre fuera capaz de hacer cosas horribles hasta que creyó ver por un segundo una pistola en su cintura.

—No me hagas nada —le pidió Evelyn, dando un paso hacia atrás, con tanto miedo como curiosidad.

—¿Seguro? —preguntó él girando el rostro para mirarla con picardía, sin perder la sonrisa que demostraba lo contento que estaba con el desenlace de aquella historia.

Evelyn enarcó las cejas, sorprendida por aquel descaro. Se ruborizó. Sin saber muy bien qué responder, se llevó ambas manos al pecho en un gesto quizá algo teatral a ojos de Michael, pero genuino por parte de ella. La gran mayoría de los hombres con los que trataba a diario tenían edad para ser su padre o su abuelo y eran clientes de la biblioteca, así que las conversaciones con el género masculino no eran muy amenas. Su madre, allá en su granja, estaría contenta de saberlo, pues jamás le había gustado ver a su pequeña alternando con chicos desde que tenía apenas catorce o quince años.

Michael, ajeno a lo que pasaba por la mente de Evelyn, introdujo la mano en el interior de su gabardina abierta para sacar un paquete de tabaco. Extrajo un cigarrillo con la agilidad que otorga la costumbre.

—No irás a encender eso aquí —dijo ella apuntando el cigarro con el dedo, perpleja ante la naturalidad con la que ese tipo manejaba el cigarro dentro de una biblioteca, aunque ella misma se moría de ganas por dar una calada.

—¿Por quién me has tomado?

Ya no sonreía. Evelyn sintió que se le helaba la sangre cuando le clavó sus ojos azules y fríos, con una mirada dura como el acero, esperando una respuesta. No era una pregunta retórica y su gesto lo dejaba muy claro, así que a la bibliotecaria no le quedaba otro remedio que responder.

—Yo... Es mejor que te vayas —dijo envalentonada, haciendo que el tipo alzara una ceja con una mezcla de curiosidad y sorpresa. Volvió a sonreír.

—Eres muy valiente.

Alargó una mano hacia ella y Evelyn dio un traspié que le hizo chocar con el carrito lleno de libros. De repente, recordó su enfado por el desastre que habían armado los estudiantes de Periodismo, algo que ahora parecía lejano, como si hubiera ocurrido mil años atrás.

—Eh, pretendía ser educado —protestó él con cierta guasa, sin apartar la mano—. Michael Byrne a tu servicio, quedo en deuda contigo.

Evelyn no hacía más que desconcertarse por momentos ante la soltura con la que él

llevaba la conversación con pocas palabras y miradas bien estudiadas. Al final, la situación era casi divertida, como una broma que ha ido un poco lejos. Todavía con dudas y una sonrisa confusa, alargó su mano para estrechar la de él.

—Mi querida Evelyn Foster —se adelantó él de nuevo, sin soltar las riendas de la conversación en ningún momento—. Me acordaré de tu nombre.

El apretón de manos fue fuerte y dominante. La mano de Michael era cálida, dura, pero supo acoger la de Evelyn con la firmeza necesaria sin hacerle daño. Cuando la soltó, Evelyn quedó unos segundos con los dedos en el aire mientras él le dedicaba una última sonrisa socarrona, se despedía levantando el ala de su sombrero con dos dedos y se daba media vuelta para dirigirse hacia la salida. Evelyn lo observó mientras encendía su cigarro, se abrochaba la gabardina y desaparecía calle abajo.

Dejó ir un suspiro de alivio, aunque su corazón latía con fuerza. Sabía que tenía las mejillas enrojecidas por una emoción que no sabía identificar. Quizá era una mezcla de miedo y curiosidad. La situación que acababa de vivir había sido como si alguien arrojara una piedra en el estanque de aguas tranquilas que era su vida. Las ondas aún reverberaban en su interior. Hacían que sus manos temblaran y su respiración se agitase. Había encubierto a un criminal mintiendo a la policía, pero no se sentía culpable. Por unos momentos, se había asomado al abismo de un mundo peligroso que solo conocía a través de los periódicos y algo dentro de ella clamaba por volver a sentir algo así, esa emoción que hasta ese instante solo había conocido en los libros.

«No, no está bien», se dijo a sí misma antes de sacudir la cabeza y retomar la labor de colocar los libros en el carrito. Mientras los amontonaba de forma automática, no dejaba de repasar una y otra vez lo sucedido. Llegó a la conclusión de que la emoción que sentía se debía a la ruptura de su monotonía. Se recordó a sí misma que también se había alterado una mañana en la que una lectora de la biblioteca sufrió un desmayo y tuvo que llamar a la ambulancia. Sí, era eso. No había nada de especial. No debía volver a pensar en ello, solo dar gracias por haber salido ilesa. Sin embargo, la vida no se lo iba a poner tan fácil.

El resto del día transcurrió sin más novedades en la biblioteca. Cuando Henry apareció por allí a última hora de la tarde, Evelyn ni siquiera mencionó el incidente con ese tal Michael Byrne y la policía, a pesar de que su jefe se lo puso en bandeja.

—Me han dicho que hoy habrá una redada en ese bar de ahí enfrente —comentó señalando hacia la puerta—. Al parecer en su sótano pasan cosas que no deberían pasar... —añadió de forma enigmática mientras encarcaba las gruesas y puntiagudas cejas hacia la joven.

—Siempre estás con tus chivatazos—respondió Evelyn negando con la cabeza al tiempo que sonreía—. Yo prefiero no enterarme de que estamos tan cerca de *esas cosas*.

La bibliotecaria se acercó a la percha para coger su abrigo y su bolso. Estaba dispuesta a regresar a su pequeño apartamento y disfrutar de un sándwich de ensalada de pollo mientras ponía la radio y se entretenía con las peripecias de Sam “n” Henry.

—Tienes que estar informada —replicó su jefe arrugando su poblado bigote en una mueca de reproche—. Y aprender a detectar las señales: quién es peligroso, qué lugares es mejor no visitar, con quién no debes hablar...

Henry enumeraba las señales con el dedo índice levantado mientras Evelyn le miraba con una sonrisa vacía. Aquello le hizo pensar de nuevo en Michael Byrne, pero en su mente todo se había transformado en una travesura que no iba a explicar a su jefe. Terminó de acicalarse y se despidió del hombre, que solía quedarse a solas en la biblioteca tras la hora del cierre. Evelyn no sabía qué hacía allí, pero tampoco le había preguntado nunca. Quizá tan solo disfrutar del silencio.

Con pasos pequeños pero rápidos se dirigió hacia la parada del tranvía. Apretó su bolso contra el pecho y oteó la calle para comprobar si llegaba a tiempo. Sin embargo, apenas había recorrido unos metros cuando alguien apareció de la nada para interponerse en su camino. Paró en seco y pestañeó algo confusa. Al levantar la mirada, se encontró de nuevo con la sonrisa de Michael Byrne. Ante el estupor de Evelyn, él le dedicó un saludo alzando el ala de su sombrero unos centímetros.

—Buenas noches, señorita Foster —dijo con aquel carisma arrollador.

—Buenas noches, señor Byrne —respondió ella con indiferencia fingida, aunque el corazón volvió a acelerarse dentro de su pecho. Otra vez el miedo. Otra vez la emoción.

—No me gusta tener deudas pendientes, así que he venido a saldar la nuestra ahora mismo.

Tras decir aquello, alargó una mano para tomar a Evelyn del codo izquierdo y tirar de ella suavemente hacia la pared, evitando así que entorpeciera el paso del resto de transeúntes. Aquella muestra de educación, amabilidad o simple civismo sorprendió a Evelyn, que siempre imaginaba a los criminales de Chicago como hombres toscos, maleducados y violentos. Sin embargo, no podía bajar la guardia por más que esa sonrisa y esos ojos azules le transmitieran todo lo contrario a lo que el agente de policía había dicho de él por la mañana.

—No es necesario... —comenzó a decir ella con una sonrisa cordial, viendo por encima del hombro de Michael que su tranvía se acercaba. Si corría un poco, podría alcanzarlo y llegar a su casa según sus planes.

—Sí que lo es —replicó él con firmeza, atenuando la sonrisa y sin apartar los ojos de ella —. Te voy a llevar a un sitio donde hacen el mejor pan de patata con mantequilla de Chicago. No acepto un no por respuesta.

Algo le dijo a Evelyn que no era una frase hecha. Quizá fue la sombra que oscureció la mirada de Michael por unos segundos o el hecho de que su expresión socarrona se transformara en un gesto serio e incluso autoritario. Fuera como fuera, suspiró resignada y decidió sonreír y asentir con la cabeza. Volvió a notar aquel vértigo mientras cruzaban la calle para llegar al Emerald Jazz Tavern, apenas a unos cien metros del bar donde, según Henry, habría una redada aquella noche.

Michael le sujetó la puerta y le cedió el paso. En ese momento, las suaves notas de jazz llegaron hasta Evelyn, que no pudo evitar una sonrisa al ver el interior del restaurante. El ambiente era tranquilo y elegante. Al fondo había un escenario sobre el que un pianista y un contrabajo desgranaban una melodía tranquila que se mezclaba con las voces de quienes cenaban allí. La luz procedía del resplandor anaranjado de algunas lámparas colocadas de forma estratégica para que cada mesa pareciera aislada de las demás, ofreciendo una agradable sensación de intimidad. Evelyn jamás había estado en un sitio así y se sorprendió al pensar que estaba tan cerca de su querida biblioteca. Al notar que sus tacones se hundían en la moqueta de color granate, tuvo una inmediata sensación de comodidad. Todo allí dentro inspiraba una calma confortable y un ambiente selecto que, de alguna manera, le pareció compatible con su trabajo en la biblioteca. Sin embargo, al fijarse con detenimiento en el atuendo de las mujeres que cenaban allí en compañía de sus esposos, fue consciente de que, en realidad, su sueldo de bibliotecaria no le permitiría disfrutar de muchas cenas como aquella. Se sintió un poco fuera de lugar y cuando un camarero acudió para ayudarla a quitarse su abrigo y llevarlo al ropero, tuvo un poco de vergüenza al lucir su sencillo vestido de algodón de color azul, un poco más apretado allí donde se colocaban los dulces de nata que tanto le gustaban.

—Ven, he reservado una mesa —le dijo Michael animándola a seguir al servicial

camarero, quien los condujo hasta una mesa con una localización muy específica.

Desde allí se veía la puerta de entrada, aunque solo de forma parcial, pero también quedaba a la vista el resto del salón y uno de los laterales del escenario, donde parecía haber una puerta de servicio o una salida de emergencia. Evelyn hubiera preferido tener una mejor vista de los músicos o incluso de la barra, pues le fascinaba ver cómo se preparaban los cócteles, pero se abstuvo de decir nada.

Michael también había cedido su gabardina al camarero y se presentaba ante ella con un traje hecho a medida. Tenía un ajuste perfecto que dejaba ver que bajo él había un cuerpo robusto pero firme. Esa característica, sumada a la confianza y seguridad con la que se movía, tenía cautivada por completo a Evelyn. ¿De verdad aquel hombre era un *criminal*? Lo podría imaginar como político, inversor o publicista, pero no como un asesino, ladrón o estafador. Entonces pensó en sí misma: ¿encajaría en el prototipo de bibliotecaria? ¿O quizá alguien pensaría de ella que era secretaria, enfermera o quizá maestra? Aunque su cabello corto, los vestidos por la rodilla y el maquillaje no encajaban demasiado con la figura de una maestra de escuela, ni siquiera en Chicago. De hecho, había sido motivo de muchas discusiones con su madre y uno de los detonantes de que decidiera irse de casa.

Michael ni siquiera prestó atención a la carta. Sus ojos estaban fijos en Evelyn, como si, en realidad, estuviera pensando qué hacer con ella.

—Nunca había venido aquí —comentó Evelyn para soltar los nervios, un tanto incómoda pero halagada al mismo tiempo ante la descarada mirada de su acompañante. Bajo la mesa, cruzaba los tobillos y movía la punta del pie derecho de forma acelerada.

—Te va a encantar —aseguró mientras alzaba una mano y llamaba al camarero—. Estofado irlandés y una cesta de pan de patata —pidió con seguridad, mirando con tanta fijeza al joven, quien pareció sentirse intimidado—. Y zumo de uva roja. Después pediremos los postres.

Mientras Michael ultimaba detalles de la cena con el camarero, Evelyn abrió su pequeño bolso para coger su pitillera y extraer un fino cigarrillo. Al verla, él enarcó las cejas y esbozó una sonrisa de satisfacción, pero a ella le pasó percibido aquel gesto, pues su atención estaba en el cierre de la pitillera, que no ajustaba como quería. Solo levantó sus ojos castaños de los cigarros cuando Michael puso ante ella la llama de su mechero de plata en el que había una elegante letra B grabada. Encontró de nuevo aquella sonrisa que derrochaba fuerza, pero también cierta vulnerabilidad. Fuera lo que fuera aquel hombre, había algo más detrás de su imponente fachada.

Evelyn, tras dar la primera calada al cigarrillo y exhalar el humo hacia el techo, preguntó con decisión:

—¿Por qué te perseguían?

Por supuesto, se envalentonaba de aquella manera porque estaban en un lugar público, aunque bien sabía que los gánsteres no tenían problemas en sacar la pistola donde fuera necesario.

Michael la miró unos instantes, de nuevo como si estuviera sopesando entre varias posibilidades. Sin responder, alargó una mano para coger la pitillera de Evelyn y sacar un cigarro. Con parsimonia, se lo introdujo entre los labios y lo encendió. Desvió los ojos de la mujer solo unos segundos y luego volvió a clavarlos en ella.

—Creo que ya te lo dijeron, ¿me equivoco? —respondió finalmente, aludiendo a las palabras del policía que había hablado con Evelyn.

No sonreía. Cada vez que eso ocurría, la bibliotecaria sentía como si se le helara la sangre en las venas. Como si, de repente, fuera una presa delante del depredador. El aura de Michael pasaba del carisma al peligro en cuestión de segundos.

—No —respondió al fin, agradeciendo tener el cigarrillo entre los dedos para disimular su inquietud—. Pero quizá me mintieron —agregó con decisión para ver si Michael le contaba algo sobre sí mismo.

—¿Te han mentido muchas veces en la vida? —replicó entonces él con cierta sorna—. Sea como sea, estás aquí conmigo.

Evelyn quiso replicar, pero apareció el camarero con la cesta del famoso pan de patata. Aunque molesta por la interrupción, en realidad aquellos segundos le permitieron decirse a sí misma que debía relajarse, que si realmente estaba ante un criminal no era bueno presionarle para que le hablara de ello en un restaurante.

Cuando volvieron a quedarse solos, Michael tomó un trozo de pan y se lo metió en la boca. Desvió la mirada unos instantes, como si pensara qué decir a continuación. Evelyn solo carraspeó y apagó su cigarrillo en el cenicero. Lo estrujó con rápidos pero firmes toquitos hasta que dejó de humear.

—Me busco la vida como puedo —dijo él, volviendo sus ojos azules hacia ella de nuevo, sonriendo de nuevo—. Y hay a quien le parece mal.

—Yo también me busco la vida, pero nadie me persigue por ello —replicó Evelyn enarcando las cejas pero sin sonar hostil.

—No hables muy alto, tú misma deberías saber que a lo largo de la Historia la palabra escrita ha sido peligrosa para los que mandan, creo que ha habido quemaduras de libros en el pasado, ¿no es así?

Evelyn no pudo contener una expresión de sorpresa y de agrado al mismo tiempo. Una vez más, aquella respuesta no parecía propia de un gánster, sino de alguien culto y leído que debería buscarse la vida de otro modo que no fuera contraviniendo la ley. Sea como fuera, el camarero regresó con los dos platos de estofado. Al percibir el aroma del guiso, Evelyn se dio cuenta de que tenía hambre y de que el perrito caliente que había comprado en el puesto de la esquina a mediodía había sido una comida escasa.

—Tú ganas —dijo finalmente mientras extendía la servilleta sobre su regazo.

Michael dejó ir una risa encantadora. Los ojos le brillaban por aquel nuevo triunfo. Estaba claro que era un hombre acostumbrado a que todo le saliera bien con el simple uso de su carisma y su inteligencia. Evelyn sentía una atracción tan instintiva hacia él que tuvo miedo de dejarse llevar y decir o hacer algo de que se arrepintiera. Su vida era monótona y rutinaria, pero segura. Cuando terminara aquella cena, regresaría a su apartamento y todo volvería a la normalidad.

—¿Te gusta? —preguntó él entonces, ya armado con el cuchillo y el tenedor para disfrutar de la cena con sumo gusto.

—Sí, hacía mucho tiempo que no comía estofado de carne —confesó, pues lo cierto era que su empeño en ahorrar hasta el último centavo hacía que siempre comprara alimentos baratos. Solo hacía una excepción con los dulces.

—Una chica trabajadora como tú debería comer estofado al menos tres veces por semana —respondió Michael mientras la apuntaba con el tenedor.

Evelyn no pudo evitar reír por primera vez en aquella improvisada cita, lo cual complació a Michael, que sonrió al verla. No dejaba de contemplarla como si fuera algo extraño, una joya recién descubierta o un animal exótico.

En ese momento, un tipo entró al restaurante envuelto en una gabardina, con el sombrero colocado de tal forma que apenas se podía ver su rostro. El maître, solícito, se acercó a él y le preguntó si quería una mesa, pero el hombre lo ignoró por completo para acercarse a la mesa que

ocupaban Michael y Evelyn. Ella frunció el ceño, extrañada por aquel atrevimiento, hasta que vio que el tipo se inclinaba para decirle algo al oído a su acompañante. Daba la sensación de que Michael lo esperaba, pues no hubo ningún gesto de sorpresa en su rostro. Con seriedad, escuchó lo que tenía que decirle sin mirarle siquiera. Después, asintió con la cabeza. El tipo se fue de allí con la misma rapidez y sigilo con los que había llegado. El maître lo había seguido con la mirada en todo momento, pero no se atrevió a decir nada. Evelyn tampoco.

—Querida, me temo que tengo que irme —anunció Michael mientras dejaba la servilleta en la mesa, junto a los cubiertos.

—¿Cómo? —respondió ella sin poder disimular la decepción al tiempo que dejaba también sus cubiertos sobre el mantel.

Sin responder, Michael metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó algunos billetes que dejó sobre la mesa.

—Cena tranquila y pide el postre que quieras. Después, vuelve a casa en taxi. Nada de tranvía —ordenó al ponerse de pie.

El camarero acudió solícito con su gabardina y también con el abrigo de Evelyn.

—Gracias, pero la señorita se queda —dijo con presteza cogiendo la prenda para ponérsela con agilidad.

—¿Pero qué ha pasado? —acertó a preguntar Evelyn, para quien todo estaba sucediendo demasiado deprisa.

—Tengo que marcharme —respondió él lacónico, mientras se calaba el sombrero.

Sin pronunciar una sola palabra más, salió del restaurante de forma precipitada y dejó a Evelyn sola frente al plato de estofado, en presencia del camarero, que la miraba un tanto confuso.

—Entonces... ¿Va a querer postre? —le preguntó con timidez.

—No, gracias... Yo... yo también me voy —respondió ella con enojo, tomando la servilleta de su regazo y arrojándola sobre la mesa.

Dejó que el chico la ayudara a ponerse el abrigo y salió de allí sabiendo que algunos comensales la miraban. Aunque se moría de la vergüenza, resopló y mantuvo la barbilla alta mientras abandonaba el restaurante con pasos largos y firmes. Ya en la calle, cuando el frío aire nocturno le rozó el rostro, suspiró decepcionada y dejó caer los hombros.

Vio pasar a varios coches de policía a toda velocidad. Los siguió con la mirada mientras sacaba la pitillera del bolso para encender un cigarrillo. Se detuvieron no muy lejos de allí, justo en el bar donde Henry le había dicho que habría una redada. Una decena de policías ocuparon la calle echando a los transeúntes y desviando el tráfico a voces. La puerta del bar se abrió y una multitud de hombres y mujeres trató de escapar, pero fueron interceptados. Evelyn frunció el ceño; su subconsciente conectaba la redada con la repentina marcha de Michael, pero no quería escuchar.

«Evelyn, él está involucrado de alguna manera, solo te invitó a cenar porque necesitaba una excusa para estar cerca hasta que llegara la policía —susurraba su mente—. Piénsalo, quizá ese bar clandestino pertenece a una banda rival y él ha dado el chivatazo. O a lo mejor sabía exactamente a qué hora actuaría la policía y quería sacar de allí el dinero de su banda antes de que llegaran los agentes...».

—Cállate —dijo en voz alta, molesta consigo misma por haber sido ingenua, porque era probable que su cerebro tuviera razón.

Dio dos intensas caladas más a su cigarrillo y lo tiró al suelo para pisarlo después con la punta de su zapato blanco, tratando de permanecer ajena al escándalo que había en calle. En ese

momento, sonó un disparo que convirtió las protestas y sollozos en gritos. Evelyn se encogió sobre sí misma con miedo. Su corazón empezó a latir con fuerza. Con la respiración jadeante, echó a correr en dirección contraria, topándose con otros transeúntes que habían tenido la misma idea, hasta que se metió por una bocacalle que parecía más tranquila. Se apoyó contra el muro con la mano en el pecho y notó que todo su cuerpo temblaba. Desde allí ya no se escuchaban las voces ni los gritos, así que caminó unos metros más hasta que divisó un taxi libre. Alzó la mano para detenerlo y se subió al vehículo con cierta torpeza. Le indicó su dirección al taxista que, si bien la miró con extrañeza por su estado de nervios, supo mantener la discreción y se limitó a hacer su trabajo. Evelyn solo pudo volver a respirar con tranquilidad cuando entró a su apartamento, se puso un camisón y se ocultó bajo las sábanas.

Capítulo 2

—¿Que te dejó tirada?

—¡Shh! No hables tan alto

Evelyn miró a su alrededor con apuro para comprobar si el resto de clientes de la cafetería había escuchado el exabrupto que dejó ir Claire cuando le contó su fracasada cita con Michael. Esta, aún sorprendida por lo que le acababa de contar, abandonó unos instantes su papel de camarera en el Glaser's y se sentó frente a ella.

—¿Pero qué excusa te dio? —insistió Claire con impaciencia.

—¡Ninguna! —respondió Evelyn con evidente frustración—. Entró un hombre, le dijo algo al oído y simplemente se levantó y se marchó.

—¿No te ha llamado?

—No tiene mi número. —Se encogió de hombros, resignada.

—Pero puede buscar el de la biblioteca —replicó Claire—. ¿Le dijiste algo raro?

—Bueno... le pregunté por qué le perseguía la policía, por lo que te he contado antes... —respondió Evelyn titubeante, pues se daba cuenta de que quizá había sido demasiado insistente en ese punto.

Claire frunció los labios y negó con la cabeza con la mirada fija en su amiga.

—Los hombres deben tener sus secretos, más si es uno que no conoces. Y si tienen que ver con la policía, mucho más —la reprendió, todavía con una jarra llena de café en la mano—. Además... sabes muy bien qué hay con ese Michael, por eso se lo preguntaste, ¿verdad?

Evelyn se sonrojó. Aún no se acostumbraba a la forma de hablar tan directa de Claire, tanto para lo bueno como para lo malo. Suponía que por eso era tan buena amiga y por eso era la única persona a la que le había hablado de Michael.

—De hecho... —comenzó a decir—. No quiero ser malpensada, pero a los pocos minutos de que se fuera, hubo una redada en un bar que hay en la misma acera...

Claire dio un golpe en la mesa con aire triunfal. Esta vez sí que llamó la atención de los clientes, que las miraron por unos instantes antes de seguir con sus conversaciones.

—Ahí lo tienes, Eve, ¿es que no lo ves? —Se acercó a ella por encima del café y las tostadas con mantequilla y bajó la voz—; Seguro que pertenece a una banda, a una de esas familias...

Después, recuperó su postura erguida y se atusó los rizos rubios que enmarcaban su rostro. Miró unos momentos a Evelyn con expresión maternal.

—No te metas en líos.

—Tranquila, esta historia ha terminado —respondió la bibliotecaria con ironía y cierto fastidio, pues jamás había tenido ese sentimiento de atracción y peligro que había despertado Michael en ella.

El señor Buford, padre de Claire y dueño del Glaser's, chistó a su hija desde la barra con

el ceño fruncido ante la impaciencia de algunos clientes que esperaban su café. Claire se giró hacia él y exclamó pizpireta:

—¡Enseguida voy, papá! —Después se volvió hacia su amiga con el gesto serio y añadió —: Más te vale, Evelyn, no te busques problemas.

Michael entró en la carnicería de los O'Malley sin saludar apenas, con un simple movimiento con la cabeza hacia el joven que atendía con un enorme cuchillo en la mano y un delantal blanco con manchas de sangre. Bordeó el mostrador, accedió a la trastienda y dio dos suaves golpes con los nudillos. No tuvo que esperar mucho para que le abrieran la puerta ni tampoco se le requirió ninguna contraseña. Ya le esperaban y, además, sabía que le habían visto llegar desde la azotea del edificio.

Al entrar recibió aquel peculiar olor a carne fresca, humo de puro y whisky que ya no le desagradaba como las primeras veces. Ahora se había convertido en algo tan familiar que ni siquiera reparaba en ello. En aquel momento estaba mucho más interesado en qué tendría que contarle James O'Malley «El Silencioso», quien, haciendo honor a su apodo, no había querido explicarle para qué le había mandado llamar a su cuartel general. Lo esperaba sentado tras una enorme mesa de roble macizo en la que descansaban papeles desordenados, algunos fajos de billetes y varios vasos con restos de whisky, acompañado como siempre de dos de sus guardaespaldas. Michael dejó ir una sonrisa algo guasona mientras sacaba un cigarrillo y giraba el rostro para encenderlo, con los fríos ojos azules fijos en su jefe. James lo observaba con aquella actitud imponente, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa y elevando la barbilla con soberbia. Michael dejó que lo analizara con calma, sabía que era parte del procedimiento y que James necesitaba mantener esa actitud con todos sus hombres para que no hubiera ovejas descarriadas. Al fin, habló con voz atronadora.

—Me han dicho que manejaste bien el asunto de la redada en el nuevo bar de Carlo el Romano.

Michael, sin perder la sonrisa, asintió con la cabeza mientras se encogía de hombros y mostraba las palmas de las manos. Aquel gesto venía a decir: «Qué le voy a hacer si soy así de bueno». Michael era uno de los pocos miembros de la familia O'Malley que se permitía actitudes de ese tipo delante del jefe.

—Todo salió según lo planeado —respondió con satisfacción—. Se llevaron a unos cuantos, tiraron el alcohol por la alcantarilla y han clausurado el local por una buena temporada.

James no respondió. Solo abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un fajo de billetes que lanzó a Michael. Este lo cogió al vuelo y lo guardó en el bolsillo interior de su gabardina. Ninguno de los dos contó el dinero. No hacía falta.

—¿Para qué me has llamado? —inquirió Michael, pues a diferencia de otros compañeros no le agradaba estar allí sin hacer nada, dorándole la píldora al capo.

James se inclinó hacia delante con los codos apoyados sobre la mesa y entrelazó los dedos de las manos, sin apartar su mirada analítica de Michael.

—¿Qué tal tu cita? Al parecer te quedaste sin postre...

En ese momento Michael estuvo a punto de perder la sonrisa, pues lo último que esperaba era que James mencionara a Evelyn, ni siquiera de forma indirecta. Carraspeó y trató de permanecer relajado. El recuerdo de la joven y avispada bibliotecaria intentando sonsacarle información primero y mirándolo decepcionada después afectó su ánimo. Odiaba haber tenido que utilizarla como coartada, pero, al mismo tiempo, el hecho de buscar esa coartada había sido

la excusa perfecta para invitarla a salir de cara a los demás.

—Era lo que debía hacer —respondió sin más, pues no quería involucrar a Evelyn de ninguna manera en aquel asunto.

James era experto en localizar los puntos débiles de la gente, en especial de sus propios hombres, para ejecutar después sus chantajes y amenazas. Hasta ahora Michael era indemne: hacía años que no hablaba con su familia lejana y ni siquiera tenía amigos íntimos o un perro fiel que le esperara al llegar a casa. Se sorprendió a sí mismo al pensar en Evelyn como un punto débil, como alguien a quien proteger. Sin embargo, no había tiempo para eso, no con James enfrente de él, atento a sus reacciones.

—Me alegro de que sepas cuáles son tus prioridades y deberes —respondió satisfecho, reposando de nuevo la espalda en el respaldo de la silla—. Pero ahora tenemos cosas más importantes de las que hablar.

El silencio que siguió a esas palabras casi se podía tocar. Michael sabía que no iba a pedirle algo fácil ni exento de peligro, y sabía también que los dos matones que custodiaban a James conocían el asunto, pues percibió que se ponían tensos. Él mismo irguió su postura. Pasó el peso del cuerpo de un pie al otro para disimular la expectación y la impaciencia.

—No hemos terminado con Carlo el Romano —anunció al fin, mencionando de nuevo al capo de los italianos—. Está metiéndose donde no le llaman y vas a tener que darle un mensaje.

—¿Qué tipo de mensaje? —inquirió Michael, ya sin sonreír, pues imaginaba qué era lo que James quería de él.

—Uno que no pueda ignorar —respondió con una sonrisa que mostraba su amplia dentadura; ver a Michael preocupado hacía que sintiera que tenía las riendas bien cogidas—. Ha empezado a contactar con negocios de aquí, de la zona sur, que ahora se niegan a pagarnos. Entrega el mensaje a sus recaudadores, que sepan que no es seguro andar por estas calles.

Michael mantuvo el rostro serio y los ojos fijos en su jefe. Sabía lo que quería decir eso y también sabía que era una misión muy arriesgada. Podrían detenerlo e ir directo a prisión o incluso podía perder la vida si algo fallaba. Y aunque todo saliera bien, Carlo el Romano pondría definitivamente las miras sobre él y escenas como la de aquel chico que lo distrajo para que la policía lo capturara se repetirían con más frecuencia, por no hablar de que Carlo le pondría precio a su cabeza para que sus matones italianos fueran en su busca. Sin embargo, negarse era inconcebible.

—Lo haré.

James miró a Michael con una satisfacción casi paternal. Se levantó de la silla, rodeó la mesa y alargó las manos para atrapar entre ellas la de Michael. La presionó con una mezcla de afecto y autoridad.

—Sabía que podía contar contigo. Por algo eres uno de mis mejores hombres.

Él esbozó una sonrisa de medio lado y dio una última calada a su cigarrillo. Apagó la colilla en un enorme cenicero de cristal que había sobre la mesa y se marchó de allí sin añadir más. En unas zancadas ya respiraba de nuevo aire puro en la calle, en la puerta de la carnicería. Fue entonces cuando sus pensamientos volaron libres hacia Evelyn. Si todo salía mal, no volvería a verla. Si todo iba bien, James querría tenerlo aún más cerca y quizá lo nombrara jefe de algún escuadrón. ¿Podría compatibilizar esa vida con más citas con la bibliotecaria sin que ella se viera afectada? Era la primera vez que se planteaba aquel tipo de cosas, hasta entonces siempre había funcionado en modo automático, dejándose llevar por la emoción del peligro sin pensar en las consecuencias.

—Caballero, por favor, tengo que pasar.

La áspera voz de una antipática anciana irlandesa lo sacó de sus cavilaciones. Musitó una disculpa y se apartó de la puerta del local para que la mujer dejara de refunfuñar. Antes de volver a recuperar el hilo de sus pensamientos, decidió marcharse de allí y empezar a recabar información para planificar «la entrega del mensaje» a los recaudadores de Carlo el Romano.

Evelyn lidiaba con un montón de fichas desordenadas que la esperaban sobre el mostrador. Los viernes solían ser días agitados en la biblioteca, ya que muchas personas solicitaban préstamos para todo el fin de semana. Eso se traducía en que, para atender con más rapidez, Evelyn tomaba notas de esos préstamos en una libreta y después, debía pasarlos a limpio a las correspondientes fichas de los usuarios. Paradójicamente, los viernes también le procuraban uno de los mejores momentos de la semana: quedarse un rato después del cierre sola por completo y en silencio, con algo de música en la radio mientras rellenaba las fichas.

Sin embargo, aquella tarde no lograba acomodarse a esa apacible sensación de cada viernes. Lo que antes era un espacio seguro y tranquilo, ahora era tan solo algo aburrido. Ya no se deleitaba al ver los rayos anaranjados del atardecer cuando atravesaban los cristales de la entrada y se derramaban por el avejentado suelo de madera. Tampoco disfrutaba del silencio que otros hubieran considerado inquietante. Por el contrario, rellenaba tarjetas con la misma actitud que una niña castigada después de clase, mirando de vez en cuando hacia la puerta y sintiendo envidia por los transeúntes que pasaban por delante en dirección hacia sus casas o quizás a cenar en un restaurante elegante.

Solo se escuchaba el rasguido del lapicero sobre la rugosa superficie de las tarjetas y el roce de los zapatos de Evelyn sobre la tarima de madera. Era adormecedor e irritante al mismo tiempo. La bibliotecaria solo quería salir a la calle, ver las luces desde el tranvía y disfrutar del corto paseo nocturno desde la parada hasta su piso de alquiler. Suspiró por enésima vez tras haber comprobado que aún tenía que rellenar catorce fichas más y, entonces, oyó unos golpes en el cristal de la puerta.

Estuvo a punto de gritar a quien fuera que la biblioteca ya estaba cerrada y que volviera el lunes, pero las palabras se atascaron en su garganta al ver que era Michael quien había dado esos toques. Firme ante la puerta, la miraba fijamente bajo el ala de su sombrero, con esa sonrisa socarrona mientras se metía las manos en los bolsillos de la gabardina.

El corazón le dio un vuelco, por supuesto. Al principio, no estuvo segura de cuál era la emoción que le provocaba verlo ahí. Quizá fueran varias a la vez. Al principio, no pudo evitar sentir ese arrebató que la empujaba hacia él. Después, sintió enojo por lo que había sucedido aquella noche en la que se vio sola en aquel restaurante, regresando a casa en un taxi con cierta dosis de humillación en el corazón. Por último, nació una enorme curiosidad por saber qué había pasado, por conocer más de él, por descubrir cómo era su vida detrás de esa sonrisa. Recordó las palabras de su amiga: no debía ceder más, tenía que cerrar esa puerta, era un tipo que se movía en un mundo peligroso. Pero ¡ah!, la palabra peligro... Esa palabra que hubiera sido disuasión suficiente para cualquier mujer de Chicago resultó tener un efecto magnético en ella, que abandonó su mostrador y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca. Le dedicó una sonrisa, claro, aunque trató de que se percibiera cierto reproche en su gesto conforme descorría el cerrojo.

—Pensaba que cerrabas más tarde.

Y sin esperar a que Evelyn dijera nada, se deslizó dentro de la biblioteca en sombras con un solo movimiento. Estaba claro que no era la primera vez que sorteaba una puerta a medio cerrar y, una vez más, la imaginación de la mujer se disparó pensando en qué clase de

situaciones se habría visto para haber desarrollado esa habilidad. Junto a él, entró también el frío nocturno de Chicago y algo del bullicio de sus calles.

—La gente que lee no está en la calle a estas horas —respondió ella.

Lo ideal hubiera sido pedirle que la esperara fuera, pero no se atrevió. Además, algo le decía que tampoco hubiera servido de mucho.

—Vaya, me ofendes, señorita —replicó Michael enarcando las cejas con sorpresa. Se despojó de su sombrero, único gesto de educación que había tenido hasta el momento. Bajo él, apareció un cabello corto y castaño, más revuelto de lo que debería, pero no tanto como para parecer descuidado—. Yo leo. Y mucho. Y no me refiero al periódico —añadió en forma de regañina mientras levantaba el dedo índice ante ella.

Evelyn arrugó un poco el gesto. Por un lado, le encantaba aquella irreverencia. Por otro, no le gustaba que la dirigiera hacia su persona. Estaba claro que Michael sabía desenvolverse mucho mejor que ella y siempre saldría victorioso en aquellas lides. Por eso, tan solo le respondió con una sonrisa irónica y se dio media vuelta para seguir con su trabajo. Justo al llegar a su mostrador, se le ocurrió una buena respuesta. Se giró con aire triunfal, apoyó las puntas de los dedos sobre la superficie de madera y respondió:

—Pues me temo que es tarde para sacar libros, ya tengo los ficheros ordenados.

Una vez más, Michael la desarmó. Tan solo se echó a reír con el sombrero entre las manos, al tiempo que desviaba unos instantes la mirada al techo para después volver a clavarla en Evelyn. Su gesto divertido y socarrón de repente dio paso a una seducción tan fresca y ligera que la bibliotecaria sintió que un suave escalofrío recorría su espalda, como si alguien deslizara una pluma por su piel.

—No me importan tus libros. Quiero llevarte a bailar.

Aquella propuesta le pareció de una desfachatez absoluta. ¿Después de haberla dejado tirada en el restaurante y no dar señales de vida aparecía de repente y la invitaba a bailar? Tuvo la sensación de que era de aquellos hombres que se dedicaban a vivir la vida mientras una languidecía esperando una llamada o una visita. Evelyn decidió en ese momento que no iba a ser su caso, pese a que la propuesta era más que atractiva.

—No sé si voy a poder... —respondió con menos firmeza en su voz de la que hubiera deseado.

Dentro de ella ardían con fuerza las ganas de aceptar, de lanzarse a sus brazos e ir donde él quisiera lejos del silencio y la calma de la biblioteca. Ante ella, Michael se presentaba como la única vía de escape a una vida que ella había elegido y que le gustaba, pero que empezaba a ser demasiado aburrida. Sin embargo, no podía ceder. No debía ceder.

—Puedes —aseguró él, dejando claro que no aceptaba un no por respuesta—. ¿Qué es lo que tienes que hacer? ¿Escuchar la radio hasta quedarte dormida? ¿Un viernes por la noche? A no ser que tengas un novio que venga a buscarte dentro de un rato... —agregó con una ironía algo burlona.

Evelyn se puso en guardia. Desde la parte de atrás de su cabeza le llegó una voz que le susurraba que quizá Michael había estado vigilándola. Una sensación de peligro la envolvió como un guante de terciopelo: apretaba, pero era suave y cálida. Se odió por percibir el peligro como algo agradable. Y se odió un poco más cuando se oyó decir:

—Está bien, pero espero que al menos llegues al final de la noche.

Ahí estaba de nuevo. La arrebatadora sonrisa de Michael hizo acto de presencia e iluminó su rostro con el brillo de la satisfacción y el triunfo. Quiso abofetearlo al notar aquella oleada de arrogancia, pero, al mismo tiempo, quiso atraparlo entre sus brazos y besarlo sin descanso. Jamás

se había sentido tan desestabilizada. Sabía que eso corría en su contra, en especial porque Michael era demasiado perspicaz y estaba segura de que se estaba dando cuenta de todo.

—Llegaré al final de la noche y quizá al principio de la mañana, quién sabe —respondió; después, se dirigió hacia la puerta y ordenó—: Date prisa en recoger, te espero fuera.

Y sin volverse siquiera, salió de la biblioteca y se encendió un cigarrillo mientras contemplaba el trasiego de coches y personas que volvían a casa a cenar. El hombre se apoyaba sobre las piernas separadas y la cabeza alta, como si todo aquello fuera suyo.

Evelyn frunció los labios. Le dieron ganas de sacar su lado rebelde, aquel que había enfurecido tanto a sus padres durante la adolescencia, y negarse a cumplir aquella orden, pero tuvo que morderse la lengua y resignarse. Al menos, los minutos que tardó en guardar los ficheros y dejar libre de trastos el mostrador le sirvieron para tranquilizarse y recuperar parte de la serenidad que solía perder ante aquel hombre. Apagó las luces, tomó su abrigo y su sombrero del perchero y salió de allí. Mientras cerraba la verja metálica, sentía la mirada de Michael sobre ella.

—Vamos a ir un poco más lejos de aquí esta vez, pero te va a encantar —dijo antes de arrojar el cigarrillo al suelo húmedo por la suave lluvia que había caído durante la tarde.

Todo aquello seguía sin gustarle. Todavía estaba a tiempo de tomar el tranvía hasta su apartamento, pero por algún motivo permaneció inmóvil mientras veía que Michael alzaba un brazo. En apenas dos minutos, un coche estaba parado frente a ellos. No era un taxi. Él abrió la portezuela de atrás y se echó a un lado, invitándola a entrar con un gesto de la mano y una sonrisa llena de encanto. Al ver que Evelyn dudaba, comentó:

—Liam conduce. Es un amigo mío. Conoce Chicago mejor que cualquier taxista de la ciudad, ya lo verás.

Evelyn supo que era un momento decisivo. Desde el momento en el que subiera a ese coche las cosas podrían ir muy bien o muy mal. A pesar de la situación, no pudo evitar pensar en su madre, que se volvería loca si viera a su hija montarse en un coche con dos desconocidos por la noche. Quizá fue precisamente ese pensamiento el que animó a la bibliotecaria a sonreír y a aceptar la invitación.

El coche era espacioso y cálido, aunque un perenne olor a tabaco estaba impregnado en la suave tela de sus asientos. Deslizó las yemas de los dedos por ella, notando una textura áspera, mientras Michael daba la vuelta al coche para entrar por el otro lado con la misma energía y decisión con que lo hacía todo. Cerró con un golpe seco y se inclinó hacia delante para palmear el hombro del tal Liam, que la miró por el espejo retrovisor y dejó ir una risa.

—¿Dónde vamos esta noche? —preguntó con un marcado acento irlandés sin dejar de observarla con una mezcla de diversión y curiosidad.

—Vamos a levantar unos cuantos sacos de patatas —respondió Michael con ligereza.

Ambos hombres rompieron a reír de forma cómplice. Liam asintió con la cabeza y arrancó el coche para incorporarse a la circulación de la calle. Evelyn supo que estaban hablando en clave e intentó calmarse. Si de verdad Michael estaba en una banda, era lógico que tomara todo tipo de precauciones, aunque una parte de ella se sentía un poco molesta. Le hubiera encantado sentir esa complicidad con él, entender cosas que nadie más entendería.

—Hoy será una buena noche —comentó Liam, que esquivaba coches y tranvías de forma vertiginosa demostrando, en efecto, su buen manejo del automóvil y su conocimiento de cada calle de la ciudad—. Todo está tranquilo después de la última vez.

—Esperemos que siga así un tiempo —respondió Michael mirando por la ventanilla, casi como si estuviera hablando para sí mismo.

Evelyn permanecía en silencio. Se sentía fuera de lugar, no sabía si decir algo divertido, si hacer una pregunta, si mostrarse astuta o perspicaz. Jamás había conocido a una mujer que tratara con las bandas de Chicago, solo sabía que tenían muy mala fama. ¿Qué esperarían de ella? Por suerte, el viaje no duró mucho más. Liam detuvo el coche en un callejón, frente a una pared de ladrillos viejos en la que solo había una puerta metálica y un escaparate de lámparas. Un único farol iluminaba aquel lóbrego escenario cuyo silencio favoreció que los tacones de Evelyn resonaran en la oscuridad cuando, al fin, descendió del vehículo. Sujetaba su bolso contra el pecho con ambas manos y aunque sabía que aquella postura le daba un aspecto frágil o apocado, agradecía tener algo con lo que disimular los nervios.

—No veo esos sacos de patatas —comentó con cierta frivolidad fingida, aludiendo al comentario que Michael había hecho,

Tanto él como Liam se miraron unos instantes y rompieron a reír de nuevo.

—Sí que tiene ganas de trabajar la chica —dijo Liam mientras sacaba una pitillera del bolsillo de sus pantalones y lo encendía con sorprendente gracia, dados sus dedos regordetes.

En ese momento se escucharon voces que procedían de una de las salidas del callejón. Evelyn sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho y, de forma instintiva, dio un par de pasitos laterales para acercarse un poco más a Michel, que no parecía preocupado. Las sombras se abrieron y dieron paso a dos parejas, dos hombres con botellas en las manos y dos mujeres que reían alegremente. Ellas llevaban cortos vestidos de fiesta con lentejuelas y delicados zapatos de tacón con medias de seda. Evelyn las envidió. No les prestaron mucha atención, solo saludaron con leves movimientos de cabeza y abrieron la puerta metálica que horadaba la pared de ladrillo. Después, silencio de nuevo. Evelyn comprendió entonces dónde estaban y no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa mientras sus ojos brillaban tanto como el ajado farol que colgaba del muro. Michael, al ver aquella expresión, sonrió a su vez, satisfecho.

—Me quedaré cerca del coche por si acaso —dijo Liam con el cigarrillo entre los labios para cerrarse los botones de la gabardina con ambas manos—. A lo mejor luego voy a por unas patatas —añadió usando aquella jerga de nuevo.

Evelyn estaba impaciente. Jamás había estado en un *speakeasy*, ¿cómo iba a encontrar compañía si apenas salía de la biblioteca se iba a su piso? Algunas de sus amigas más intrépidas habían logrado entrar en alguno, pero no habían conseguido pase para ella. Por eso, sabía lo que había ahí dentro y se moría de ganas por entrar y conocer de primera mano todo lo que ellas le habían contado.

Michael encendió un cigarrillo y la miró sin dejar de sonreír. La promesa que brillaba en sus ojos era suficiente para que Evelyn se acercara a él sin pronunciar ni una sola palabra. El corazón le golpeaba el pecho, era una sensación muy parecida a la de la mañana de Navidad cuando era pequeña y el momento de abrir los regalos era inminente. Jamás hubiera pensado que volvería a sentir aquella sensación.

—¿Lista? —preguntó casi en un susurro, mirándola a los ojos a través del humo del cigarro.

—Sí —afirmó ella con impaciencia.

Lejos de la vista de Liam, Michael encontró los dedos de Evelyn y los entrelazó con los suyos. Después, tiró de la puerta y ambos entraron en un pasillo oscuro que hacía de antesala a la entrada de la tienda de lámparas. Atravesaron el comercio, ya a oscuras a esas horas, hasta llegar a la puerta del almacén, que permanecía abierta. Caminaron entre las cajas. Evelyn seguía con pasos cortos pero rápidos las zancadas de Michael, buen conocedor del lugar, hasta llegar frente a una enorme caja alargada. Solo entonces Michael soltó su mano para empujar la caja,

evidentemente vacía, y dejar a la vista otra puerta más. Llamó con dos golpes secos y alguien abrió. Un tipo enorme vestido con un solemne traje negro que no quitaba ni un ápice de peligrosidad al gesto de su rostro apareció ante ellos. Ocupaba prácticamente todo el marco de la puerta.

—La cosecha ha sido mala este año —dijo con voz lúgubre.

—Por suerte quedan patatas para la cena —respondió Michael en el mismo tono.

Entonces el vigilante se apartó y les cedió el paso con un gesto de la mano. Se introdujeron en un pasillo oscuro en el que ya podía escucharse el ritmo amortiguado del jazz. Evelyn tuvo que esquivar a una pareja que se daba arrumacos contra la pared y más adelante, a un tipo que había bebido demasiado y hablaba consigo mismo mientras estrujaba su sombrero en la mano. Al fin y tras apartar una gruesa cortina de lana, el Windy Club apareció ante los ojos de Evelyn.

Estaba en lo alto de una precaria escalera metálica, por lo que tenía una vista privilegiada de aquel lugar. A sus pies, se movía una masa de hombres y mujeres que bailaban al ritmo de los desenfundados músicos de jazz que tocaban sobre un escenario situado al fondo. A la izquierda, varios camareros sudorosos con camisas arremangadas que iban de un lado a otro atendían una enorme barra sirviendo whisky y ginebra con zumos de frutas, gaseosa, azúcar, menta o limón. En el lado derecho, hombres de negocios que fumaban y bebían entre risotadas ocupaban una serie de mesas y risas. Ya de paso, aprovechaban para echar alguna que otra ojeada a las coquetas mujeres que paseaban por allí para dejarse ver. La música, las voces y las risas formaban un contraste más que evidente en comparación con el silencio de la biblioteca.

Pero nada sorprendió más a Evelyn que el olor de aquel lugar. Acostumbrada al fino polvo de la biblioteca, al aroma del papel viejo y de la tinta y a la agradable sequedad de la madera, aquel club supuso un golpe a su nariz. Olía a alcohol, a perfumes, a sudor, a humo y a sexo. Olía a música, a peligro, a libertad. Olía a una vida que deseaba, a experiencias y sensaciones que jamás le iba a proporcionar su querida biblioteca, por mucho que le gustara trabajar allí.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche?

La burlona voz de Michael la sacó de aquella ensoñación. Le dio rabia pensar que se había quedado embobada como una cría delante de un escaparate de juguetes. Seguía fallando al intentar jugar a la mujer experimentada.

Cuando se metieron entre la multitud quiso coger de nuevo la mano de Michael para no perderlo, pero logró resistir la tentación. Se abrió camino entre las parejas que bailaban hasta llegar a la barra, donde Michael ya había conseguido un hueco. Él se quitó el sombrero y la gabardina y con un gesto de la mano, le indicó que hiciera lo propio. Evelyn obedeció, aunque no tenía ni idea de dónde iba a depositar sus prendas. Por suerte, salió de la duda en un momento, pues una mujer apareció tras ellos, lo recogió todo y se lo llevó a un ropero que la bibliotecaria no había localizado.

—¿Qué quieres beber? —preguntó él.

Se notaba que Michael estaba en su ambiente. No parecía molestarle la música, ni toda la gente que hablaba, reía y bailaba a su alrededor. La miraba como si solo ella estuviera allí y eso compensó el anterior enfado de Evelyn por no ser partícipe de la complicidad que tenía con Liam.

—¿Qué me recomiendas? —respondió, pues jamás había probado el alcohol más allá de un sorbito de champán en las fiestas familiares antes de la Prohibición.

La respuesta de Michael fue un insistente chasquido de dedos en dirección al camarero

que tenían más cerca. Por algún motivo, o quizá por la costumbre, el hombre escuchó la llamada y se acercó a ellos raudo.

—Whisky con hielo para mí, un French 75 para la señorita —dijo Michael con firmeza, logrando que su voz se alzara por encima del jazz por unos momentos.

El camarero afirmó con la cabeza, dio un rápido golpe de afirmación en la barra de madera y se giró para empezar a coger botellas de un lado y de otro. Evelyn sonreía nerviosa, quizá algo incómoda. Tenía la sensación de estar soñando, de vivir algo que no era real. Todo era tan diferente a lo que estaba acostumbrada, que sus sentidos estaban hiperestimulados. En ese lugar todo era alegría, luz y color. La gente a su alrededor se divertía y se reía, bailaba y se besaba. Parecía mentira que estuviera en el mismo Chicago que ella conocía aunque, si debía ser sincera consigo misma, le sobraban dedos de las manos para contar los lugares que solía frecuentar en la ciudad.

Alguien se abrió paso hasta ellos: era un joven pelirrojo de rostro pecoso e increíbles ojos verdes. El rubor de sus mejillas y el sudor que perlaba su frente delataban que llevaba un buen rato divirtiéndose y que el calor del alcohol ya palpitaba por su cuerpo.

—¡Michael! —exclamó con la voz ronca y una enorme sonrisa algo bobalicona—. ¡Ya me han dicho que O'Malley ...!

Entonces, pareció reparar en la presencia de Evelyn e interrumpió sus palabras. Se irguió como mejor pudo recomponiendo la corbata torcida anudada en torno a su cuello y añadió:

—No sabía que tenías compañía esta noche...

—Así es, Sean.

Hubo una pausa incómoda. Evelyn esperaba que la presentara, pero no fue así. Michael permaneció con la mirada fija en el chico, frunciendo los labios como si estuviera a punto de perder la paciencia. Sean le sostuvo la mirada unos instantes y, después, parpadeó un par de veces como si hubiera recibido un mensaje.

—Ah... bien... esto... yo estaré por aquí si me necesitas. —Y volviéndose hacia Evelyn dijo—: Un placer, señorita.

Y desapareció entre la multitud con la misma rapidez con la que había aparecido. Evelyn recuperó de nuevo la misma sensación incómoda que había tenido en el coche. Ardía en deseos de formar parte del mundo de Michael, de conocer más de él y de su entorno, pero el irlandés había puesto un muro entre ambos con una puerta que abría y cerraba a su antojo. Aunque seguro que había una explicación racional, la mente de Evelyn empezaba a llenarse de dudas: ¿No confiaba en ella? ¿O acaso la consideraba algo temporal o no quería involucrarla en su vida más de lo necesario?

Cuando se quedaron a solas, Michael recuperó la sonrisa al volver sus ojos hacia ella, esa maldita sonrisa embaucadora pese a no ser perfecta.

—Pensaba que estarías enfadada conmigo —confesó mientras se aflojaba la corbata con dos dedos, pues hacía calor allí dentro.

—¿Por qué? —respondió ella con orgullo y cierta indiferencia fingida, aunque se moría de ganas de reprocharle que no hubiera dado señales de vida desde que la abandonó en el restaurante—. He estado muy ocupada...

—Claro, colocando libros en las estanterías.

—¿Sabes? En una biblioteca hay mucho más que hacer que colocar libros. A veces, hasta tengo que ocultar criminales...[1] —se defendió ella mientras le apuntaba con el dedo índice.

Michael reaccionó con una carcajada divertida, aunque no había burla en sus ojos. Al contrario, parecía que aumentaba su curiosidad por ella. En ese momento llegaron sus bebidas.

Michael dejó sobre la barra unos billetes sin mirar y el camarero los recogió con la misma actitud. En un par de segundos había quedado hecha la transacción.

—¿Por qué no me cuentas qué más haces en tu querida biblioteca? —dijo Michael tras dar un sorbo al whisky, tomándolo como si fuera agua.

Evelyn cogió su copa para dar un trago, pero aprovechó y olfateó el cóctel con disimulo. Detectó el aroma del champán, que ya conocía, también la acidez del zumo de limón y quizá algo dulce. Bajo aquella capa de olores subyacía algo más fuerte que no supo distinguir. Sin pensarlo mucho más, sobre todo porque Michael mantenía sus ojos fijos en ella, dio un trago. El limón fue lo primero que se asentó en su lengua, después algo dulce, luego notó el burbujeo del champán en el paladar y por último, el sabor amargo del alcohol calentando todo su cuerpo conforme bajaba por su esófago. Dio un respingo y parpadeó con rapidez. Después, respondió a la pregunta de Michael.

—¿Ahora? Hasta yo sé que este no es un lugar para hablar de una biblioteca...

Michael rio de nuevo antes de dar un nuevo trago a su whisky. Todavía con el vaso cerca de sus labios, la miró por encima del borde e inquirió con curiosidad:

—¿Y qué es lo que se hace en este lugar según tú?

Evelyn, todavía con el ardor del alcohol en el estómago, dio otro trago a su French 75. Esta vez, le resultó un poco más fácil porque decidió centrarse en el sabor del limón y el champán. El cóctel, además de calentar de nuevo su cuerpo, decidió hacer un viaje hasta su cabeza. Le provocó un pequeño mareo que se convirtió en una pequeña liberación, como cuando una puerta prohibida abre un resquicio por el que poder ver lo que hay al otro lado. Evelyn se sintió repentinamente más libre, menos preocupada. Y de ahí su respuesta.

—Aquí, como mínimo, lo que se hace es bailar.

—No se hable más.

Parecía que Michael estaba esperando ese momento. Dejó su vaso sobre la barra y tomó de los dedos de Evelyn la alargada copa con el cóctel para hacer lo mismo. Con una mano sujetó la de la bibliotecaria mientras posaba la otra en su cintura, justo en la base de la espalda, y la guio hacia la abarrotada pista de baile. Evelyn se dejó llevar. Solo podía pensar en la sensación de la mano de Michael en su espalda, podía notar la calidez de su piel a pesar de la tela de su vestido.

Cuando encontraron un pequeño hueco entre la gente, Michael tomó la iniciativa una vez más y la hizo girar hacia él. Evelyn, de forma instintiva, deslizó una mano por el hombro de su compañero de baile y entrelazó los dedos de la otra con los de él. Su experiencia como bailarina se limitaba a celebraciones familiares e inofensivas fiestas de juventud en las que había bailado con familiares y con amigas. Tenía pocas nociones pero las suficientes como para poder seguir el ritmo de la música. Michael demostró tener muchas más tablas que ella. ¿Con cuántas mujeres habría bailado ya en aquel lugar? En cuanto ese pensamiento llegó a su mente, Evelyn sacudió la cabeza para deshacerse de él.

Decidió hacer lo que jamás había hecho: dejarse llevar. La música, el calor, las risas, el cuerpo de Michel pegado al suyo y la ligereza del cóctel serían sus guías durante aquella noche. Además, resultaron ser compatibles en la pista de baile y ya a la segunda canción ya estaban compenetrados. Evelyn ya no tenía que estar pendiente de lo que hacía, tan solo se dejaba llevar sin separarse del cuerpo de Michael más de lo necesario. A veces, se pegaba a él de forma consciente y aspiraba el olor de su cuerpo y de su gel para el cabello. Luego se separaba y recuperaba la cordura que le arrebatában aquellos aromas. Hasta que en uno de sus amagos, Michael soltó su mano para tomar su mentón en un solo y rápido movimiento.

Todo desapareció alrededor de los dos. Las voces, las risas y la música parecían estar a mil kilómetros de distancia. El calor se convirtió en calidez. La mano que Michael mantenía en su espalda ahora la apretaba con firmeza y cierta posesividad. Solo existía él frente a ella. Esos ojos azules tras los que latía una historia que no conocía aún. Esos labios entreabiertos que se acercaban a los suyos. Pensó en hacerse la difícil. En resistirse y salvaguardar su honor. Pero todo ello carecía de sentido. Tan solo se abandonó en sus brazos y dejó que la besara. Sintió sus labios secos y duros presionados contra los suyos. Le rodeó el cuello con los brazos. Se pegó aún más a él, enardecida, olvidando todo lo que no fueran ellos dos.

Hasta que el primer disparó la arrancó de aquel sueño.

Capítulo 3

Si los sentidos de Evelyn estaban enardecidos hacía unos momentos, ahora parecía que habían estallado con violencia. La música paró en seco, las risas se convirtieron en gritos y su abrazo con Michael se rompió cuando alguien chocó con ellos intentando huir. Su cuerpo pareció quedar huérfano al separarse de él, pero no había tiempo para detenerse en aquellas sensaciones. Alguien estaba disparando desde la plataforma de la entrada y el pánico invadía el club. Se giró y vio al menos a tres tipos todavía con los sombreros puestos: uno de ellos cargaba una metralleta y los otros dos apuntaban con pistolas hacia las mesas contiguas a la pista de baile, como si estuvieran seleccionando a sus objetivos. No pudo fijarse en más detalles porque la mano de Michael se cerró con fuerza en torno a su muñeca y tiró con insistencia.

Dio un traspié y volvió la mirada al frente tratando de seguirle el paso. A su alrededor la gente corría y gritaba. Creyó escuchar que había muertos o, al menos, heridos. Incluso le pareció ver a alguien manchado de sangre. Un nuevo tirón de Michael la obligó a mirar hacia delante. Mientras el resto de la gente parecía dar vueltas en círculo, ellos junto con otro puñado de personas se dirigieron a una puerta que había tras el escenario. Los disparos se reanudaron desde arriba. Alguien que corría junto a Evelyn cayó al suelo. Escuchó el grito de una mujer y una voz masculina exclamó:

—¡Déjalo, Mary, sal de aquí!

Pero la tal Mary no parecía escuchar. Sosteniéndose el rostro con las manos, lloraba mientras miraba con gesto aterrorizado al hombre que yacía en el suelo sobre un charco de sangre. Evelyn no supo cuál fue su destino, pues antes de que se diera cuenta, el frío nocturno la abrazó bajo una suave pero insistente lluvia. Boqueó como un pez fuera del agua por el impacto del contraste de temperatura y buscó a Michael con la mirada. Lo encontró hablando con otros dos hombres con cierto nerviosismo. Otra mujer con gesto de resignación encendía un cigarrillo, apoyada contra los sucios ladrillos del callejón en el que se encontraban. Al otro lado de la puerta se escucharon los últimos disparos y después más gritos. Evelyn se llevó la mano al pecho mientras intentaba calmarse. Poco a poco, su cuerpo y su mente recuperaron el equilibrio y fue consciente de la situación. Temblaba porque la noche era fría y llovía. Tanto su abrigo como su sombrero se habían quedado en el ropero del local. Era la misma situación de los demás, incluso uno de los hombres que debatían con Michael estaba en mangas de camisa. Conforme su cabeza se aclaraba, ya muy alejada de los efectos de su cóctel, comenzó a ser consciente del horror que acababa de vivir: el tableteo de la metralleta, la contundencia de las pistolas, la sangre oscura y viscosa bajo el cuerpo del hombre que había muerto a su lado... Si esa bala se hubiera desviado un poco, la hubiera alcanzado a ella.

La garganta se le empezó a cerrar. Las manos le temblaban y no solo de frío. Le costaba fijar la vista. Tenía la sensación de que se separaba de su propio cuerpo. ¿Estaba al borde de un ataque de pánico? Justo cuando estaba intentando evitar el descontrol, la puerta volvió a abrirse.

Michael se giró y sacó una pistola con rapidez que llevaba bajo la chaqueta. Los otros dos hombres hicieron lo propio, apuntando todos en esa dirección. Evelyn retrocedió algunos pasos. Michael había llevado una pistola encima todo ese tiempo y ella ni se había dado cuenta.

—¡Soy yo, soy yo!

La voz de Sean, el joven pelirrojo, se abrió paso en el callejón. El chico cerró apresuradamente la puerta tras de sí.

—¡Tenemos que irnos! La policía debe estar de camino —exclamó alarmado.

Tanto Michael como los otros dos bajaron las pistolas y volvieron a esconderlas: uno bajo la chaqueta, otro en la cinturilla del pantalón, el tercero simplemente la dejó caer en su bolsillo.

—¿Alguien ha visto quiénes eran? —preguntó uno de los hombres mientras sacudía la cabeza para apartar de los ojos su largo flequillo negro.

—Los hombres de Carlo —respondió Michael con aspereza mientras paseaba la mirada por la oscura calle que había ante ellos, como si estuviera intentando tomar una decisión.

—Putos espaguetis —dijo el tipo del flequillo con calma—. James se equivocó, sí que han reaccionado a la redada.

—Será mejor que no repitas eso delante de nadie más —le advirtió Michael enarcando las cejas y mirándole directamente.

Había algo en su tono de voz que mezclaba el paternalismo con la amenaza y que provocó que su compañero parpadeara con incomodidad. Se limitó a asentir. Evelyn, mientras tanto, no dejaba de temblar de frío y de miedo. Solo quería ir a un sitio seguro y caliente, a ser posible con Michael, pero este tenía la mente ocupada en otras cosas.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó a Sean.

—Connor ha caído —respondió el chico pasándose una mano por los cabellos rojizos, ahora más oscuros por la lluvia—. El resto no tengo ni idea, creo que algunos se fueron por las cocinas.

—Da igual, nos tenemos que ir, Michael —apremió el tercer tipo, rubicundo y de brillantes ojos azules.

—Si no os importa, yo me iré por mi cuenta.

Todos se volvieron hacia la mujer que había hablado y fumaba un cigarrillo con aire indolente, apoyada en el muro de ladrillos. Tenía los ojos maquillados a lo Jobyna Ralston. El vestido de seda con brillantes lentejuelas que llevaba la hacía parecer una actriz. Evelyn sintió una mezcla de admiración y celos. Aunque la habían ignorado todo ese tiempo al igual que a ella, aquella frase pronunciada con voz grave hizo que todos los hombres la prestaran atención.

—¿Estás segura? —preguntó el rubio acercándose a ella con gesto preocupado—. Las cosas deben estar fatal ahí fuera...

—No te preocupes, me las arreglaré. Solo intenta recuperar mi abrigo, cielo.

Y sin esperar más respuestas ni un atisbo de insistencia, echó a andar con pasos lentos y seguros, exhalando el humo de su cigarrillo y dejando que el sonido de sus tacones resonara en el callejón hasta que desapareció. Evelyn la había seguido con la mirada: su seguridad y su valor eran envidiables. En cambio, ahí estaba ella, empapada y temblorosa, deseando llegar a su casa como una niña pequeña que ha tenido un mal día. Una voz malévola habló dentro de su cabeza:

«¿No querías emociones fuertes?».

Entonces Michael reparó en ella. Se acercó con expresión preocupada y tomó su barbilla con dos dedos para elevar su mentón y encontrarse con sus ojos.

—Tranquila, no pasa nada —dijo en voz baja.

Después, se giró y dio un par de zancadas para asomarse por el callejón. Desde allí se

escuchaban gritos y voces, así que Michael aprovechó para llevarse los dedos a la boca y emitir un agudo y largo silbido. A continuación, dio una palmada mirando a sus compañeros y exclamó:

—Liam estará aquí en un momento, no creo que esté muy lejos.

El rubio de ojos azules se encendió un cigarro de forma precaria, cubriéndose bajo el saliente de un balcón para que la lluvia no lo apagara. Sean se protegió la cabeza con su chaqueta. El tercer tipo, en mangas de camisa, permaneció atento a la carretera. Michael aprovechó esos momentos para despojarse de su chaqueta y cubrir con ella a Evelyn, dedicándole una sonrisa.

—¿Mejor así?

Evelyn solo acertó a sonreír y a asentir con la cabeza, mientras las insistentes gotas de lluvia se deslizaban desde su flequillo castaño por sus pestañas, su nariz y sus labios. Estaba muerta de frío y seguía escuchando la cacofonía de gritos y disparos dentro de su cabeza. Aun así, agradeció el calor que le proporcionó la chaqueta de Michael y que venía acompañado por el aroma de su cuerpo. Era lo más parecido a un abrazo que podía obtener en ese momento.

Se encogió sobre sí misma para serenarse. Vio que el rubio la miraba de soslayo mientras exhalaba el humo de su cigarrillo. No supo leer su mirada. ¿Era curiosidad? ¿Era desconfianza? Fuera lo que fuera, no le hizo sentirse cómoda y por ello decidió volver la mirada hacia la carretera, justo en el momento en el que aparecían los redondos focos del coche en el que había llegado al club, hacía ya mil años.

—¡Vamos! —exclamó Michael.

El rubio tomó asiento junto a Liam y tanto Michael, como Sean, Evelyn y el otro tipo ocuparon el asiento trasero. El coche era espacioso, pero, aun así, Evelyn tuvo que juntar mucho las piernas y apretarse entre Michael y el joven Sean. La situación era desconcertante para ella: compartir un sitio tan pequeño con cinco hombres a los que apenas conocía sin saber siquiera dónde la llevaban. Era el tipo de anécdotas que jamás podría contar a su madre. El frío se fue de su cuerpo antes de que Liam arrancara de nuevo, pero ahora era su corazón el que latía como si quisiera enviar una señal de alerta.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó el orondo conductor mientras daba un volantazo para evitar la calle principal por la que un par de coches de policía se dirigían al club—. Menos mal que no me fui muy lejos...

—¿No has visto nada? —dijo Michael a modo de respuesta, pasándose una mano por los cabellos empapados—. Han debido entrar por la puerta principal.

—Di la vuelta a la manzana —explicó mientras atisbaba qué calle sería la más segura para alejarse de allí.

—¿Para eso te pagamos? —intervino el rubio con un tono de voz tan difuso como la mirada que había dirigido antes a Evelyn; era difícil discernir si hablaba en broma o era un reproche directo.

—Oye, ¿y la chica con la que estabas, Aidan? —dijo de forma súbita el otro, dirigiéndose al rubio que ya tenía nombre.

El aludido se encogió de hombros con tal indiferencia que Evelyn se sintió ofendida a pesar de que no tenía nada que ver con ella. Entonces miró a Michael y se dio cuenta de que, en realidad, no podía quejarse de falta de atención. Aunque, por otro lado, ¿por qué habría de tenerla?

—¿Qué importa eso ahora? —interrumpió precisamente Michael alzando la voz por encima de los otros dos—. Vamos a Whisper Lane.

Se hizo el silencio dentro del coche. Evelyn vio de nuevo los ojos azules de Aidan mirándola por el espejo retrovisor delantero, así que decidió volver la mirada hacia el exterior. La oscuridad, la lluvia y la velocidad a la que conducía Liam no le permitía distinguir demasiado a través de los cristales, pero sí lo suficiente como para ver que estaban saliendo de la zona centro y accedían a una zona residencial ubicada entre los barrios de Lincoln Park y Old Town. La conocía porque años atrás fue con Henry a la casa de un anciano a recoger todos los libros antiguos que tenía en su desván y llevarlos a la biblioteca. Ese tipo de donaciones eran habituales y a ella le encantaba tener entre las manos libros tan antiguos, por eso Henry siempre la llevaba con él. De repente, la tranquilidad de aquellos días parecía estar muy lejos.

Las farolas de gas que aparecían medio escondidas tras los enormes olmos que desfilaban por la calle de adoquines le daba un aspecto fantasmal a la calle, aunque era cierto que también emanaba cierta tranquilidad a esas horas de la noche. Liam detuvo el coche frente a una casa baja, delante de la puerta del garaje. Las cuatro puertas se abrieron casi de forma simultánea y el frío y la lluvia volvieron a rodear el cuerpo de Evelyn. Michael, al bajarse antes del vehículo, extendió su mano para ayudarla a salir con una sonrisa mientras los demás subían con rapidez los escalones que conducían a la puerta principal. Sean llamó con los nudillos y enseguida alguien abrió la puerta, justo cuando Michael y Evelyn se unían a los demás.

—¿Qué os ha pasado?

El acento irlandés de una anciana llegó hasta Evelyn. Al pasar al interior de la casa, pudo verla. Era pequeña y enjuta, con ralos cabellos blancos, pero un gesto lleno de carácter. Miraba a los hombres empapados con sus enormes ojos verdes tras unas gafas de leer.

—Estáis empapados. Acercaos a la estufa. ¿Y esta quién es? —preguntó de forma súbita al percatarse de la presencia de Evelyn.

—Eso digo yo, Deirdre —aprovechó para decir Aidan, dirigiéndose a la anciana, pero con sus inquisidores ojos azules una vez más a Evelyn.

—Es una amiga. —Michael zanjó la cuestión mientras besaba en la mejilla a Deirdre—. Vamos a estar abajo, tenemos que hablar de unas cosas.

—¿Pero no queréis que os prepare algo caliente?

La anciana cerró la puerta y los siguió con la mirada mientras se dirigían a la zona situada bajo la escalera. Aidan y el otro tipo, todavía sin nombre, retiraron una enorme maceta y una alfombra para dejar a la vista la entrada a un sótano. Michael cogió a Evelyn de la mano y la ayudó a descender las precarias escaleras. Alguien encendió una polvorienta bombilla que colgaba del techo y el lugar se iluminó con una luz fantasmal. Su intensidad era tan leve que dejaba las esquinas a oscuras, aunque se percibían los gastados paneles de madera que cubrían las paredes.

Una enorme mesa reinaba en el centro de la estancia en torno a la cual había un puñado de sillas descolocadas. Contra las paredes reposaban algunos sofás y sillones de cuero viejo. Evelyn creyó distinguir un rudimentario juego de dardos y también un mueble bar sobre el que descansaban barajas de cartas desgastadas y algunos dados. Justo en el otro extremo de las escaleras había una puerta cerrada, tras la cual Evelyn sospechaba que guardarían todo aquello que no querían que gente como ella vieran.

—Siéntate —le ordenó Michael señalando uno de los sillones con la mano—. No te preocupes, te llevaré a casa más tarde, ahora no es un buen momento.

Evelyn obedeció. Le hubiera gustado hacer preguntas o poner un poco más de resistencia ante el creciente tono autoritario de Michael, pero lo cierto era que estaba cansada y aún le palpitaba el corazón después de todo lo vivido. Ahora, en el silencio de aquel sótano, los gritos y

los disparos se habían convertido en un eco sordo en su cabeza. El joven Sean se acercó a una estufa de hierro cerca de la puerta cerrada y empezó a echar madera dentro. Después, usó un atizador para despejar las brasas encendidas del interior y en pocos minutos el fuego ardía, proporcionando un poco de calor a la estancia.

Michael, sin su chaqueta, mostraba su cuerpo enfundado en un chaleco que destacaba un torso amplio y fuerte al pegarse a la piel debido a la lluvia. Se arremangó la camisa con habilidad para subirla hasta casi los codos y con los brazos en jarras, miró a sus compañeros.

—Esto ha sido inadmisibile, Michael —dijo el hombre moreno encendiendo un cigarrillo y ofreciéndole su tabaco después.

Michael se limitó a asentir con la cabeza mientras prendía otro cigarro. Aidan, de pie como los otros dos, miró a su compañero y replicó:

—Dinos algo que no sepamos, Patrick. —Después volvió la mirada a Michael—. Responderemos, ¿verdad?

Sean, quizá demasiado joven para intervenir aún, giró el rostro con rapidez hacia sus compañeros al escuchar esas palabras con expresión alarmada. Evelyn, al ver la reacción del chico, se alteró también. La realidad caía sobre ella como un cubo de agua fría, una paradoja acertada teniendo en cuenta que en ese momento estaba empapada por la lluvia. Estaba obteniendo todas las respuestas que Michael no había querido darle en aquella cena que parecía tan lejana y en la que ella, con ignorante curiosidad, habría intentado sonsacarle información. Ahora la tenía delante de sus narices: estaba metida en un sótano con miembros de una banda irlandesa que planeaban la respuesta al ataque de otra banda italiana. Esos sucesos que, hasta el momento, había leído en el periódico y que parecían siempre tan lejanos.

«Ahí lo tienes, Eve: la emoción y el peligro», dijo de nuevo la voz de su cabeza.

Ante la afirmación de Aidan, Michael dio una calada a su cigarrillo y bajó la mirada a sus brillantes zapatos negros. Después, exhaló el humo y levantó los ojos de nuevo hacia su compañero, con el mentón alzado en un gesto soberbio y desafiante.

—No.

—Pero...

Aidan interrumpió su respuesta al percatarse de que el gesto de Michael no admitía ninguna réplica al respecto. Dejó ir un resoplido de frustración y dio un paso hacia atrás, nervioso. Michael se dedicó a observar cómo luchaba contra sus ganas de protestar y esbozó una tenue sonrisa burlona. Le gustaba tener esa autoridad sobre sus hombres. Tras ese incómodo silencio, agregó:

—O'Malley ya tiene un plan desde antes que sucediera esto, no te preocupes.

Aidan sonrió aliviado y Michael palmeó su hombro. Evelyn había observado la escena desde el sillón, evaluando la forma en que Michael había jugado con Aidan marcando territorio para después darle una breve satisfacción. La jugada había sido tan fluida que Evelyn se percató de que no era la primera ni la segunda vez que la usaba. Supuso que así era como se mantenía a raya a alguien que es leal, pero que no deja de tener un arma escondida entre la ropa.

Las escaleras crujieron cuando Liam descendió por ellas. Se había quedado arriba con Deirdre y ahora traía una cafetera humeante y algunos scones, típicos bollos irlandeses que Evelyn había probado alguna vez en la cafetería donde trabajaba Claire, aunque aquellos tenían un aspecto mucho más apetitoso. Su estómago rugió ante el olor y recordó que no había comido nada desde el almuerzo. Su cena había consistido en aquel French 75 tan fresco, ácido y delicioso. Se puso en pie, pero se dirigió a la estufa para entrar en calor y que su ropa se secara. Con algo de pesar, se despojó de la chaqueta de Michael que aún cubría sus hombros y la dejó en

el sillón.

—Coge uno —le dijo Sean con una sonrisa en su pálido rostro pecoso, con las manos extendidas hacia la estufa—. Deirdre los hace espectaculares.

Al escucharlo, Michael se giró hacia ambos. Parecía que se había olvidado de su existencia mientras conversaba con los demás, ahora bajando un poco la voz. Evelyn le sostuvo la mirada y trató de sonreír como diciendo: «Estoy aquí». La sensación era extraña: quería marcharse de allí y huir, pero también quería quedarse para intentar integrarse y formar parte del mundo de Michael. Con una punzada en el corazón se preguntó si Michael querría lo mismo. Por suerte o por desgracia, tuvo la respuesta en ese mismo momento.

—Liam, lleva a Evelyn a su casa.

La bibliotecaria disimuló la decepción en su rostro. No solo parecía que no la quería allí, sino que ni siquiera pensaba acompañarla él mismo. Tragó saliva y empezó a contarse excusas: «Tiene asuntos que resolver», «No formas parte de esto y es lógico que no estés aquí», «Seguro que mañana tienes noticias de él y te lo explica todo».

Liam, que tenía un scone mordido en una mano, pareció algo fastidiado por esta orden, pero, tras un resignado chasquido de lengua, lo dejó sobre la mesa y se volvió hacia ella.

—¿Vamos?

—Claro —respondió ella procurando que su voz sonara firme.

El resto se habían agrupado en torno a la mesa donde estaban el café y los scones. Siguiendo a Liam, Evelyn caminó junto a ellos con la cabeza erguida, sin despedirse ni decir nada. Entonces, al pasar tras Michael, este se giró y agarró su muñeca con fuerza. Evelyn, por instinto, se giró también y se encontró con sus ojos azules.

—Ten cuidado —dijo casi en un susurro.

Y aquella frase disipó al menos una parte de las preocupaciones de Evelyn. Le dedicó una sonrisa y un asentimiento de cabeza. Se moría de ganas por volver a besarlo allí mismo, pero entendió que no era el momento. Liam ya la esperaba a los pies de la escalera, así que se limitó a dejar una caricia en los dedos de Michael justo cuando este la liberaba de su agarre. Sin embargo, él ya se había vuelto de nuevo hacia los demás y no supo cómo recibió aquel gesto.

Liam demostró ser un subalterno de lo más eficiente. Tomó un paraguas prestado de Deirdre con el que la cubrió caballerosamente hasta llegar de nuevo al coche. Una vez en el vehículo, le preguntó dónde quería que la llevara y se dedicó el resto del trayecto a contarle una anécdota que le había pasado en su barrio para amenizar el viaje. Evelyn mantenía las manos en el regazo y la mirada al frente, confusa, cansada y anhelando ya la compañía de Michael. Sin embargo, al poco rato no pudo evitar reír al escuchar el desenlace de la historia de Liam y el resto del viaje fue mucho más ameno. El hombre la llevó hasta la puerta de su bloque de apartamentos, la acompañó de nuevo con el paraguas, y no regresó al coche hasta que la vio entrar sana y salva.

Al encender las luces de su apartamento y echar el cerrojo de la puerta principal, Evelyn se sintió segura. Sin embargo, al mismo tiempo su hogar le pareció más vacío que nunca. Con el corazón encogido, sin saber muy bien por qué, se deshizo de sus ropas húmedas, se cubrió con un camisón de algodón y se metió entre las sábanas. Tras tantas emociones y a pesar de lo que había presenciado, el sueño la alcanzó con rapidez, algo que no volvería a suceder en mucho tiempo.

Capítulo 4

Michael apareció a la hora del cierre, cuando Evelyn ya no lo esperaba. Esta vez habían pasado dos días desde que se despidieran en el sótano de Whisper Lane y la bibliotecaria los había pasado sin poder dormir y con un nudo permanente atado en el estómago. Lo notaba tan apretado que, en ocasiones, le impedía respirar con normalidad. Todo ello le había hecho enfadarse consigo misma. ¿Desde cuándo su tranquilidad había dependido de un hombre? Pero sabía que, bajo todo aquello, subyacía algo más que las ganas de volver a verlo. Tras el tiroteo en el Windy Club, no podía dejar de pensar que los hombres del tal Carlo habrían podido volver a atacar.

Por eso, en cuanto giró el rostro hacia la puerta y lo vio aparecer, no pudo esconder una sonrisa de alivio. Él le devolvió la sonrisa y avanzó hacia el mostrador con sus pasos lentos y seguros. En las ojeras bajo sus ojos azules y las incipientes arrugas en torno a ellos se leía que no había descansado demasiado esos dos días.

—¿Cómo estás? —preguntó con aquella voz suya, rasposa y susurrante al mismo tiempo.

Clavó los ojos en ella mientras apoyaba un codo en el mostrador como si todo aquello le perteneciera. Evelyn no recordaba que nadie se hubiera tomado esas libertades, pero eso no era importante en ese momento. Lo tenía ahí, delante de ella, y toda la angustia de los últimos días se había esfumado.

—Bien —respondió ella con una sonrisa, pero fingiendo que seguía trabajando. Abrió un libro y anotó en la ficha de la primera página la fecha de devolución.

Michael la observaba en silencio. Evelyn cerró el libro, lo dejó en el carrito con los demás y tomó el siguiente para realizar la misma acción.

—Vives en un apartamento en North Town —comentó él con un tono de curiosidad en la voz.

—Así es, supongo que te lo ha dicho Liam.

Michael sonrió de medio lado con el halo del niño sorprendido en una travesura, pero que se ha salido con la suya.

—Hay muchos... artistas y bohemios por esa zona —siguió diciendo Michael con un tono algo despectivo.

Evelyn se encogió de hombros. A veces, se cruzaba con gente un poco extraña por la calle, vestida con colores brillantes o con actitudes extravagantes. Sabía que había una compañía de actores no muy lejos de su casa y también una improvisada galería de arte donde cualquiera podía llevar sus cuadros o esculturas para exponerlos.

—No me molestan —respondió—. North Town me interesa porque es barato. Es el único barrio donde puedo pagar un apartamento para mí sola.

—Así que tenemos aquí a una mujer independiente —replicó él con un confuso tono entre la burla y la admiración.

Se volvió a escuchar el sonido de la puerta. Evelyn dirigió la mirada hacia allí. Odiaba a los clientes de última hora porque le obligaban a retrasar la hora de irse a casa. En ese momento, Michael alargó la mano por encima del mostrador, tomó el mentón de Evelyn con firmeza y se inclinó para besarla. Se retiró con la misma rapidez con la que se había acercado mientras ella trataba de sobreponerse, todavía sintiendo la dureza de sus labios. No estaba segura de si el recién llegado, un hombre de mediana edad cubierto por una gabardina demasiado grande, habría visto algo. Miró a Michael con una expresión de reproche en los ojos, pero también un brillo de diversión. Este respondió alzando las palmas de las manos y alejándose del mostrador para perderse entre las estanterías llenas de libros. Evelyn suspiró conteniendo la risa y volvió el rostro hacia su cliente, recuperando la profesionalidad. Mientras tanto, Michael se dedicó a pasear por los vacíos pasillos de la biblioteca, tomando algún libro de vez en cuando para ojearlo. Elevaba la mirada evaluando la altura de las estanterías y comprobaba la visibilidad con relación a la entrada. Había algunos asientos desde los que no se veían ni el mostrador ni la puerta de la entrada y Michael frunció el ceño. Después, con pasos lentos, pero firmes, regresó justo en el momento en el que Evelyn le entregaba un libro al cliente con una sonrisa.

Una vez a solas, Michael comentó:

—Venía a invitarte a cenar, pero creo que eres gafe.

—Supongo que no tiene nada que ver el hecho de que tú...

Evelyn interrumpió ahí su frase. Había cerrado el libro que tenía entre las manos y miraba fijamente a Michael a los ojos, ambos separados todavía por el mostrador. El irlandés se mantenía serio y sus ojos azules habían adquirido de nuevo la frialdad del hielo, una expresión que hacía que Evelyn sintiera escalofríos. Además, la luz amarillenta que caía sobre ellos desde una anticuada lámpara de techo endurecía sus rasgos e incidía en una cicatriz que le atravesaba la mejilla y que, hasta ese momento, no se había hecho tan visible. Un halo de peligro cayó sobre el rostro de Michael como un delicado velo.

—Yo... ¿Qué?

La voz de Michael era tan susurrante como amenazadora y no admitía una elusiva por respuesta. Evelyn sabía que tenía que responder a la pregunta. No podía retirarla del tapete ni fingir que nunca había dicho nada.

—Bueno... tú... Quiero decir, no es que seas un... un tipo normal, con una vida normal, ¿no? —acertó a decir mientras se pasaba un corto mechón castaño tras la oreja en un gesto de nerviosismo.

—Ah, es eso...

Michael volvió a apoyar el codo en el mostrador, inclinándose hacia ella con una sonrisa beatífica que contrastaba con el brillo de astucia que había en sus ojos. A pesar de que Evelyn aún se sentía incómoda, al menos ya no estaba frente a ella como una mole de piedra.

—Entonces... —siguió diciendo con una cadencia que no hacía más que elevar la tensión de la bibliotecaria—. Supongo que preferirás ir a cenar con un tipo normal, con una vida normal. No conmigo.

Y así es como dejó la pelota en el tejado de Evelyn. Ella, de pie tras el mostrador y sin perder ni un solo detalle de los gestos del hombre que tenía delante, se sentía atrapada por completo por él. Sabía que su respuesta sería definitiva. Si lo rechazaba en ese mismo momento, estaba segura de que jamás volvería a verlo. Si lo aceptaba, ¿quién sabía cuántos tiroteos, cuántas reuniones en sótanos, cuántas rutas de escapada bajo la lluvia le quedaban por delante? ¿Cuántas noches en vela preguntándose si estaría bien o le habrían matado? ¿Cuántos paseos temiendo que alguien los estuviera siguiendo? Le bastó una rápida evocación de todas aquellas emociones para

tomar una decisión y darle una respuesta.

—En absoluto, ¿estás loco?

Muchos hubieran dicho que la que estaba loca era ella.

El O'Malley's era un rincón de Irlanda en el corazón de Chicago. Cuando Michael y Evelyn entraron, el aroma a cerveza y estofado los envolvió como una manta cálida. El ambiente se notaba cerrado y al principio la bibliotecaria sintió cierta angustia. Sin embargo, poco a poco se acostumbró e incluso lo encontró acogedor, teniendo en cuenta el frío que hacía esa noche.

—¡Michael, muchacho! —exclamó una voz ronca desde la barra. Un anciano de rostro arrugado y ojos brillantes los saludaba, enseñando su dentadura mellada.

Al verlo, Michael sonrió de una forma que Evelyn no había visto. No era su habitual sonrisa socarrona, sino un gesto limpio y sincero.

—Seamus, viejo lobo. ¿Aún vivo?

—Y coleando —respondió Seamus con una risa áspera por el tabaco antes de posar su mirada curiosa en Evelyn—. ¿Y quién es la dama?

—Evelyn —respondió Michael mientras apoyaba la mano en la parte baja de la espalda de ella, presionando con suavidad—. Evelyn, este es Seamus. Me conoce desde que era un crío y robaba manzanas en el mercado.

—Si solo hubieran sido manzanas... Menudo pequeño cabrón estabas hecho.

Evelyn rio divertida ante el comentario. La verdad era que no sabía nada del pasado de Michael. Pronto se encontraron sentados en una mesa apartada. Evelyn pensaba que disfrutarían de una velada a solas, pero se dio cuenta de que eso, en un pub irlandés, era una misión imposible. Fueron rodeados por un grupo de ancianos irlandeses que parecían conocer cada detalle de la infancia de Michael.

—¿Sabías que este granuja una vez se metió en una pelea con tres chicos mayores por defender a un perro callejero? —contaba Paddy, uno de los viejos, entre risas y sorbos de Guinness mientras dedicaba a Michael una mirada llena de cariño.

Michael se encogió de hombros con un brillo divertido en sus ojos.

—Yo también era un poco perro callejero, entre hermanos tenemos que protegernos —respondió alentando las risas de los ancianos.

La noche avanzaba, y con cada historia y cada risa, Evelyn sentía que conocía un poco más a Michael. No era solo el gánster duro que todos temían. Allí, entre esas paredes de madera decoradas con infinitos recuerdos de la Isla Esmeralda, era simplemente un chico irlandés que había crecido demasiado rápido.

Cerca de la medianoche, Seamus sacó un viejo violín.

—¿Qué tal una canción para la dama, Michael? Tiene que conocer más sobre los irlandeses, va a pensar que solo bebemos cerveza y contamos chistes...

Michael negó con la cabeza, pero ante la insistencia de todos, sobre todo ante la mirada curiosa de Evelyn, cedió. Los primeros acordes de una melancólica balada irlandesa llenaron el pub. La voz de Michael, sorprendentemente suave y melodiosa, se unió al violín. Evelyn se encontró cautivada, viendo una vulnerabilidad en él que nunca antes había presenciado. Sin embargo, cuando más inmersa estaba en la canción, cuya triste letra hablaba de un emigrante que dejaba atrás su tierra para cruzar el océano hasta América, el ritmo cambió. Todos empezaron a dar palmas y Michael pasó a una letra con ritmo pegadizo, llena de referencias picantes y con tantos vocablos irlandeses que llegó un momento en que Evelyn apenas entendía nada. A pesar

de todo, siguió el ritmo con las palmas, encandilada con el descubrimiento del nuevo carisma de Michael entre aquellos ancianos.

—No sabía que cantabas —le dijo divertida cuando terminó la canción.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —respondió él guiñándole un ojo mientras daba un trago a la cerveza que Seamus le acababa de servir.

Horas más tarde, caminaban bajo el manto de las estrellas hacia el apartamento de Evelyn entre bromas y risas alentadas por la cerveza que habían tomado. Incluso improvisaron algunos pasos de baile bajo la luz de una farola. Al llegar a la puerta del bloque de apartamentos, Michael susurró con la mirada nublada por el deseo:

—Voy a entrar.

Y Evelyn no se lo impidió. Una vez dentro del apartamento, las palabras cedieron el paso a los besos apasionados, a las manos buscando la piel por debajo de la ropa. Dejando tras de sí un camino de prendas, llegaron hasta el modesto dormitorio de Evelyn para perderse entre las sábanas. Perfilados sus cuerpos desnudos por la luz de la luna que entraba por la ventana, se devoraban el uno al otro con besos y mordiscos, entre jadeos y suaves risas, abandonándose al placer hasta quedar exhaustos, abrazados y compartiendo un cigarrillo.

—¿Te vas a quedar? —susurró ella.

—Hasta el amanecer —prometió él.

Evelyn se acomodó sobre el pecho de Michael cuando el sueño la reclamó. Mientras su dedo índice recorría la cicatriz plateada de lo que parecía haber sido una herida de arma blanca, Evelyn fue consciente por unos breves segundos de a quién había metido en su cama, en su vida. Y sabía, con una certeza que debería haberla asustado, que ya no había vuelta atrás.

A partir de esa noche, las citas entre ambos fueron mucho más frecuentes y si bien en las siguientes noches no hubo tiroteos ni huidas bajo la lluvia, siempre había algo que Evelyn no sabía explicar. Hombres que se acercaban a ellos y susurraban cosas en el oído de Michael, como aquella noche en el Emerald Jazz Tavern. Gente que le daba sobres al cruzar una esquina. Miradas esquivas de Michael hacia un callejón, la puerta de un local o alguien que bajaba de un coche. Evelyn siempre tenía la sensación de que podía pasar algo en cualquier momento, una vibrante sensación de peligro que le resultaba tan excitante como amenazadora. A solas, se repetía a sí misma que no podía involucrarse en aquellos asuntos, pero cuando estaba con Michael olvidaba aquellas palabras. El primer día que la llevó a un club donde estaba el resto de su banda sintió que su relación había dado un paso. Sus citas ya no se limitaban a paseos nocturnos, cenas a solas y encuentros de madrugada en su apartamento.

Su papel no era muy activo en esas reuniones. Por lo general, permanecía sentada al lado de Michael, tomando copas y escuchando sus conversaciones. De vez en cuando, él la sacaba a bailar. Había otras chicas allí, en compañía de sus hombres. Las primeras veces no cruzó ni una sola palabra con ellas. Su aspecto, a medio camino entre una glamourosa *flapper* y una dependienta malencarada, le apabullaba. Sin embargo, una noche la invitaron a ir con ellas al tocador y allí, entre el humo de sus finos cigarrillos y el intercambio de lápices de labios, vio que no tenían nada de malo. Solo eran mujeres que habían elegido otro camino, el mismo que ella, en realidad.

Evelyn se quitaba capas de prejuicios cada noche que acudía a clubs con Michael y su banda hasta que interiorizó todo aquel ambiente, todo ese mundo que hasta ahora ella solo había conocido por rumores y las noticias del periódico. Al regresar a la biblioteca por las mañanas

echaba de menos el humo de los puros y los cigarros, el sabor del alcohol mezclado con zumo de frutas, la estridencia del jazz. Pero, al mismo tiempo, agradecía hablar en susurros, el silencio, el olor de los libros. Todo era tan distinto allí que tenía la sensación de que no podría mantenerse en los dos mundos a la vez durante mucho tiempo.

Por eso, no pudo evitar un gesto de extrañeza cuando, una soleada mañana de otoño, vio que Patrick entraba por la puerta de la biblioteca. Era uno de los hombres de Michael con lo que más confianza y cercanía sentía, quizá porque había estado presente durante la huida del Windy Club.

—Buenos días —le saludó con una sonrisa sorprendida.

—Buenos días —respondió él con la misma afabilidad—. Qué tranquila estás aquí —agregó mirando a su alrededor.

—A estas horas de la mañana no viene nadie, todo el mundo está trabajando. Quizá algún anciano —explicó Evelyn mirando también en rededor. Las mesas y sillas estaban vacías, iluminadas por el sol de mediodía que entraba a través de las cristaleras de la zona superior de las paredes.

Patrick asintió con la cabeza, como si estuviera satisfecho de alguna manera con esa respuesta.

—Estoy buscando *Ulises*, de James Joyce —dijo al fin.

Evelyn le dedicó una sonrisa irónica.

—Un escritor irlandés, quién lo diría... Voy a buscarlo, dame un momento.

Abandonó un momento el mostrador para dirigirse a la sección en la que se encontraba ese título. Michael y sus hombres circunscribían casi todo su mundo a Irlanda y lo irlandés, así que no le extrañó que el mínimo resquicio de interés que tuviera alguno de ellos por la literatura se dirigiera a un autor de la isla. Cuando encontró el libro, regresó a su puesto de trabajo donde Patrick la esperaba.

—Voy a consultarlo un momento... Dame lápiz y papel.

—Claro —respondió ella entregándole algunas cuartillas y un lapicero recién afilado—. Puedes quitarte el sombrero y la gabardina, tienes unas perchas justo ahí —señaló.

—No tardaré mucho.

Y sin esperar respuesta, se dirigió hacia una de las mesas para tomar asiento. Evelyn lo siguió con la mirada y después, siguió con lo suyo. Poco a poco se acostumbraba a la escasez de palabras por parte de aquellos hombres y a sus modales que, a veces, rayaban en la mala educación y la soberbia.

Cuando estaba enfrascada en la creación de fichas para las novedades literarias que habían llegado a principios de semana, Patrick apareció ante ella de nuevo con el libro en la mano.

—Resérvalo, vendré a por él más tarde.

Evelyn suspiró. Tanto Michael como los demás hablaban siempre con ese tono autoritario y escueto, dando órdenes claras y directas. Al principio, reconocía que se lo tomaba mal. Después, se había acostumbrado a ese tono poco a poco.

—Está bien.

Sin despedirse más que con un leve toque al sombrero, Patrick se dio media vuelta y salió de la biblioteca con pasos largos y firmes. Vio que se paraba en la calle, miraba a ambos lados y después se marchaba hacia la izquierda. Aquella actitud de precaución era habitual en todos ellos, así que no le dio importancia y siguió trabajando.

La luz anaranjada del atardecer iluminando las estanterías de libros era como una señal

para Evelyn, ya que solía preceder una visita de Michael. Y aquella vez no se equivocaba. Casi a la hora de cerrar, Michael entró en la biblioteca como si fuera su territorio. Se quitó el sombrero y se acercó a ella con pasos largos. Como hacía siempre, alargó la mano por encima del mostrador para tomarla del brazo, atraerla hacia sí y besarla.

—Tienes que asegurarte de que Henry no está antes de hacer eso —le recriminó con una sonrisa, aunque no era un tema baladí porque se jugaba su puesto de trabajo.

—Me ocuparé de él si eso ocurre —dijo Michael quitándole importancia, aunque la bibliotecaria sospechaba que tras esa frase se escondía una declaración de intenciones poco amistosa—. Pásame ese libro —añadió señalando el ejemplar de *Ulises* que descansaba sobre el mostrador en espera de que Patrick fuera a por él.

Evelyn, algo confusa, lo cogió y se lo mostró.

—¿Este?

—Sí. Dámelo, solo quiero echarle un vistazo.

Ella obedeció sin entender demasiado la insistencia de Michael. Se retiró unos pasos para hojear el libro, como si buscara una página concreta, así que ella se dedicó a recoger y ordenar su mesa antes del cierre. Michael volvió al mostrador mientras guardaba algo en su bolsillo y le devolvió el libro con un gesto, sin decir nada.

—Si quieres te lo guardo cuando Patrick lo devuelva, lo tiene reservado.

—No.

Acompañó su escueta respuesta con un gesto de dejadez de la mano. De repente, parecía inquieto, con los ojos fijos en la puerta de la biblioteca. Con cierta impaciencia se giró a ella y preguntó:

—¿Te queda mucho?

—Dame un par de minutos y estoy lista.

—Te espero fuera.

Michael encendió un cigarrillo y salió de la biblioteca para esperarla como si fuera una especie de guardián, de pie enfrente de la puerta, con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos de la gabardina. De hecho, un joven hizo el amago de entrar a última hora y se lo impidió con una negativa de la cabeza mientras exhalaba el humo de su cigarrillo. Evelyn no alcanzó a ver esa breve escena, así que, tras apagar las luces y ponerse el abrigo y el sombrero, salió a reunirse con él con una sonrisa. Michael la recibió sonriendo a su vez, la besó de nuevo y le ofreció su brazo para que se cogiera de él. Después, echaron a andar hacia el restaurante donde cenarían esa noche, no sin que antes Michael echara un rápido vistazo hacia atrás.

—¿Cómo puede ser que últimamente siempre tengas esto lleno de libros?

La voz de Henry rompió el silencio de la biblioteca y sobresaltó a Evelyn, que estaba sentada de espaldas a él trabajando en un fichero y no le había oído llegar. Se giró con una mano en el pecho y le espetó:

—¡Henry! Casi me matas del susto. Menos mal que no hay nadie leyendo o le habrías fastidiado...

—No me cambies de tema —respondió él frunciendo las espesas cejas canosas y poniendo los brazos en jarras—. ¡Mira!

Señaló con sus enormes manos el mostrador de Evelyn, con varios libros amontonados. Algunos estaban pendientes de colocar y otros tenían puestas notas de reserva. Ella se mantuvo en silencio, con los finos labios apretados. Aquel desorden, en efecto, no era propio de ella, que

siempre mantenía pulcro su lugar de trabajo. Sin embargo, en las últimas semanas había aumentado el trasiego de lectores y reservas y, a veces, simplemente no tenía tiempo para mantener en orden todos los libros que entraban y salían de las estanterías.

—Han aumentado las reservas de libros en este mes, Henry, debo tenerlos a mano cuando vienen a buscarlos.

Henry, poco conforme con aquella respuesta, se colocó al lado de la joven y tomó los libros que tenían la nota de reserva, leyendo los nombres uno por uno. Al comprobar que lo que Evelyn decía era cierto, pareció calmarse.

—Está bien, pero... intenta que esto tenga mejor aspecto. Mandaré que te traigan otra mesa si es necesario. ¿Qué has hecho para que de repente venga más gente?

Henry la miró con sincera curiosidad y ella solo atinó a encogerse de hombros. Realmente no sabía el motivo por el que casi a diario aparecían hombres pidiendo libros y reservando otros. Casi ninguno se los llevaba a casa: los consultaban en la sala y los devolvían, por lo que ella tenía que volver a colocarlos en su sitio... si le daba tiempo durante la jornada, claro.

—Verás, Evelyn...

Henry bajó la mirada y se ajustó las mangas de su chaqueta de paño. Se notaba que no le resultaba fácil decir lo que tenía en mente y que canalizaba esa incomodidad a través de un gesto banal. Volvió a mirar a Evelyn.

—Sé que te estás viendo con un hombre. No me voy a meter en tu vida privada, ya eres una mujer adulta —añadió de forma apresurada—. Pero, como te aprecio como si fueras mi hija, me he permitido la libertad de... indagar acerca de ese tipo, tiene aspecto peligroso, ¿sabes?

—Pero Henry... —comenzó a decir Evelyn escandalizada.

—Nadie de por aquí me ha podido decir mucho de él, nadie sabe dónde trabaja ni a qué se dedica... Y en esta ciudad y en los tiempos que corren, eso no es una buena señal.

Henry no quería seguir hablando y dirigió una mirada de súplica a Evelyn para que no le obligara a ello con su silencio. Por suerte para él, ella tampoco quería que siguiera. No quería escucharlo más.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando? —se limitó a preguntar con un tono seco que no era en absoluto habitual en ella.

—No lo sé. Pero... Aparece por aquí ese hombre y de repente aumentan los clientes. Quiero pensar que es una casualidad.

Henry sacó un impecable pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se enjugó el sudor que le perlaba la frente. Estaba visiblemente nervioso y aquella imagen conmovió a Evelyn, que desde que lo conocía siempre le había visto seguro de sí mismo. Abandonó el gesto adusto que había mantenido durante su tensa conversación y apoyó la mano sobre el brazo de su jefe y mentor.

—Henry, no te preocupes. Todo está bien. Alegrémonos de que haya tantos clientes que no me dé tiempo a ordenar los libros —exclamó con un tono alegre un poco forzado, pues no quería causarle preocupaciones.

El hombre bajó la vista al suelo mientras asentía con la cabeza y metía las manos en los bolsillos. Después, elevó sus ojos de nuevo hacia la joven, esta vez con una renovada sonrisa.

—Si los números siguen mejorando, quizá podamos pedir una ayuda al ayuntamiento y ponerte una compañera.

Evelyn sonrió con alivio a su vez, aunque ya no podía quitarse de la cabeza sus palabras. Cuando su jefe volvió a su despacho, ella retomó el trabajo y se apresuró a darle al mostrador un aspecto respetable. No le preocupaba que Michael fuera más peligroso de lo que ya creía, sino

que Henry, movido por su profundo sentir ciudadano, decidiera hablar con la policía. Pero algo más oscuro subyacía bajo esa preocupación: Evelyn estaba dispuesta a encubrir a un criminal y era eso en lo que no quería pensar.

Cuando Michael recibió un mensaje en clave de James cambiando el sitio habitual de sus reuniones, supo que las cosas estaban peor de lo que pensaba a pesar de las precauciones que estaban tomando. No se verían en la carnicería de los O'Malley ni en el sótano de Whisper Lane ni tampoco en el Windy City u otros clubs que solían frecuentar. James había decidido que se encontrarían en la barbería del hotel Blackstone. Michael condujo hasta la avenida Michigan y un poco antes de llegar al lugar, vio a uno de los niños que hacían recados para James apostado en una esquina. Ambos cruzaron la mirada. El niño hizo un gesto con la cabeza hacia la derecha, se ajustó la gorra y se marchó de allí. Michael giró el volante en esa dirección y accedió al aparcamiento privado del hotel, un lugar donde los hombres de James O'Malley "El Silencioso" podían dejar sus coches sin que nadie los viera desde la calle. James pagaba un precio muy alto al director del hotel para contar con ese privilegio, pero merecía la pena.

Michael decidió no usar el ascensor. El tiroteo en el Windy Club no había sido la última actuación de Carlo el Romano en respuesta a la redada organizada por Michael semanas atrás. Había reforzado la ruta de sus recaudadores, por lo que los enfrentamientos para impedir que se apoderaran de parte de su territorio habían sido más duros de lo previsto. También habían mandado al hospital de una paliza a Ronny, uno de los chicos que los irlandeses tenían por las calles recopilando información, y su madre pedía venganza. El cerco se estrechaba y ya se hablaba en las esquinas de que James El Silencioso cedía terreno a Carlo el Romano.

Cuando entró en la barbería, James ya estaba sentado en uno de los sillones con la parte inferior de la cara enjabonada. No era casualidad: el niño había avisado de su llegada para coordinar los tiempos. Michael lo sabía muy bien porque él había sido ese niño muchos años atrás.

Tomó asiento en el sillón de al lado. Había otros clientes esperando, pero eran hombres de O'Malley. La puerta de la barbería estaba convenientemente cerrada con un cartel por fuera informando de que no se aceptaban clientes.

—¿Qué está pasando con Carlo?

James dejó a un lado cualquier preámbulo. Tras pronunciar aquella pregunta, hizo un gesto al barbero para que comenzara a trabajar. Michael, por su parte, dejó que el ayudante del barbero cubriera su rostro con una toalla caliente unos segundos antes de responder.

—Está creando el caos. Se mueve rápido entre su territorio y el nuestro y creemos que puede estar extorsionando a aliados nuestros.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es qué vas a hacer al respecto.

—He modificado las rutas de comunicación para que no intercepten mensajes. Usamos la biblioteca donde trabaja Evelyn, es un lugar seguro y discreto, poco frecuentado.

James alzó una ceja y giró la cabeza para mirar a Michael con un brillo de curiosidad en los ojos. El barbero tuvo que apartar la cuchilla con rapidez al detectar ese movimiento para no cortarle. Michael, aunque sabía que su jefe le estaba mirando, decidió mantener los ojos fijos al frente, en su propio reflejo en el espejo.

—Así que la biblioteca de tu novia, ¿eh? ¿Y ella qué opina?

Michael se miró a sí mismo al escuchar aquella pregunta, como si fuera su propio subconsciente reprochándole una vez más lo que estaba haciendo. Endureció la mirada mientras

libraba una breve batalla consigo mismo.

—No lo sabe. Y quiero que siga siendo así, es mejor para ella. No la quiero involucrar más.

James rio con sorna mientras giraba el rostro de nuevo. Le hizo una señal al barbero para que continuara afeitándole. Con una sonrisa cínica, exclamó:

—Tú sabrás lo que haces. Si la policía se entera, se la acusará de cómplice. Y si Carlo se entera... bueno, quizá reciba la visita de un par de italianos. Aunque tratándose de una mujer inofensiva, con uno bastaría.

Michael no respondió. Percibía sus mandíbulas apretadas en el espejo, aunque ni siquiera era consciente de la tensión que reflejaba su rostro. Los dedos se agarraban con fuerza a los brazos de la butaca. Le costaba permanecer quieto a pesar de que el barbero deslizaba la cuchilla por su garganta justo en ese momento.

James, al ver que no obtendría una respuesta, siguió hablando.

—Sigue adelante con tu plan si estás convencido, pero más te vale esquivar a la policía y a Carlo. Si cualquiera de los dos te captura, date por jodido. No quisiera tener que buscar a otro hombre para esto.

Michael había escuchado suficiente. El barbero estaba palmeando su rostro con loción una vez afeitado, pero no dejó que acabara su trabajo. Apartó sus manos con un impetuoso ademán y se levantó de la butaca. Los hombres de James que ocupaban las sillas de espera le miraron con curiosidad ante aquel arranque. Uno de ellos incluso hizo el ademán de detenerlo hasta que James le hizo un gesto para que lo dejara ir.

Michael encendió un cigarrillo mientras bajaba las escaleras hacia el garaje. Necesitaba un buen trago de whisky, pero no lo tomaría en aquel hotel, sino que iría a alguno de los clubs donde encontraría a sus hombres. Por primera vez en su vida, temía las consecuencias de sus decisiones por alguien más que no fuera él mismo.

Mientras caminaba hacia el Glaser's Café, Evelyn no podía dejar de darle vueltas a la nota que aquel crío había dejado sobre el mostrador. Se repetía mil veces que debía ser una broma de los chiquillos del barrio, que en lugar de ir a la escuela se pasaban horas callejeando y haciendo picardías, pero en el fondo sabía que no era así. Los ojos del niño que le había entregado el mensaje no tenían ese brillo de diversión o emoción. Por el contrario, parecía casi tan asustado como ella cuando había leído aquellas palabras.

«Estás en el punto de mira».

La primera persona que se le vino a la cabeza fue Michael, pero sabía lo que pasaría. Era capaz de poner vigilancia en la biblioteca todo el día, algo que Henry advertiría tarde o temprano y le traería problemas. Por supuesto, tampoco pensaba contárselo a su jefe. Solo le quedaba Claire, así que, tras una rápida llamada de teléfono, habían quedado en verse a la hora de comer, aprovechando el descanso de la camarera.

Sentadas en una mesa algo apartada de los clientes, el rostro de Claire mudó del interés a la preocupación conforme Evelyn le contaba cómo había cambiado su vida en las últimas semanas, terminando con la nota que acababa de recibir esa misma mañana.

—Eve... ¿Me estás diciendo que te han amenazado en tu puesto de trabajo? Sabes por qué es, ¿verdad? No hace falta que te diga que es por tu relación con Michael...

—Lo sé —la interrumpió con sequedad—. Pero... es que no voy a dejarlo, ¿sabes? Hay algo en él que merece la pena, tú lo imaginas como un criminal sin escrúpulos pero...

—Pero nada. Los hombres como él no cambian, no son diferentes, el peligro siempre los acompañan. Claro que contigo es un cielo de hombre. ¿Pero sabes qué hace cuando no estáis juntos? ¿Te cuenta a qué se dedica?

Evelyn permaneció en silencio. Solo tenía negativas para esas preguntas. Cuando salían a cenar o se veían en su apartamento hablaban de mil cosas menos del trabajo de Michael. Si estaban con sus hombres y las novias o esposas de estos, pasaba lo mismo. Se reconoció a sí misma que tampoco se atrevía a preguntarle abiertamente a Michael de dónde sacaba el dinero, pues no se privaba de ningún gasto ni de ningún capricho y parecía que no le costaba mucho ganarlo. Solo sabía que trabajaba para un tal James O'Malley que tenía una carnicería en alguna parte.

—Claire... Es que tú no lo conoces, pero es un hombre divertido, tranquilo y culto, no es como esos hombres que trabajan en el puerto y que tú y yo hemos conocido...

—Y tampoco es como esos hombres que trabajan en un banco o en una oficina, como otros que también hemos conocido —insistió Claire—. Verás, Eve... Te voy a contar una cosa para que me entiendas.

Claire hizo una pausa para mirar alrededor y comprobar que nadie estaba pendiente de ellas. Evelyn no prestaba atención a su sándwich de huevo. Apretaba las mandíbulas y se planteaba si quería escuchar o no la historia de su amiga. Ella no le dio opción.

—Mi primo Jack estuvo involucrado con James O'Malley hace unos años.

—¿Cómo?

—Un día, le dieron un trabajo que parecía sencillo. Solo tenía que entregar un paquete a un tipo en no sé dónde. Pero se convirtió en un tiroteo con la banda de Carlo el Romano, ese italiano que sale a menudo en los periódicos. Jack murió en ese tiroteo. O'Malley quiso compensar a mis tíos con dinero, pero ellos lo rechazaron, no quisieron tener tratos con él y amenazaron con ir a la policía. Esa misma noche, el coche de mi tío ardió, fue una advertencia. Se marcharon de Chicago y jamás han vuelto a pisar la ciudad, a pesar de que mi primo está enterrado aquí.

Evelyn había escuchado la historia con los labios apretados. El sandwich se había caído de sus dedos y ni siquiera se había dado cuenta de ello. Claire aún tenía algo más que apostillar.

—La vida de Michael está llena de violencia y peligro y te acabará salpicando. Esa nota es el primer aviso de que tienes que alejarte de él. Esta gente no juega.

La bibliotecaria tragó saliva y bajó la mirada a su plato unos instantes antes de elevarla de nuevo a su amiga. Las lágrimas brillaban en sus ojos, pero se esforzó para que ni una sola de ellas se deslizara por su mejilla.

—No puedo abandonarlo sin más.

Claire cogió una de las manos de Evelyn entre las suyas, y notó que temblaba. Apretó sus dedos con afecto y respondió:

—Dile que necesitas distancia hasta que él abandone ese mundo. Que tienes que pensar en ti y no quieres correr riesgos.

Evelyn sentía que el corazón se encogía sobre sí mismo de una forma casi dolorosa y que se convertía en una piedra dentro de su pecho. Se negaba a tener esa conversación con Michael. Sabía que él desaparecería y lo perdería para siempre y con él, ese nuevo mundo que le había descubierto, mucho más divertido y emocionante que la biblioteca. Pero tampoco quería sufrir daños o algo peor. Claire suspiró con resignación.

—Sé que no se trata solo de Michael —dijo con dureza en la voz—. Sé que es esa ansia de aventuras que buscas desde que te conozco y que a veces te ha llevado a cometer locuras como esa escapada con los gitanos del año pasado... Pero esto es serio, te estás jugando la vida, ahí lo tienes, en esa nota.

Evelyn mantuvo su silencio, como siempre que no podía refutar los argumentos de su amiga. Lo que le pedía era que cerrara las puertas del cielo después de haber paseado por sus estancias.

—Eve... —insistió Claire—. Prométeme que al menos lo vas a pensar. Eres como una hermana para mí, no quiero que te pase nada.

Evelyn asintió con la cabeza. Sabía que mentía de forma consciente a su amiga, pero quería que se quedara tranquila. Era como cuando le decía a su madre que iba a la parroquia, pero se pasaba la tarde fumando con chicos en algún callejón. Dejó que Claire la abrazara y correspondió a su gesto con la mirada perdida al frente. Ya era la segunda persona que le advertía acerca del peligro que le suponía estar cerca de Michael, dos personas que ni siquiera tenían idea del tiroteo que había vivido en el Windy Club.

Sí, tenían razón. Estar junto a Michael era peligroso. El propio Michael era peligroso. Pero no sabía qué hacer, ni si quería hacer algo.

Capítulo 5

—Estoy harto de esta jodida lluvia.

Michael respondió a la queja de Liam con un gruñido mientras se cerraba el cuello de la gabardina. Estaban dentro del coche, refugiados de la lluvia y del frío. Tenía la mirada fija en la puerta de la farmacia Elliott's. A través del cristal del escaparate lleno de jabones, lociones y colonias podía ver a los dos recaudadores de Carlo el Romano conversando con el farmacéutico. Por supuesto, no estaban ahí para tomarse una leche malteada con chocolate. Estaban exigiendo al señor Elliott el pago por protección que en realidad correspondía a James El Silencioso, puesto que la farmacia estaba dentro de su territorio.

—Tendríamos que haber acabado con ellos en cuanto les hemos visto entrar —siguió diciendo Liam frotándose las manos para aliviar el frío de aquella noche otoñal.

De nuevo, Michael respondió con un gruñido. No estaba concentrado por completo en aquella operación, por sencilla que fuera. En su interior, la culpabilidad por utilizar la biblioteca de Evelyn como centro de información le mordía con la insistencia de una rata que se abría camino entre sacos de grano en un almacén. Se repetía a sí mismo que era seguro. La biblioteca se encontraba en un barrio apacible donde no había actividad de ninguna de las bandas que se movía por Chicago, por lo que la presencia policial también era baja. Además, no enviaba allí a sus hombres, o al menos no a los que podrían ser reconocidos con más facilidad. Mandaba a los jóvenes prospectos de James, chicos que apenas habían cumplido los veinte años y que estaban deseosos de complacer. A veces, se reconocía en ellos una década atrás, cuando estaba a punto de convertirse en el favorito del capo irlandés. Solo tuvo que disparar en la frente a uno de los jefes de Carlo el Romano para subir ese peldaño del que nadie le había movido desde entonces.

—Ya salen.

Liam le sacó de sus pensamientos con un manotazo. A pesar de su corpulencia, el conductor abandonó el vehículo con agilidad mientras se echaba la mano al bolsillo interior de su gabardina para sacar su pistola. Michael hizo lo mismo. Sintió las gotas de lluvia en el rostro. Al ver las expresiones satisfechas de los hombres de Carlo el Romano alumbradas por las luces amarillentas de la farmacia, su mirada pasó al frío azul acero que tanto temor provocaba. Sus anteriores pensamientos se disiparon. Levantó la pistola, apuntó al más alto de los dos italianos y apretó el gatillo sin pronunciar una palabra. El silencio nocturno se rompió con el seco sonido del disparo. El tipo cayó fulminado al suelo. Michael encañonó a su compañero, pero la pistola se atascó con un desagradable clic. Liam, al percatarse de lo que ocurría, apuntó y disparó, pero falló y alcanzó el escaparate, que estalló en mil pedazos. El italiano no dudó en aprovechar la circunstancia. Lanzó al suelo el paquete con el dinero y echó a correr. Liam volvió a disparar y erró de nuevo. Michael, furioso porque no conseguía desatascar su pistola, la arrojó al suelo y le arrebató a Liam la suya con brusquedad. Disparó una, dos y tres veces, pero el italiano ya había desaparecido por un callejón.

—¡Joder!

Michael clavaba los ojos en la oscuridad. A sus pies la lluvia arrastraba la sangre del italiano que yacía muerto en la puerta de la farmacia. En el interior del establecimiento se escuchaban los gimeos del señor Elliott, que no se atrevía a salir.

—Ese tío va directo a hablar con Carlo —dijo Liam jadeante.

—Ya lo sé —respondió Michael con sequedad.

Se agachó para recuperar su pistola y miró a ambos lados de la calle. Todo parecía tranquilo, pero la policía no tardaría en aparecer. Vio algunos rostros que se asomaban a las ventanas de las casas. Un hombre tenía el teléfono pegado en la oreja mientras se ocultaba tras la cortina.

—Vámonos de aquí.

Liam parecía haber estado esperando esa orden, pues apenas tardó unos segundos en sentarse al volante de nuevo. Michael lo siguió. Apenas había cerrado la portezuela cuando Liam arrancó para alejarse de allí lo antes posible. No intercambiaron palabra hasta que se alejaron unas cuantas calles de la farmacia.

—¿Y ahora qué? —preguntó al fin Liam, rompiendo el silencio.

El coche aminoró la velocidad cuando entraron en una calle transitada. Circulando por allí pasarían desapercibidos. Michael mantenía el ceño fruncido y los puños cerrados. Odiaba que los planes no salieran bien, en especial si se trataba de algo tan fácil como aquella misión. Lo había hecho decenas de veces. Jamás se le había escapado nadie.

—Ahora tenemos que estar más alerta que nunca. Carlo el Romano va a saber que soy yo quien está detrás de las muertes de sus recaudadores, si es que no lo sabe ya —masculló.

—Tu historia con Carlo es antigua, seguro que sospecha que eres tú —afirmó Liam — ¿No intentó que te capturaran?

Michael no respondió. Fue el día en que Evelyn lo ayudó a esconderse de la policía en la biblioteca. Todavía buscaba al chaval que le tendió la trampa en aquel callejón. Y todavía recordaba la sensación de la primera vez que sintió la carne de Evelyn bajo sus dedos.

—Vamos a Whisper Lane. Quiero tomarme un whisky tranquilo.

Liam asintió con la cabeza y obedeció.

Tan solo apartó la mirada de la puerta de la biblioteca para encender el enésimo cigarrillo de la tarde. Las colillas arrugadas que yacían a sus pies eran la evidencia de las horas que Arthur Collins llevaba en esa esquina, sin moverse. El detective sabía que estaba un poco más cerca de atrapar al fin a Michael Byrne. Lo sentía en las tripas. Se lo decía una voz que susurraba en el fondo de su cabeza. Sin embargo, aún no tenía pruebas contundentes que mostrar a sus superiores, por eso apenas le habían prestado atención cuando había compartido con ellos sus teorías.

—¿Y qué si hay chavales yendo a una biblioteca? —había dicho uno de ellos con sorna.

—Algunos de ellos trabajan para Michael Byrne, uno de los jefes de James El Silencioso —insistió—. Los conozco, llevo años detrás de él...

—Y aún no has conseguido nada para detenerlo —respondió otro con un carácter más afable—. Ya deberías saber que esto funciona así, Collins, sabemos lo que hacen, sabemos dónde están, sabemos quiénes son... Pero no tenemos pruebas y muchos jueces están comprados. No te obsesiones.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Apoyado contra la pared y sin dejar de vigilar la

biblioteca, su mente vagó años atrás. Toda la policía de Chicago le acompañaba. Los periodistas preparaban las cámaras fotográficas y tomaban notas sin parar. Arthur Collins iba a dar el gran golpe a la mafia irlandesa aplastando una operación de contrabando liderada por Michael Byrne. Pero cuando abrió las puertas de aquel almacén...

Un inesperado empujón le sacó de aquel recuerdo. Aunque al principio se sintió molesto por el golpe que le propinó aquella señora con demasiada prisa, en el fondo agradecía haber escapado de su propia mente. Pestañeó un par de veces y dio una calada a su cigarrillo justo cuando un joven pelirrojo que no llegaba a los veinte años entraba en la biblioteca con pasos decididos. Entrecerró los ojos para distinguir lo que ocurría a través de los cristales de la fachada principal. El chico se acercó al mostrador donde una mujer de corta melena castaña lo atendió con una sonrisa. Tras intercambiar algunas palabras, ella desapareció un momento y regresó al momento con un libro en la mano. El muchacho lo cogió y fue hacia el interior de la biblioteca, donde la vista de Arthur ya no alcanzaba. Al rato, el chico le devolvió el libro a la bibliotecaria, quien lo dejó apartado en un rincón del mostrador. Arthur llevaba días observando esa misma escena con distintos chavales. Ninguno de ellos se llevaba los libros a casa. Ninguno de ellos acudía a devolver un libro. Solo los manejaban dentro del recinto a través de la bibliotecaria. El detective estaba convencido de que la biblioteca formaba parte del entramado de la mafia irlandesa, pero no tenía forma de demostrarlo... hasta que Michael Byrne apareció.

Lo reconocería entre diez mil hombres. Su manera de andar, como si se fuera a comer el mundo. El gesto serio y confiado, con una agresividad latente en los fríos ojos azules. Las fuertes manos que habían golpeado a tantas personas en aquella ciudad. El sombrero ladeado con insolencia.

Arthur, aparentemente tranquilo y apoyado contra la pared, apretó el puño que tenía dentro del bolsillo hasta clavarle las uñas en la palma. Con la otra mano, sujetaba el cigarrillo con tanta fuerza que lo acabó aplastando. Tuvo que contenerse para no cruzar la calle y enfrentarse a él. No podía hacer eso. Aún no. Se esforzó en permanecer quieto sin llamar la atención y lo siguió con la mirada hasta que entró en la biblioteca. Arthur sonrió. Estaba un poco más cerca, pero la suerte todavía iba a tocarle una vez más. Cuando contempló la actitud tanto de Michael como la de la bibliotecaria al encontrarse, supo que estaba recibiendo un regalo del cielo. Ella sonrió abiertamente y sus rasgados ojos azules parecieron iluminarse al verlo. Él se acodó en el mostrador con confianza y extendió una mano para pellizcar con suavidad la barbilla de la joven. Arthur no podía escuchar la conversación, pero sabía que no estaban hablando del tiempo.

—Así que es ella...

Ahora sabía que la fachada de roca de Michael Byrne tenía una fisura. Una fisura en forma de delicada bibliotecaria. Siguió observándolos mientras hablaban, estudiando su lenguaje corporal y confirmando su teoría. Ella puso una mano en el mostrador y él la cubrió con la suya unos instantes. Se inclinó para susurrarle algo al oído, a lo que la mujer reaccionó con una risa que trató de ocultar con la mano que tenía libre. Después, Byrne se despidió de ella con un gracioso gesto de su sombrero y salió de la biblioteca. Permaneció unos segundos en la puerta para encender un cigarrillo y tras mirar a ambos lados con cautela, se alejó de allí.

Arthur suspiró y dio su jornada por concluida. Ya no pasaría más horas vigilando aquella dichosa biblioteca porque ahora tenía una nueva estrategia en mente. Exhaló el humo de su cigarrillo despacio, saboreándolo como se saborea el tabaco después de una intensa sesión de amor, y sonrió. Había descubierto la debilidad de Michael Byrne y no pensaba dejar pasar la ocasión de vengarse del irlandés.

La sección de la biblioteca que más le gustaba a Evelyn era la de novela. Allí era donde había encontrado todas aquellas historias que, según Henry, le habían llenado la cabeza de pájaros. Acababa de recibir “El hombre del traje marrón” de Agatha Christie y estaba deseando leerlo, aunque con el trajín que había en la biblioteca en las últimas semanas ya no podía meterse en las páginas de un libro con la misma concentración que antes. Por eso, aprovechaba la pausa de la comida para recolocar algunos libros, ya que a esa hora apenas acudía nadie. Henry, al verla trabajar, le había insistido en que saliera a tomar el almuerzo con él, pero la joven había rechazado la invitación para disfrutar durante un rato del silencio y la tranquilidad de la biblioteca.

Mientras buscaba el hueco perfecto para el libro, no pudo evitar un bostezo. La noche anterior Michael se había presentado en su apartamento para cenar con ella y se había marchado al amanecer, dejando su olor a tabaco, a licor y a ese perfume suyo tan caro en las sábanas arrugadas. Habían estado enredados en ellas hasta la madrugada.

Escuchó que la puerta se abría y bufó con disimulo. No tenía ganas de atender a nadie a esas horas en las que prefería amodorrarse un rato en el mostrador, así que se dejó llevar por la pereza. En lugar de acudir a la recepción, se hizo la despistada y siguió colocando los libros. No le sirvió de mucho porque quien fuera el que había entrado se dirigía directamente hacia ella.

En cuanto se giró vio a un hombre que caminaba con pasos lentos, apuntando hacia fuera con los pies. Bajo su sombrero perfectamente colocado distinguió un rostro atractivo, pero con unos ojos ávidos y crueles que no le gustaron. Pese a ello, sonreía de forma afable y Evelyn trató de corresponderle de la misma manera.

—Buenas tardes, soy Evelyn Foster, ¿en qué puedo ayudarle?

El tipo introdujo una mano por dentro de su gabardina y sacó una cartera que desplegó ante ella sin perder la sonrisa.

—Arthur Collins, detective de la policía de Chicago.

Evelyn sintió que el corazón le daba un vuelco dentro del pecho antes de acelerar su ritmo de forma desaforada. Tiempo atrás no le habría impresionado tener un policía delante. Ahora, solo podía pensar en Michael cada vez que veía un uniforme azul por la calle. En cuestión de segundos trató de calmarse a sí misma: no había hecho nada malo, no había sido testigo de nada malo. Era inocente. No había nada que temer, no ocultaba nada. Logró mantener la sonrisa.

—Oh... ¿Y qué puedo hacer por usted?

Evelyn permaneció de espaldas a la estantería que estaba organizando. Se cogió las manos por delante del cuerpo tras dejar el libro de Agatha Christie en la mesa que tenía a su lado. Quería mostrarse abierta a cualquier cosa que las autoridades pudieran querer de ella. Sin embargo, cuando el detective avanzó unos pasos más hacia ella, se sintió abrumada. Aun así, tragó saliva y se esforzó por mantener la sonrisa.

—Señorita Foster, solo quiero hacerle unas preguntas acerca del tipo de gente que viene a esta biblioteca.

A Arthur le había costado decir aquellas palabras con serenidad. Cuando había vislumbrado a Evelyn a través de los cristales de la fachada le había parecido atractiva. Pero ahora, iluminada por la luz dorada del mediodía otoñal que entraba por las cristalerías, pensó que era una de las criaturas más hermosas que había visto nunca. Le daba asco pensar en Michael Byrne manoseándola, poniendo su boca sobre la de ella, apretándola contra sí al bailar en algún club de mala muerte. No la merecía. No merecía que una mujer como aquella posara su mirada

de gata sobre un criminal como él.

—¿Qué... qué necesita saber exactamente?

Evelyn se ruborizó, señal de que era una mujer decente. Arthur fingió suspirar solo para poder percibir su perfume. Olía a jazmín y también a tabaco, un toque de rebeldía para hacer todavía más estimulante su aparente inocencia. Si no se controlaba, se abandonaría a aquellas sensaciones y su raciocinio se nublaría, algo que no se podía permitir, no en aquel momento. Primero, tenía que aniquilar a Michael Byrne.

—Quiero preguntarle por Michael Byrne —logró decir. La boca se le secó al pronunciar en voz alta ese nombre.

Vio en los ojos azules de Evelyn el impacto al oír su nombre y aquello lo enfureció. Estaba claro que el jodido irlandés la había camelado hasta el fondo. Luchó por mostrarse sereno. Evelyn estaba ante él como un cervatillo y no quería asustarla.

—Es un cliente habitual —respondió ella.

Ah, la joven era lista. No mentía, pero ocultaba la verdadera naturaleza de la relación que mantenía con él. Había un deseo expreso de protegerlo ante las autoridades. El odio que sentía hacia Byrne crecía a cada segundo que pasaba con Evelyn.

—Y tan habitual... Pasa por aquí prácticamente a diario, ¿no es así?

—La biblioteca es un espacio público, no puedo controlar quién entra o quién sale...

—¿De verdad? —Arthur avanzó un paso más hacia ella que, a su vez, retrocedió hasta dar con la espalda en la estantería—. Debe ser difícil para una mujer joven tener que lidiar a solas con ese tipo de hombres, ¿no es así?

—Me... me las arreglo bastante bien, detective Collins.

Arthur podía percibir el cuerpo trémulo de Evelyn bajo su delicado vestido de algodón verde. La tenía dentro de su puño, podía apretar todo lo que quisiera o podía dejarla ir como un pajarillo.

—Ese hombre es peligroso, señorita Foster. —Se inclinó un poco para susurrar en su oído—. Yo estoy aquí para protegerla.

El olor a jazmín logró embriagarlo y hubiera cometido una locura de no ser porque se retiró a tiempo y recuperó una distancia correcta entre los dos. Pudo ver el alivio en el rostro de Evelyn.

—La agradezco la preocupación, pero estoy bien —respondió ella, pasándose las manos por la falda de su vestido para alisarlo, o quizá era tan solo un gesto de nerviosismo—. Si puedo ayudarlo en algo más, podemos ir al mostrador y estaré encantada de responder sus preguntas.

Arthur no pudo menos que admirarla. Seguía manteniéndose educada, correcta y amable en todo momento. Era una mujer valiente, pero que había hecho la elección equivocada, como solía ocurrir con casi todas las de su sexo, por otro lado. Había visto demasiadas vidas femeninas destrozadas por tipos como Michael Byrne. Quizá podría rescatar a Evelyn del abismo en el que estaba a punto de caer.

—No la molestaré más por hoy, señorita —dijo al fin, haciendo un saludo con el sombrero—. Solo quiero que sepa que quedo a su disposición para cualquier cosa en que pueda servirla.

—Se lo agradezco.

Evelyn respiró aliviada cuando Arthur Collins dio media vuelta para dirigirse hacia la puerta y salir de la biblioteca. Una vez a solas, se llevó una mano al pecho y se dejó caer sobre una silla. Respiraba de forma agitada por toda la tensión que había contenido durante aquella conversación tan incómoda. No temía por ella, pero sí por Michael. Lo estaban vigilando y quizá

la policía podría aparecer en cualquier momento para detenerlo y llevárselo. Aunque, ¿por qué no lo habían hecho ya, si ya habían confirmado que iba a la biblioteca todos los días? Eso encajaba con la tranquilidad con la que Michael acudía a verla cada atardecer. También encajaba con retazos de conversaciones en las que tanto Michael como algunos de sus compañeros habían mencionado cantidades de dinero que hacían llegar a comisarios y jueces. Dudó sobre si contárselo a Michael. ¿Y si cometía una locura y se ponía en evidencia ante las autoridades? Quizá lo mejor fuera que no lo supiera. Ella podría manejar aquel asunto sin problemas.

Apoyado contra la húmeda pared del callejón contiguo al Windy Club, Michael esperaba a uno de sus contactos mientras encendía un cigarrillo. En realidad, no tendría que ser él quien hiciera aquel trabajo de principiante, pero en aquella ocasión necesitaba recibir cierta información de primera mano, sin que pasara por nadie más. Las operaciones para presionar a Carlo el Romano y que no se moviera por el territorio de James el Silencioso debían hacerse con una precisión quirúrgica después de los últimos acontecimientos. Ya había perdido hombres en el tiroteo del club y no quería correr más riesgos.

Cuando escuchó pasos que se acercaban, recuperó su postura erguida y dio una calada al cigarrillo. Quería terminar cuanto antes con esto para entrar al club y tomarse un par de whiskys con tranquilidad. En las últimas semanas, lo único que hacía era patearse las calles de Chicago, reunirse con gente y perfilar detalles del entramado contra los italianos. Era agotador, pero, por suerte, contaba con un bálsamo que antes no tenía: la luminosa sonrisa de Evelyn en su biblioteca. Sin embargo, la paz que le transmitía aquel recuerdo se rompió en dos al ver aparecer entre las sombras a Arthur Collins. ¿Es que nunca iba a dejarle en paz? Sonrió y negó con la cabeza con cierta sorna mientras arrojaba el cigarro al suelo.

—¿Y ahora a qué vienes? —preguntó con divertido desdén.

—Solo a tener una charla contigo —respondió Arthur levantando las palmas de las manos con rígida simpatía.

Michael le observó con curiosidad. No era la primera vez que lo abordaba sin tener ningún motivo aparente. Desde que le tendiera aquella trampa que lo dejó en ridículo delante de la policía de Chicago y buena parte de la prensa local, Arthur había intentado vengarse sin éxito. El detective Collins era demasiado legal como para devolverle el juego sucio que él había empleado con aquel informante falso.

—No tengo tiempo para charlas, Collins, búscate un amigo.

—Justo de eso quería hablarte. —La sonrisa de Arthur se ensanchó de una forma que a Michael no le agradó en absoluto; de repente, se volvió siniestra—. Tengo una nueva amistad, creo que la conoces. Se llama Evelyn, trabaja en la biblioteca municipal de la avenida Michigan...

No pudo terminar la frase. Michael había avanzado hacia él dando dos pasos largos al frente y se encontraba apenas a unos centímetros de distancia.

—Mantente lejos de ella, Collins, solo te lo diré una vez.

La frialdad, o cuanto menos, la templanza, hubiera sido la mejor aliada de Michael en aquella situación, pero, como tantas otras veces, fue la impulsividad la que tomó las riendas. Arthur, aunque temía que Michael llegara a golpearlo, sintió una gran satisfacción al ver confirmadas sus teorías. Acababa de poner el dedo en la única llaga que parecía tener aquel criminal.

—No voy a hacerle daño, Byrne —dijo al fin, sin disimular el disfrute que le producía ver

a Michael nervioso—Todo lo contrario, se la ve tan vulnerable y sola en la biblioteca...

El puño de Michael se movió con tanta rapidez que solo alcanzó a verlo cuando ya sujetaba su corbata y tiraba de ella con fuerza. Arthur tosió, pero intentó mantenerse firme.

—No juegues conmigo, detective, sé lo que estás haciendo —masculló el irlandés, cuyos nudillos estaban amarillos por la presión que ejercía sobre la corbata de Arthur.

—Suéltame.

Con torpeza, Arthur lanzó un manotazo a Michael y este decidió soltarle. Le hubiera partido la cara allí mismo, pero se encontraba en una situación delicada y no podía llamar la atención. Miró al detective resoplando por la nariz como un perro de pelea, abriendo y cerrando las manos. No quería ni imaginar qué le habría contado a Evelyn, qué pretendía hacer con ella.

—Byrne, solo hago mi trabajo y protejo a una ciudadana inocente de un criminal como tú.

—Precisamente porque es inocente tienes que dejarla en paz. Te vas a arrepentir si me entero de que vuelves a acercarte a ella.

—¿Estás amenazando a un agente de la ley? —Arthur enarcó las cejas con un gesto burlón en su rostro—. Eso no es nada inteligente por tu parte. ¿No has pensado que a Evelyn quizá le guste la compañía de alguien con un trabajo respetable?

Michael apretó las mandíbulas. En ese preciso momento se instaló en su mente la misión de acabar con la vida de Arthur Collins, pero tendría que esperar a que se solucionara el problema con los italianos.

—No sabes con quién te la estás jugando.

Arthur dio algunos pasos hacia atrás con evidente intención de marcharse, pero sin querer perder de vista a Michael por lo que pudiera hacer si le daba la espalda.

—Claro que lo sé. Con un estafador y un asesino. Me pregunto si Evelyn sabe todo de ti... Buenas tardes, Byrne.

Michael dejó que se fuera, escurriéndose entre las sombras del callejón como la rata que era. Con ademanes nerviosos sacó su pitillera del bolsillo y encendió un nuevo cigarrillo. Mil pensamientos lo abordaron. Le habían estado siguiendo, así que la biblioteca había dejado de ser un lugar seguro donde pasar información. Por otro lado, le asqueaba pensar en Arthur acercándose a Evelyn, contándole quién sabía qué historias. Esto le llevó a otro interrogante: ¿por qué ella no se lo había contado? Demasiadas teorías acudieron a su castigada mente, pero, por suerte, su contacto apareció justo en ese momento. Michael barrió cualquier asunto relacionado con Collins de su cabeza para focalizarse en su informante y los próximos movimientos de Carlo el Romano. Más tarde se ocuparía de Evelyn.

Sentada junto al único ventanal de su apartamento, Evelyn disfrutaba del sonido de la lluvia nocturna mientras pasaba las páginas de una revista de moda. Su sueldo de bibliotecaria no le permitía comprar ni la mitad de los vestidos y sombreros que estaba viendo, pero le gustaba ver qué se llevaba en París. Michael le había asegurado que cuando todo estuviera más tranquilo, irían a ver la torre Eiffel y la llevaría a visitar los almacenes de alta costura, pero no quería ilusionarse con esa fantasía. Sobre la mesita auxiliar que había a su lado reposaba una taza de té, cuyo aroma se mezclaba con el de la tierra húmeda. Aquel momento no podía ser más apacible hasta que unos golpes en la puerta la asustaron de tal manera que la revista se le escurrió de las manos hacia el suelo.

—Abre, Eve, soy yo.

La voz de Michael llegó hasta ella, pero no sonaba como siempre, sino teñida de impaciencia y mal humor. Algo había ocurrido, así que Evelyn dio por hecho que su noche de lectura, té y relax había concluido. Se puso en pie, dejando sobre la butaca la manta con la que se cubría las piernas, y abrió con precaución. Al hacerlo, Michael entró como una exhalación, con el sombrero y la gabardina salpicados de lluvia. Evelyn cerró la puerta y lo miró sorprendida, pues normalmente cuando aparecía en su apartamento solía estar tranquilo y relajado. No tuvo tiempo de preguntar.

—¿Por qué no me has dicho que Arthur Collins fue a verte?

—No... no era nada importante, solo hizo algunas preguntas y ya... ¿Cómo te has enterado?

Evelyn se dio cuenta de que había pecado de ingenua. Cómo imaginar que Michael no se iba a enterar de algo, si tenía informantes en todas las esquinas de Chicago...

—Eso ahora no importa, lo que importa es que no me lo dijiste. —Avanzó un paso hacia ella con rapidez, mirándola con aquellos fríos ojos azules y el gesto serio—. Podrías haberte puesto en peligro.

Ella frunció el ceño ante aquella actitud, aunque en el fondo se sintió un poco amedrentada por su tono de voz y esa mirada.

—No te lo dije porque no quería darte más quebraderos de cabeza, además, es un tema que puedo manejar sola.

Los ojos de Michael pasaron a la incredulidad por unos segundos al escucharla y después, se llenaron de una ardiente furia repentina.

—¡Esto no es un juego, Evelyn! Arthur es peligroso y no se detendrá ante nada para atraparme. Cada vez que se acerca a ti, te pone en riesgo.

La mujer frunció el ceño, entre sorprendida y disgustada por aquella actitud. Se sentía como uno de los chavales que trabajaban para él y que se llevaban una bronca de vez en cuando. Molesta, se cruzó de brazos y respondió:

—¿Quieres que vaya corriendo a contarte cada cosa que me pasa? ¿Es que no me puedo cuidar sola?

Michael suspiró y se llevó una mano a la sien, cerrando los ojos unos instantes para tratar de calmarse. Aunque la furia aún era evidente en sus ojos, al menos logró rebajar el tono de voz.

—No se trata de que te cuides sola o no, Evelyn. Arthur te está usando para llegar a mí, para hacerme daño a mí.

—Pero ¿por qué?

—Porque le jodí hace unos años —respondió Michael con impaciencia.

Se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa del comedor. Después, hizo lo propio con su gabardina, no sin sacar antes la pitillera del bolsillo para encender un cigarro con ademán nervioso. La gabardina cayó sobre la mesa con un ruido metálico que no pasó inadvertido a Evelyn: era su pistola. Michael encendió el cigarrillo y volvió la mirada hacia la mujer mientras sacudía la cerilla para apagarla.

—Usé a un informante falso para que le dijera que iba a hacer una operación de contrabando de whisky en uno de los almacenes del puerto —explicó mientras tomaba asiento en un viejo sillón de cuero que ya estaba allí cuando Evelyn alquiló el apartamento—. Me estaba pisando los talones así que tuve que distraerlo con esa pista falsa. El muy presumido apareció allí hasta con la prensa y cuando abrió el almacén y solo había periódicos viejos... —Michael dejó ir una risa áspera al recordarlo... se convirtió en un chiste para la policía, los periódicos y todos los criminales de Chicago.

A Evelyn no le costó atar cabos y comprender la situación. Se sintió un poco tonta por no haber reaccionado de otra manera con el detective Collins, pero ¿qué otra cosa iba a hacer?

—Ahora lo entiendo —respondió con suavidad—. Pero no quería que te preocuparas o hicieras una locura.

Michael levantó la mirada hacia ella. Ya no era fría, sino tierna, aunque también se percibía el cansancio de un día demasiado largo. Alargó una mano buscando la de Evelyn, que se la entregó sin dudar. Tiró de ella hasta que la sentó sobre su regazo. Acarició su pierna por encima del liviano camión.

—Necesito saber todo lo que pasa, especialmente si Arthur está involucrado. No puedo protegerte si no sé lo que está sucediendo.

Evelyn le rodeó el cuello con los brazos y pegó su mejilla a la de él. Estaba húmeda por la lluvia, rasposa por la incipiente barba, tibia por el frescor de la noche otoñal. Después, lo besó.

—La próxima vez te lo contaré. No quiero que hagas una locura.

Michael giró el rostro hacia ella para mirarla a los ojos en silencio, sonriendo con alivio. Jamás había tenido tal sensación tras un día duro. Oler su perfume de jazmín, ver sus limpios ojos azules, sentir su piel suave contra él. Evelyn era el bálsamo que llevaba años necesitando y estaba dispuesto a aplastar a cualquiera que osara siquiera rozarle un pelo de la cabeza.

—¿Has cenado? —le preguntó casi en un susurro, mientras acariciaba su mejilla con el dorso de la mano, como si no quisiera ensuciarla con sus dedos con olor a pistola, a tabaco y a whisky.

—Comí una ensalada de pavo —respondió Evelyn en el mismo tono que él—. ¿Quieres que te prepare algo?

—No. Voy a pasar directamente al postre.

Michael cubrió de besos el cuello de Evelyn, después su mejilla y luego su boca. Se puso en pie al tiempo que la levantaba en brazos. Ella afianzó sus brazos alrededor de su cuello y dejó que la besara sin piedad. Antes de que pudiera hacer algo más, ya la había llevado a la cama. La devoró cien veces antes de quitarle la ropa y después, otras cien veces más, insaciable y voraz como si fuera la última vez que fuera a abrazarla, a estar dentro de ella, a escuchar sus gemidos en su oído. Enredado con ella bajo las sábanas, el mundo era menos cruel, menos frío, menos peligroso y apetecía esperar al amanecer para ver nacer al sol un día más. Aunque fuera el último de su vida.

Capítulo 6

Si había algo que no le gustaba a Evelyn era tener que darle la razón a Henry. Si bien era cierto que había aumentado el número de clientes de la biblioteca, en las últimas dos semanas se había intensificado todavía más. Ahora incluso acudían niños a las horas en las que deberían estar en el colegio. No encontraba una explicación al fenómeno, pero tampoco quería darle importancia como hacía su superior, chasqueando la lengua cada vez que veía a Evelyn moviéndose con rapidez entre las estanterías, buscando y colocando libros. Por eso mismo se sentía tan relajada en ese momento, ya cerca de la hora de cierre, cuando bajaba de forma notable el número de lectores. Y por eso mismo, en cuanto un libro se le escurrió de las manos y cayó al suelo estrepitosamente, se sobresaltó más de lo normal. Se llevó la mano al pecho y resopló antes de agacharse para cogerlo. Se había abierto y temió que algunas páginas se hubieran doblado. Sin embargo, algo más llamó su atención: un pequeño y sucio papel doblado en dos.

Todavía agachada, recogió la nota y la ocultó de nuevo dentro del libro. Ya incorporada, miró a ambos lados para asegurarse de que nadie la observaba, y tomó el papel para desdoblarlo y leer su contenido:

«El pedido se demora tres días. Avisa al club de lectura. Esta semana nos vemos en el mismo sitio a la misma hora».

En otras circunstancias, no le habría dado importancia, pero su intuición le gritó desde algún rincón de su cabeza que no lo dejara pasar. Guardó la nota en el bolsillo de su vestido y regresó a la recepción. Tomó asiento con nerviosismo y cogió el registro de préstamos. Recorrió la lista de títulos hasta encontrar ese libro: se había solicitado tres veces en la última semana, pero no había llegado a ser prestado. Es decir, se había consultado siempre en la sala. Evelyn levantó la mirada del registro. El libro era *El fantasma de Canterville*, de Oscar Wilde, un autor irlandés.

—No puede ser... —murmuró para sí misma, notando que el peso de la decepción caía sobre sus hombros.

Volvió a repasar el registro y se levantó para recorrer la biblioteca, retirando algunos de los libros que solo se habían consultado en sala. Encontró más notas. Más ubicaciones crípticas. Y entonces, todo cobró sentido ante sus ojos. Comprendió el aumento de lectores en las últimas semanas. Comprendió por qué había sido aceptada con tanta facilidad entre los hombres de Michael. Y, con todo el dolor de su corazón, también comprendió las frecuentes visitas de Michael a la biblioteca. Al final, solo estaba supervisando que todo fuera bien, ir a verla formaba parte de sus operaciones con la mafia irlandesa. Y ella, con esa revelación, quedaba reducida a un simple títere, un recurso más de todos los que James El Silencioso manejaba en Chicago a través de Michael Byrne.

Una espesa nube de humo flotaba en el sótano de Whisper Lane. Bajo ella, Michael, Liam, Aidan y dos hombres más planeaban los próximos movimientos contra Carlo el Romano y trataban de continuar con los negocios de la banda. Sobre la mesa en la que habían desplegado un mapa de Chicago descansaban varios vasos con restos de whisky. Michael, de pie y en mangas de camisa, explicaba una operación de contrabando en el puerto. Un cigarrillo colgaba de sus labios mientras hablaba.

—Pero Michael, no sé si podemos fiarnos de los Gallagher para esto —decía Aidan de brazos cruzados en la silla y con el ceño fruncido—. Ya sabes que son gente que...

Michael había levantado una mano y miraba hacia las escaleras del sótano. Se escuchaban voces acaloradas arriba. Los cuatro hombres que estaban sentados se levantaron con sigilo mientras sacaban sus pistolas. Michael se llevó el dedo índice a los labios y avanzó despacio hacia los escalones. Subió un par de ellos empuñando su arma y apuntando hacia la puerta. Solo esperaba que no le hubiera ocurrido nada a Deirdre o no se lo perdonaría. Pero entonces, escuchó una voz demasiado familiar que exclamaba en el piso de arriba:

—¡Quiero ver a Michael!

Liam no pudo evitar soltar un bufido y una risa.

—¿No es tu chica?

—Joder, ¿qué le has hecho? —protestó Aidan, guardando su pistola mientras se dejaba caer en la silla de nuevo.

Michael resopló y bajó la pistola. Se pasó una mano por el rostro. Estaba muy cansado, apenas había dormido y en las últimas 24 horas se había estado alimentando de whisky, tabaco y patatas con queso. Entonces, la puerta del sótano se abrió y apareció Evelyn en lo alto de las escaleras, siempre deliciosa con su abrigo de paño azul y el sombrerito que dejaba escapar los mechones de su cabello castaño. Esta vez, sin embargo, el gesto furioso de su rostro no estaba en sintonía con la dulzura de su aspecto. Antes de que ella diera un paso más, Michael subió ágilmente las escaleras para interceptarla. Tras ella, Deirdre juntaba las manos en un gesto de perdón. Le dedicó un rápido asentimiento con la cabeza y le hizo un gesto para que se fuera.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Este no es lugar para ti —le espetó con dureza.

—Mi lugar es la biblioteca, ¿verdad? —replicó ella sin dejarse amedrentar—. Mira lo que he encontrado.

Evelyn sostenía entre los dedos algunas notas que Michael reconoció al instante. Lejos de darse cuenta de los motivos del enfado de la mujer, se horrorizó al pensar en lo que podría ocurrir si esos papeles caían en las manos equivocadas. Avanzó hacia Evelyn para obligarla a retroceder y cerró la puerta del sótano, privando del espectáculo a sus hombres.

—¿Por qué lo has traído hasta aquí? —dijo con los dientes apretados, clavando la mirada en los resueltos ojos azules de la bibliotecaria.

—No, la pregunta es por qué tú lo has llevado a mi biblioteca sin decírmelo, engañándome como a una...

—¡No tienes ni idea de en lo que te estás metiendo! —la interrumpió alzando la voz—. No te lo dije para protegerte, para que no lo supieras, para que nadie pudiera involucrarte en nuestras operaciones. ¡Y ahora tú lo paseas por todo Chicago! Has venido en autobús, ¿verdad?

Evelyn frunció el ceño sin dejarse amedrentar, aunque de repente Michael parecía más grande de lo que ya era.

—¿Crees que se me iba a caer el papelito al suelo? —replicó poniendo de nuevo la nota ante los ojos del irlandés.

Michael se la arrebató con brusquedad y después golpeó una pequeña mesita, provocando el tintineo de un juego de tazas de Deirdre.

—No tienes ni puta idea de cómo funciona este mundo —le espetó entre dientes, modulando su tono de voz al darse cuenta de que había gritado—. Si supieras la mitad de las cosas que están pasando, no querrías estar cerca de mí. Solo quiero que estés a salvo.

Evelyn mantenía las mandíbulas apretadas y lo miraba con la respiración acelerada y el corazón golpeándole en el pecho. Podía comprender las decisiones de Michael, pero él también debía entender que ella no era uno más de sus hombres al que decirle qué hacer o dónde ir.

—No necesito que me protejas así, con mentiras y escondiéndome cosas —respondió con firmeza—. Tienes que confiar en mí. O estamos juntos o no lo estamos.

El silencio se abrió paso entre los dos, aunque la tensión seguía latente. Evelyn se mantuvo serena, o al menos más que él, y no apartó los ojos de la mirada enfurecida de Michael. Esta vez sus ojos no eran de hielo, sino que ardían como el fuego, pero la bibliotecaria no cedió un ápice.

Entonces, Michael avanzó hacia ella con rapidez. Rodeó su cintura con un brazo y la atrajo hacia sí con un solo movimiento, apretándola contra su cuerpo. La miró una última vez a los ojos, comprobando que ella todavía ofrecía batalla, y la besó con fuerza, con rabia. Estaba furioso pero también consumido por el deseo al ver su resistencia, su energía y su determinación. La apretó contra la pared usando su cuerpo. Devoró su boca y deslizó las fuertes manos por dentro del abrigo azul. Cuando se separó de ella, apenas podían respirar.

—Tienes que ser honesto conmigo, Michael —dijo ella.

—Lo seré —aseguró él con la respiración entrecortada por el deseo.

Michael retrocedió un poco. Recordó que en el sótano esperaban sus hombres y que Deirdre, seguramente, espiaba desde algún rincón de la casa.

—Y buscarás otra forma de comunicarte con tu gente —añadió Evelyn mientras recomponía sus ropas—. Me temo que ese detective va a seguir cerca de la biblioteca —agregó.

Michael se pasó una mano por el cabello y asintió con la cabeza. Después, se giró para abrir la puerta que conducía al sótano.

—¡Liam!

En apenas unos segundos se escuchó el crujido de los escalones de madera mientras el corpulento conductor subía por ellos. Tenía cara de circunstancias. Desde abajo no habían podido escuchar con claridad qué había pasado entre Michael y Evelyn y no sabía qué esperar.

—Dime, Michael...

—Lleva a Evelyn a casa.

—Eh... está bien. Vamos, Eve.

Antes de que se marcharan, Michael tomó el mentón de la mujer con los dedos y la besó en los labios una última vez, esta vez con serenidad. Ella le dedicó una sonrisa y después, siguió a Liam hacia el exterior de la casa. Michael solo bajó al sótano cuando escuchó el motor del coche alejándose. Tendría que poner vigilancia cerca de su apartamento. Jodido Arthur Collins.

El tráfico de lectores descendió abruptamente de un día para otro. Evelyn volvió a la tranquilidad de su biblioteca y Henry, a pesar de sus quejas, ahora lamentaba que ya no hubiera tanta gente interesada.

—¿Has hecho algo? —inquirió con los brazos cruzados—. ¿Has dejado de verte con ese hombre...?

Evelyn rio ante su actitud. Henry, de forma acertada, había vinculado desde el primer momento el aumento de demanda de libros con la presencia de Michael allí.

—En realidad sigo saliendo con él —respondió ella con una amplia sonrisa

Las visitas de Michael no habían cesado, a pesar de que la biblioteca había dejado de ser uno de los centros de comunicación de la banda de James el Silencioso, lo cual disipó su miedo de ser solamente un medio para llegar a un fin. Respecto a su pacto de honestidad, no tenía manera de saber si lo estaba cumpliendo, pero decidió confiar en él... aunque sin bajar la guardia.

—Mira —dijo Henry mirando por encima de Evelyn en dirección a la entrada—. Por ahí viene uno, menos mal... Te dejo con él.

Y desapareció entre las estanterías como un fantasma. Evelyn se giró y vio a un hombre de mediana edad que lucía un cabello negro, pulcro y perfectamente peinado cuando se despojó de su sombrero. Todo en él destilaba una elegancia discreta, aunque tenía una mirada inquieta.

—Buenos días, señorita —dijo en voz baja, con un suave acento italiano—. Busco información sobre la historia de Chicago, específicamente sobre... ciertos negocios de la década pasada.

Evelyn se puso en guardia. Sabía que era los italianos contra quienes se enfrentaban Michael y sus hombres, pero, por otro lado, se dijo a sí misma que no todos los italianos de Chicago formaban parte de la banda de Carlo el Romano. Decidió guiarse solo por las evidencias, que, de momento, decían que aquel hombre era una persona normal que preguntaba por un libro en una biblioteca.

—¿Qué tipo de negocios, señor...?

—Luca, llámeme Luca, por favor. —Entonces se inclinó un poco sobre el mostrador y añadió bajando la voz—: Negocios que no aparecen en los libros oficiales, si entiende lo que quiero decir...

Evelyn sintió que se le ponían los nervios de punta. El instinto empezó a lanzar señales de alerta, pero no había mucho que pudiera hacer. Como siempre, decidió optar por la naturalidad. No había hecho nada malo. No tenía información privilegiada. Quizá Michael tenía razón y la mejor forma de estar protegida era desconocer ciertos aspectos de sus negocios.

—Me temo que no puedo ayudarle, no a menos que sea un poco más explícito...

Luca permaneció unos instantes en silencio. Apretó los labios. Su mirada parecía resignada. Tras unos segundos, se inclinó un poco sobre el mostrador y susurró:

—No soy una amenaza, señorita. Estoy del lado de... su amigo irlandés.

Evelyn tragó saliva en un intento de abrir la garganta y poder respirar. Mantuvo las manos cogidas para que Luca no percibiera el incipiente temblor de sus dedos. No supo discernir si debía fiarse o no, pero no podía hacer nada. Su única opción era llamar a Henry, pero el director de la biblioteca armaría un escándalo, querría llamar a la policía y no auguraba un buen final para esa situación.

—¿Y qué sabe usted de mis amigos? —replicó mostrándose firme, ocultando el miedo que la atenazaba.

—Sé que su amigo es enemigo de Carlo el Romano —siguió diciendo Luca con la voz susurrante y los ojos negros clavados en los de Evelyn para mostrarse honesto—. Y los enemigos de Carlo el Romano son mis amigos. No sé si me entiende...

Evelyn suspiró. Tenía que tomar una decisión ya.

—Venga conmigo, por favor.

Abandonó la fortaleza que suponía el mostrador y condujo a Luca hasta una pequeña sala

de estudio privada que apenas se utilizaba. Si gritaba desde allí, Henry podría escucharla desde su oficina. Fue la única precaución que tomó, además de localizar con la mirada un pesado busto del fundador de la biblioteca que, en un momento dado, podría servir como arma improvisada.

—Cuénteme qué es lo que pasa.

Luca suspiró y bajó la mirada unos instantes al sombrero que sostenía entre las manos. A pesar de que era un hombre corpulento, Evelyn detectó en él cierta vulnerabilidad que la enterneció por unos momentos.

—Quiero destruir a Carlo por lo que le hizo a mi hermana Sophia —dijo al fin, con la voz quebrada.

—La mató...

—La torturó —corrigió, mezclándose ahora la tristeza con la furia—. Carlo la contrató para que se ocupara de las cuentas de la organización, era una chica muy lista, la más lista de toda la familia. Al principio, todo iba bien. Pero entonces... entonces ella descubrió algo. Algo grande.

—¿El qué? —quiso saber Evelyn.

—Nunca lo supe con certeza. Pero fuera lo que fuese, Carlo no podía permitir que saliera a la luz. Así que... la hizo desaparecer.

—Dios mío...

—Tres semanas. —La voz de Luca se rompió—. Tres semanas la tuvo encerrada. La torturó para saber si le había contado a alguien lo que había descubierto. Y cuando finalmente se convenció de que no lo había hecho... la mató y arrojó su cuerpo al mar.

Evelyn se cubrió la boca con las manos. No quiso decirlo, pero recordó aquella noticia en los periódicos meses atrás. Unos trabajadores del muelle habían encontrado el cuerpo de una chica magullada y desfigurada.

—Abandoné a Carlo cuanto lo supe todo y sé que ahora me están buscando para hacerme lo mismo que a ella. Pero no moriré sin acabar con ese cabrón... con perdón, señorita.

—Llámame Evelyn —respondió ella tratando de mantener la serenidad después de haber escuchado aquella terrible historia—. Quieres ayudar a... los irlandeses, ¿verdad?

Carlo asintió con la cabeza. Carraspeó para recuperar la compostura que había estado a punto de perder e irguió la postura.

—No quiero tratar con ellos directamente —explicó—. Por eso he venido a hablar con usted... contigo —se corrigió—. No estás marcada más que como la nueva chica de Michael Byrne, nadie sospecha de ti. Tú puedes hacerle llegar la información que necesita para aplastar a Carlo. Solo quiero pedirte una cosa a cambio.

Evelyn asintió con la cabeza y le ofreció toda su atención. Casi le parecía escuchar a Michael dentro de su cabeza, furioso una vez más al verla involucrada en aquellos asuntos, pero no tenía corazón para negarse a ayudar a Luca... en el caso de que le estuviera contando la verdad.

—Si está en mi mano, cuenta con ello.

—No quiero que le hables de mí a Byrne por el momento. Nadie puede saber que estoy haciendo esto, ni siquiera los irlandeses. Sé cómo funciona esto, llevo demasiados años en este mundo. Michael y los demás querrán buscarme y hablar conmigo, habrá movimientos y estaré en el punto de mira.

Evelyn frunció los labios. Podía contarle todo a Michael, pero no de dónde había obtenido la información. No saldría bien: Michael la presionaría para saber con quién había estado hablando y verificar si era seguro. Decidió que ya se ocuparía de esa situación cuando

llegara a ella. Por ahora, no era capaz de darle la espalda a Luca.

—Haré lo que pueda —dijo con sinceridad—. No voy a jugarle mi relación con Michael por esto, lo entiendes, ¿verdad? Ni tampoco mi seguridad.

Luca asintió mientras volvía a ponerse el sombrero. Evelyn comprendió que la conversación había terminado, así que abrió la puerta de la sala de estudio para regresar con él al mostrador. Una mujer con expresión impaciente estaba esperando con un libro en la mano.

—Pediré sus libros a la central hoy mismo —exclamó Evelyn en voz alta mirando a Luca—. Vuelva a finales de semana y los tendré reservados para usted... Ah, buenas tardes, señora Philips.

Luca no dijo nada. Tan solo sonrió levemente, saludó a ambas mujeres tocándose el ala del sombrero y abandonó la biblioteca. Evelyn pensó que caminaba con más ligereza que cuando había entrado y se sintió satisfecha al pensar que le había ayudado a sentirse mejor. Por otro lado, su intuición le decía que estaba a punto de meterse en problemas y que tendría que vigilar sus pasos con mucho cuidado a partir de ese momento.

Capítulo 7

Los muelles estaban tan tranquilos de madrugada que parecían un lugar distinto comparado con el bullicio que tenían durante el día. Por eso, era la mejor hora para introducir alcohol de contrabando y, por eso, el próximo cargamento de ron de Carlo el Romano llegaría a Chicago cuando la ciudad dormía. Algunos de sus hombres fumaban e intercambiaban chascarrillos en italiano mientras esperaban a que atracara el barco. Si todo iba bien, podrían ir a casa a dormir unas horas antes del amanecer.

Michael iba a encargarse de que eso no sucediera. Apostado tras un enorme contenedor, esperaba el momento oportuno para indicar a sus hombres que atacaran. Días atrás había recibido un soplo sobre aquella entrega con todos sus detalles, así que solo había tenido que pagar algunos sobornos para asegurarse de que tendrían vía libre y asestarle ese golpe a Carlo.

La impaciencia se comía los nervios de los irlandeses, que no apartaban la vista de su jefe dispuestos a atacar. Sin embargo, Michael, con los ojos fijos en los estibadores que ya bajaban las cajas al puerto, se mantenía en silencio. Desde allí podía escuchar el tintineo de las botellas de cristal que había dentro de las cajas y que se sobreponía al rumor del mar. Cuando todas las cajas descansaban en el puerto, Michael dio la señal y los irlandeses se lanzaron al ataque.

Sin embargo, los italianos estaban más preparados de lo que Michael había previsto. Los estibadores se escondieron con rapidez y los hombres de Carlo sacaron sus armas para responder al ataque de los irlandeses. No podían quedarse allí o acabaría muriendo alguien.

—¡Tommy, Liam, cargad lo que podáis en la camioneta! —gritó Michael—. Aidan y yo os cubrimos. ¡Los demás, retirada!

Michael conservaba la serenidad mientras apuntaba con su arma a los italianos y retrocedía poco a poco hacia la ruta de fuga que habían ideado. La operación había fallado, pero no era nada que no pudieran manejar... hasta que los coches de policía irrumpieron en el muelle, uniéndose al caos.

—Joder, joder, joder... —masculló mientras comprobaba la situación de sus hombres.

—La policía, Michael —dijo Aidan jadeante a su lado, retirándose de la frente el flequillo rubio empapado de sudor.

—Lo sé, lo sé, llévate a todos a la camioneta, yo iré enseguida.

Una vez solo, Michael activó un artefacto explosivo para causar una distracción que les facilitara la huida. La detonación provocó un fogonazo de luz que le permitió distinguir la silueta de la camioneta en la que le esperaban sus hombres. Se movió rápidamente entre los contenedores de carga aprovechando el humo y la confusión. Cuando estaba a unos metros de la escapada, escuchó una voz demasiado conocida.

—¡Byrne! Sé que estás aquí.

El jodido Arthur Collins se paseaba entre los contenedores, armado con una pistola. Michael se mantuvo inmóvil, casi sin respirar, con la espalda pegada a uno de los depósitos. No

era el momento de entretenerse con el detective.

—¿Sabes qué, Byrne? —dijo Arthur, indiferente al hecho de que sus agentes se jugaran la vida en pleno enfrentamiento con los italianos en ese momento—. El otro día vi a Evelyn. Es muy guapa, tiene una belleza delicada. Pero tiene cara de convertirse en una furcia salvaje entre las sábanas...

La furia nubló el raciocinio de Michael. Apenas le permitió terminar la frase. Salió de su escondite con un rugido y derribó a Arthur de un puñetazo, cayendo sobre él en el húmedo suelo del muelle. Le golpeó de nuevo y esta vez lo alcanzó en un pómulo, pero el detective se defendió con un rodillazo en el costado que le hizo gruñir de dolor. Ambos hombres se pusieron en pie jadeantes, enfrentándose el uno al otro. Michael reaccionó antes, empujó a Arthur contra la pared y usó el antebrazo para presionarle el cuello e inmovilizarlo.

—Te mato si la tocas —masculló a escasos centímetros del rostro del detective.

Arthur tragó saliva a duras penas y, a pesar de su situación, esbozó una sonrisa triunfante.

—Ahí está el Byrne que conozco. Un animal salvaje, incapaz de controlarse. ¿Es así como la tratas a ella también?

Michael, cegado por la ira, presionó aún más el antebrazo contra el cuello de Arthur, pero este fue más rápido. Sacó su arma y disparó, rozando el brazo de Michael. Por suerte, la gruesa gabardina evitó que fuera herido de gravedad. Esto no detuvo al irlandés, que golpeó con furia renovada a Arthur, y lo estrelló contra un contenedor haciendo que su arma cayera al suelo. Los dos se enzarzaron en una serie de golpes hasta que Michael consiguió inmovilizar una vez más al detective, con ambas manos alrededor de su cuello.

—Si la tocas te mato —repitió con una ira irracional en sus ojos azules.

—Ya la tocas tú... con esas manos manchadas de sangre —contraatacó Arthur en un hilo de voz.

Esta vez, la munición de Arthur funcionó. Michael recibió esas palabras como un balde de agua fría. Aflojó su agarre y por unos segundos pensó en qué diría Evelyn si lo viera así. Fue el tiempo suficiente para que el detective se escabullera y recuperara su pistola. Disparó sin dudar, pero el estrés de la situación provocó que la bala solo rozara la mejilla de Michael, dejándole un rastro ardiente.

Michael se tambaleó, todavía sin poder centrar su atención.

—La próxima vez no fallaré —exclamó Arthur—. Y la próxima vez, quizás sea Evelyn quien esté en la línea de fuego si no la dejas en paz.

Michael no quería escuchar más. Empujó un barril de brea que había a su lado y lo volcó entre los dos para correr después en dirección a la camioneta. Nunca había valorado tanto la lealtad de sus hombres como en aquel momento, que lo habían esperado bajo el riesgo de ser tiroteados por la policía o por los italianos. Michael subió de un salto al estribo del vehículo y dio un fuerte golpe en el techo para que Liam arrancara. Mientras se alejaban del caos de humo, disparos y gritos, Michael miró una de sus manos, recordando las palabras de Arthur.

El sótano del pub O'Malley's vibraba con la energía de docenas de cuerpos en movimiento. La música tradicional irlandesa llenaba el aire y se mezclaba con risas y conversaciones animadas. El whisky y la cerveza corrían en abundancia mientras hombres, mujeres y niños se divertían, aunque eran altas horas de la noche. Los músicos, tres tipos malencarados y con los rostros enrojecidos por el alcohol y el calor, empalmaban una canción tras otra y alentaban a cantar y a bailar a todos los que estaban allí. No era para menos: se

celebraba el cumpleaños de James el Silencioso, que observaba todo desde su asiento, fumando un puro y degustando un whisky tras otro.

Evelyn jamás había estado en una fiesta irlandesa, pero había aceptado la invitación de Michael y no se arrepentía: se lo estaba pasando en grande. Nada más llegar, un tipo que podría ser su padre la había tomado de la mano con permiso de Michael para enseñarle a bailar un reel. Evelyn bailaba muy bien el charlestón, pero en cuanto a la danza irlandesa era tan torpe que no podía evitar reír a carcajadas con cada traspie, en especial por los divertidos comentarios que hacía aquel tipo que se identificó más tarde como el padre de Liam.

Michael la observaba desde un rincón con un vaso de whisky en la mano. Evelyn giraba en el centro de la pista, con el cabello revuelto por el baile y sus mejillas sonrojadas por el calor. El botón superior de su blusa se había desabrochado, pero o no se había dado cuenta o no le daba importancia. Su aspecto era completamente distinto al que mostraba en la biblioteca. La adoración que Michael sentía hacia ella crecía a cada minuto.

—Nunca pensé que vería a Michael Byrne traer a una chica a una de nuestras fiestas —dijo una voz a su lado. Era Liam, sonriendo mientras observaba la escena.

Michael respondió con una sonrisa, sin apartar los ojos de Evelyn. En una mesa cercana, un grupo de hombres discutía en voz baja sobre territorios y pagos. En otra esquina, una anciana repartía amuletos de la suerte. Más allá, un grupo de niños se perseguían entre la gente que bailaba. Todo el espectro de la comunidad irlandesa estaba allí, desde ancianos que contaban historias del viejo país hasta jóvenes gánsteres que presumían de sus hazañas recientes. Era su familia. Su mundo.

Evelyn se acercó a él, jadeando y con una luminosa sonrisa.

—¡Michael, esto es maravilloso! —exclamó mientras posaba sus manos sobre el pecho de él.

Se alzó sobre las puntas de los pies y buscó un beso que Michael le entregó, aunque los ojos del irlandés se posaron en la esquina desde la que James El Silencioso lo observaba todo.

—Me alegro de que te estés divirtiendo, nena.

Un hombre se acercó a ellos. Tenía el cabello más rojo que Evelyn hubiera visto jamás y unos ojos verdes tan chispeantes que parecían los de un adolescente en lugar de los de un hombre que ya superaba los sesenta inviernos.

—Esta es Evelyn, ¿eh? Ven, conmigo sí que vas a aprender a bailar, no con el carcamal ese —exclamó haciendo un gesto al padre de Liam, que respondió mostrándole el dedo medio—. Michael, ¿me permites?

—Toda tuya, Sonny Boy.

Evelyn sonrió, encantada, mientras el hombre la llevaba de vuelta a la pista de baile. Michael los observó y una sensación de malestar creció en su estómago. Veía cómo Evelyn se mezclaba con la gente, cómo la aceptaban como uno de los suyos. Y eso lo aterrorizaba.

—Es peligroso —murmuró para sí mismo.

—¿Qué has dicho, jefe? —preguntó Liam.

Michael sacudió la cabeza.

—Nada. Vigila que nadie se pase de la raya con ella.

No podía dejar de pensar en el asalto fallido a Carlo, en cómo todo podría haberse ido al infierno. Arthur podría haberlo matado allí mismo por su descuido. O podría haber aparecido un agente de policía o uno de los italianos a meterle una bala en la cabeza. Ahora, al ver a Evelyn tan feliz, tan integrada en este mundo peligroso del que no tenía ni idea, se preguntaba si no había cometido un error terrible al involucrarla. Había abierto la puerta a Evelyn y ahora temía

no poder protegerla de lo que había al otro lado.

—Michael —una voz grave cortó sus pensamientos. Michael se giró para ver a Liam—. James quiere verte. Arriba, en su oficina.

Michael asintió. Ni siquiera había visto el momento en el que James había abandonado la fiesta. Dejó el vaso de whisky en un poyete y tras lanzar una última mirada a Evelyn, se dirigió a las escaleras. Conforme subía por ellas, la música y las voces de la fiesta se apagaban hasta que el silencio dominó el ambiente. Entró en la oficina de O'Malley, notando el familiar olor a tabaco y a alcohol. Lo encontró en pie, junto a la ventana, dándole la espalda. No era una buena señal. Ni siquiera se giró cuando habló.

—Cierra la puta puerta, Byrne.

Michael obedeció sin decir nada y permaneció de pie en mitad del despacho, con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos del pantalón, más desafiante de lo que pretendía.

—¿Querías verme, jefe?

James se volvió y clavó una dura mirada en Michael.

—¿Qué coño pasó en los muelles?

—Hubo complicaciones —respondió sin más, aunque su voz sonó tensa.

—¿Complicaciones? —James escupió la palabra—. Eres mi puto mejor hombre, Michael. Se supone que no vas a tener «complicaciones».

Michael sacó las manos de los bolsillos y apretó los puños, conteniendo su rabia al ver su orgullo atacado de esa forma.

—La policía apareció. No estaba previsto.

James se acercó a Michael con pasos lentos pero autoritarios. Su presencia llenó la habitación hasta el punto de que Michael sintió que respiraba con dificultad.

—¿Y esa bibliotecaria tuya? ¿También es una «complicación»?

El silencio de Michael fue toda la respuesta que James O'Malley necesitaba para entender qué era lo que estaba ocurriendo.

—Te veo, Michael —continuó, acercándose un poco más—. Veo cómo la miras. Cómo te distrae.

Hubo un breve silencio entre los dos hombres. Michael cerraba los puños y los dientes con tanta fuerza que empezó a sentir un fuerte dolor en las sienes. De no haber sido James quien le hablaba así, le habría roto la nariz de un puñetazo.

—Maldita sea, Michael —gruñó O'Malley, golpeando el escritorio con la palma de la mano—. Te estás ablandando. Y en nuestro negocio, eso es una puta sentencia de muerte. He enterrado a más amantes de las que puedo contar.

—Puedo manejarlo —dijo al fin Michael con la voz áspera.

James soltó una carcajada sin humor, agria e incluso algo triste.

—¿Como manejaste la situación en los muelles? No me jodas, chico.

Se acercó más. Su aliento olía a whisky y amenaza. Michael respiraba cada vez más rápido. La última persona que lo llamó «chico» yacía en el fondo del mar.

—Escúchame bien, Michael, porque solo lo diré una puta vez. El amor es para los débiles. Es un lujo que no podemos permitirnos.

Michael intentó hablar, pero James lo silenció con una mirada.

—He visto a hombres más duros que tú caer por una cara bonita. Siempre, siempre termina en sangre. —Agarró a Michael por la solapa y lo acercó a él—. La próxima vez que la cagues por ella, pagarás el precio tú mismo. O peor aún, será ella. Y lo haré yo mismo, ¿entendido?

Michael sostuvo la mirada de James, conteniendo a duras penas la furia. Le hubiera metido una bala entre ceja y ceja allí mismo de no ser su mentor. A pesar de todo, sabía que James solo lo estaba protegiendo de la forma en que los hombres como él hacían las cosas.

—Sí, señor —respondió al final.

O'Malley lo soltó bruscamente.

—Bien. Ahora lárgate de mi vista.

Michael se dio la vuelta y dio dos zancadas hacia la puerta.

—Ah, y Michael...

Michael se detuvo en la puerta, sin volverse.

—Si realmente te importa esa chica, diviértete con ella y luego déjala ir antes de que termine muerta por tu culpa.

Michael salió del despacho sin decir palabra, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Abajo, la fiesta continuaba. Se detuvo a mitad de la escalera para encender un cigarrillo con nerviosismo. Se secó el sudor de la frente. Luego, golpeó la pared con fuerza. Una vez. Dos. Tres veces. Hasta que se sintió lo bastante tranquilo como para regresar a la fiesta sin despertar sospechas.

Vio a Evelyn bailando y riendo y sintió que algo se rompía dentro de él. La mantendría a salvo, costara lo que costara. Incluso si eso significaba alejarla de él para siempre.

Evelyn no era una gran cocinera, pero desde que llegó a Chicago había tenido que aprender a moverse entre los fogones si no quería vivir a base de sándwiches. Por suerte, las revistas estaban llenas de recetas. Esa noche estaba intentando hacer una sopa de pollo muy reconfortante para noches lluviosas como aquella. Con un cigarrillo en una mano y un cucharón de madera en la otra, Evelyn removía la sopa cuando escuchó que llamaban a la puerta. Una sonrisa iluminó su rostro: era la forma de llamar de Michael. Habían acordado una secuencia de golpes muy concreta para evitar sorpresas, en especial después de que Evelyn hubiera recibido aquella amenaza.

Abrió la puerta y lo vio ante ella, imponente como siempre, con el sombrero y la gabardina chorreando agua y el gesto taciturno. Lo besó en los labios, aunque él no le correspondió, y después se hizo a un lado para dejarle pasar. Mientras caminaba por el pasillo en dirección a la cocina dijo:

—Estoy haciendo sopa de pollo, a ver qué tal me sale, de momento huele bien...

—Evelyn, se acabó.

Evelyn interrumpió su camino y paró en seco. Se dio la vuelta algo confusa. Buscó con rapidez en su memoria, ¿qué era lo que se había acabado? ¿Qué le había contado últimamente?

—¿Qué es lo que se acabó? —preguntó al fin, con dudas en la voz.

—Nosotros. Esto —aclaró con un gesto de la mano que los envolvía a ambos.

Evelyn sintió que se congelaba en aquel momento. El cucharón de madera cayó al suelo. Escrutó el rostro de Michael para comprender qué estaba pasando, pero solo encontró una máscara inexpresiva y la frialdad de sus ojos azules.

—Pero Michael, ¿qué ha pasado? No entiendo...

—Es muy sencillo —interrumpió, cortante—. Esto no es un cuento de hadas de los que te gusta leer. Yo no soy el puto príncipe azul. Soy un criminal.

Evelyn frunció el ceño y dio un paso hacia él con determinación, pero él la detuvo con un gesto de la mano. La respiración de la bibliotecaria se aceleró. Un nudo de ansiedad le

presionaba la boca del estómago y hacía que le fuera difícil respirar. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo y la frialdad de Michael le helaba la sangre en las venas.

—Michael, podemos hablar...

—No hay «podemos» porque no hay un «nosotros», muñeca —respondió él—. Si pensabas que esto era algo real, eres más ingenua de lo que pensaba. No hay nada más. Se terminó.

Cada una de aquellas palabras cayó sobre Evelyn como bofetadas. Era incapaz de reaccionar ante semejante dureza.

—No lo dices en serio...

—¿No? —Michael se tomó su tiempo para encender un cigarrillo con parsimonia, exhalando el humo a modo de barrera entre los dos—. Mírame bien, Evelyn. Soy un asesino, un ladrón, un estafador. ¿Qué esperabas?

—Quizá puedas cambiar... —acertó a decir Evelyn con la voz quebrada; las lágrimas le empezaban a escocer en los ojos.

—No voy a cambiar. Esto es lo que soy. Y tú no encajas en mi vida.

Michael se giró en dirección a la puerta. La abrió con un solo y enérgico movimiento y se volvió hacia Evelyn con el dedo índice levantado a modo de advertencia.

—No me busques. No intentes contactarme. Si lo haces, lo lamentarás.

—Michael, por favor...

Pero él ya se había vuelto hacia la salida de nuevo. Sin mirarla, agregó:

—Adiós, Evelyn. Haz como si nunca me hubieras conocido. Es lo mejor para los dos.

Con esas palabras, salió del apartamento y cerró la puerta tras de sí con un golpe seco. Permaneció un momento en el pasillo. El llanto ahogado de Evelyn se escuchaba al otro lado. Ya que había sido tan cobarde de comportarse con ella como un mezquino en lugar de explicarle qué era lo que ocurría, se castigó a sí mismo con el desconsuelo de Evelyn. Dio una calada nerviosa al cigarrillo. Tuvo que luchar contra el impulso de volver, de contárselo todo, de estrecharla entre sus brazos. Pero se mantuvo firme. Esto era lo mejor. Lo más seguro para ella. Lo odiaría y lo olvidaría y se alejaría del peligro para siempre.

Con pasos pesados, Michael bajó las escaleras y salió a la lluviosa noche de Chicago. El frío aire de la ciudad lo recibió y se mezcló con el aroma a whisky y tabaco que siempre lo acompañaba. Tuvo la sensación de que la lluvia lo azotaba con fuerza como respuesta a lo que acababa de hacer. Bajó la cabeza y se ajustó el sombrero para evitar mojarse el rostro. Echó a andar hacia el *speakeasy* más cercano. Volvía a su mundo, el mundo del crimen y la violencia, dejando atrás el breve sueño de una vida diferente. Era mejor así. O al menos, eso se decía a sí mismo mientras se perdía en las sombras de la ciudad que nunca dormía.

El apartamento de Claire olía a té recién hecho y a las galletas de canela que acababa de sacar del horno. Era un lugar donde la femineidad campaba a sus anchas en contraposición al piso de Evelyn, que mantenía el ambiente sobrio del señor que vivió allí antes que ella. La bibliotecaria había aceptado la invitación de su amiga para tomar el té en su día libre, aunque le había costado tomar la decisión. Todo le costaba mucho más desde que Michael decidiera alejarse de aquella manera, sin explicaciones, desapareciendo de repente. Todo era más difícil, más complicado, incluso permanecer sentada en el mullido sofá de Claire con una taza de té entre las manos.

Claire se sentó a su lado y colocó una mano reconfortante sobre el hombro de su amiga.

—Vamos, ¿no quieres probar mis galletas de canela?

Evelyn negó con la cabeza

—No tengo mucha hambre...

—Lo sé —dijo Claire con suavidad—. Pero no me vas a hacer ese feo, ¿verdad? Una chica tan educada como tú...

Evelyn no tuvo más remedio que reírse al escucharla. Era una broma recurrente entre ellas catalogarse por sus respectivos empleos: Claire era la camarera sin estudios y Evelyn, la bibliotecaria ilustrada.

—No lo entiendo, Claire —dijo entonces Evelyn mientras se inclinaba sobre la mesa para coger una galleta aún caliente—. ¿Por qué me dejó así? Tan... frío, tan distante... Como si no me conociera de nada.

Claire suspiró, eligiendo cuidadosamente sus palabras. La joven camarera tenía una idea muy clara de la situación y sabía con exactitud la forma de definir lo que ese tipo le había hecho a su amiga, pero entendía que Evelyn todavía no estaba lista para escuchar según qué cosas.

—Evelyn, sabes que nunca me gustó Michael. Quizás esto sea lo mejor.

Ella la miró sorprendida. En efecto, desde el primer momento Claire le había advertido sobre Michael, pero no podía creer que su amiga pensaba que ser abandonada por él de esa forma era algo positivo.

—¿Lo mejor? ¿Cómo puede ser esto lo mejor?

—Piénsalo —continuó Claire esforzándose por buscar las palabras—. El mundo de Michael es peligroso. ¿Recuerdas cuando ese detective, Arthur, fue a la biblioteca? La forma en que te miró, las preguntas que hizo... Eso no es normal, Eve, te debió confundir con una... una de esas chicas que van con ese tipo de hombres... una *gun moll*.

Evelyn se estremeció ante el recuerdo del siniestro Arthur Collins y la forma en que se acercó a ella. Se acordó también de sus palabras. «Ese hombre es peligroso, señorita Foster», había dicho. Al percibir esa reacción, Claire siguió hablando.

—Esa no es vida. Siempre preocupada, sin saber si él volverá a casa, sin poder fijar una noche para cenar fuera, porque quizá de repente sus negocios requieran su atención...

—Pero, Claire, yo lo quiero tanto... —interrumpió Evelyn con la voz trémula, en un arranque puramente emocional muy alejado de los argumentos de Claire.

La camarera suspiró resignada. Aún era temprano para que Evelyn escapara de las redes que le había tendido Michael para después abandonarla de esa forma. Jamás había visto al tipo en cuestión, pero cuánto lo odiaba.

—Lo sé, cariño. Y sé que duele —respondió al fin con toda la empatía que pudo—. Pero a veces, el amor no es suficiente. No cuando te pone en el punto de mira de gente peligrosa. A lo mejor a su lado estabas protegida, ¿pero qué pasa si él no está?

Evelyn dejó ir un breve sollozo mientras bajaba la mirada al té que se enfriaba entre sus manos. No podía refutar los argumentos de Claire.

—¿Y ahora qué hago?

—¿Qué hacías antes de conocerlo? Vivir —respondió Claire con una sonrisa, encogiéndose de hombros—. Sigue con tu trabajo en la biblioteca, quizá en poco tiempo Henry te ascienda. Eres brillante, Evelyn. Tienes mucho por delante.

—Tengo la sensación de que una parte de mí se ha ido con él —murmuró Evelyn con un poco de vergüenza, pues aquella confesión la colocaba en una posición de vulnerabilidad que no le agradaba.

—Ni en broma, querida —replicó Claire encendiendo un cigarrillo y ofreciéndole otro a

Evelyn, que lo aceptó—. Ese tipo será un ladrón profesional, pero de ahí a robar una parte de ti... Ni en sus sueños.

Evelyn volvió a reír mientras se frotaba los ojos. Qué mujer. Qué haría sin Claire a su lado en situaciones como aquella. No en vano su amiga había superado más rupturas con hombres de las que podía recordar.

—¿Sabes? —siguió diciendo Claire, esta vez con una sonrisa pícara y llena de intención—. Hay un cliente habitual de la cafetería... Un profesor de literatura. Un tipo encantador, inteligente, alto, elegante... Podría presentártelo si quieres, siempre se queja de que la gente no lee lo suficiente.

—No suena nada mal, pero no estoy lista para eso —respondió Evelyn con una sonrisa llena de cariño hacia su amiga.

—Está bien —respondió Claire alzando las palmas de las manos—. Avísame cuando estés preparada. Hay muchos hombres buenos ahí fuera, Eve. Hombres que no te pondrán en peligro.

Mientras mordisqueaba la galleta, Evelyn se dio cuenta de que, con todo el dolor de su corazón, tal vez, solo tal vez, había un futuro más allá de Michael Byrne. Un futuro que, con tiempo, podría aprender a abrazar.

El sol se ponía sobre Chicago cuando Evelyn se encontró con Luca en un pequeño café tras terminar su jornada en la biblioteca. No sabía por qué había accedido a encontrarse con él, pues era lo contrario a dejar atrás el mundo del crimen y las bandas. Quizá porque le ofrecía la distracción que necesitaba en esos momentos. Quizá porque sentía que, de algún modo, era una forma de seguir dentro del mundo de Michael y sus caminos se podrían volver a cruzar.

El lugar estaba casi vacío, con solo un par de clientes somnolientos en la barra que apenas le dirigieron una mirada. Distinguió a Luca, elegante como siempre, sentado al fondo, de cara a la puerta.

—Gracias por venir —dijo Luca con voz baja y cautelosa, apenas esbozando una sonrisa—. Quiero explicarte algunas cosas que... te podrían salvar la vida. Aunque quizá Byrne ya te las ha enseñado.

Evelyn congeló una sonrisa en el rostro. No quería decirle a Luca que hacía días que no sabía nada de Michael y que no preveía volver a verlo. No entendía por qué, si por orgullo o por vergüenza. Tampoco quería decirle que jamás se preocupó de explicarle nada de su vida. Por suerte, Luca no parecía interesado en nada de eso.

—Tienes que saber que existen algunos códigos entre las bandas. Cada familia tiene los suyos propios, pero algunos son comunes y si estás atenta, puedes distinguirlos. Te sorprendería saber la de criminales que nos comunicamos a plena luz del día en sitios públicos sin que nadie se percate —añadió con una sonrisa amarga.

Durante la siguiente hora, Luca le enseñó a Evelyn señales, frases en clave y comportamientos que indicaban peligro o seguridad en el mundo del crimen organizado. Ella no hacía más que sorprenderse a cada revelación, sobre todo porque recordó haber visto aquellos códigos en Michael y sus hombres. Recordó aquel comentario sobre las patatas que Michael y Liam hicieron de camino al Windy Club aquella noche ya tan lejana. Cuántas cosas se habrían comunicado entre ellos sin que ella se diera ni cuenta.

—Recuerda —dijo Luca—. Si alguien se toca el lóbulo de la oreja izquierda dos veces, significa que hay policías cerca. Si ves a alguien ajustarse la corbata de esta manera —demostró

un movimiento sutil— quiere decir que está armado.

—Es como aprender un idioma completamente nuevo —exclamó Evelyn con cierta fascinación.

—Exacto —asintió Luca—. Y como cualquier idioma, podría salvarte en una situación difícil —carraspeó dispuesto a seguir con su lección—. Ahora, los territorios. Aquí opera Carlo y aquí los irlandeses —explicó anotando las iniciales de los barrios en un papel que después destruyó—. Nunca cruces estas líneas sola, ¿entendido?

Evelyn veía cómo la ciudad que creía conocer se transformaba ante sus ojos en un tablero de juego que se disputaban las distintas bandas que se movían en Chicago. Luca le había explicado que no solo se trataba de los italianos y los irlandeses, sino también de los polacos, los judíos, los afroamericanos e incluso alemanes, suecos, húngaros y lituanos. ¿Qué les quedaba a los ciudadanos como ella? Vivir sus vidas ignorantes de todo o meterse en ese mundo por alguna puerta trasera, queriendo o sin querer. Evelyn se veía a sí misma con un pie en cada lado de esa puerta.

—Gracias por todo esto, Luca.

Luca esbozó una sonrisa triste al recordar a su hermana Sofía, el motivo por el que estaba haciendo todo aquello.

—Espero que nunca tengas que usar nada de esto. Pero si lo haces... —hizo una pausa— estaré tranquilo al saber que tienes una oportunidad.

En cuanto abandonaron la cafetería ya era noche cerrada y lloviznaba sobre la ciudad. Evelyn cruzó los brazos y sintió un escalofrío ante el cambio de temperatura. Cuando paseó la mirada por la calle, tuvo la sensación de que el mundo que la rodeaba era el mismo de siempre, pero con sombras y señales ocultas que antes pasaba por alto. Era emocionante y aterrador a la vez, justo lo que echaba de menos en su rutina en la biblioteca.

—Una cosa más —dijo Luca antes de despedirse—. Recuerda siempre quién eres, Evelyn. Es fácil perderse en este mundo. No dejes que te cambie.

Evelyn asintió, sintiendo el peso de sus palabras. Mientras veía a Luca desaparecer entre las sombras de la noche de Chicago, se preguntó en qué se estaba metiendo y por qué no se alejaba de una vez por todas de este mundo.

El almacén apestaba a humedad y whisky barato. Michael avanzaba entre cajas rotas y barriles mientras sus hombres registraban meticulosamente cada rincón. El ataque al territorio de los hermanos Kaminski había sido un éxito y les había proporcionado alcohol para vender durante meses, pero Michael no sentía la satisfacción habitual. Encendió un cigarrillo en silencio, con el ceño fruncido. Todo parecía haber perdido su sabor en los últimos días.

—Michael, mira esto —le llamó Tommy, señalando una caja medio oculta bajo una lona sucia.

Michael se acercó y apartó la tela con la punta de su elegante zapato lustrado. Entre botellas de contrabando y papeles manchados, algo captó su atención. Un libro antiguo, con el lomo de cuero desgastado, que de alguna manera había sobrevivido al caos que se había formado en el almacén momentos antes.

Sin pensar, lo tomó entre sus manos. No tenía ni idea de qué se trataba, pero parecía un libro de poemas muy antiguo. Por un momento, el mundo a su alrededor se desvaneció. Podía ver a Evelyn con sus azules ojos brillantes mientras hablaba con pasión sobre poesía y literatura. Percibió su olor a jazmín. Sintió de nuevo el tacto de su piel bajo los dedos.

—¿Qué hacemos con esto? —insistió Tommy, trayéndolo de vuelta a la realidad, mostrándole que dentro de la caja había más libros como ese.

Michael miró el libro en sus manos. En otros tiempos, lo habría guardado para regalárselo a ella. De hecho, lo consideró por un segundo. Podría hacérselo llegar de forma anónima, quizás. Estaba seguro de que le encantaría.

Pero no. Eso era debilidad. Y en su mundo, la debilidad significaba muerte, como le había recordado James El Silencioso en su fiesta de cumpleaños.

Con un movimiento brusco, arrojó el libro al suelo.

—Quemadlo todo —ordenó con voz fría y cortante—. No quiero que quede nada de esta basura.

—Pero algunos de estos libros podrían valer mucho y sería fácil colocárselos al anticuario judío de la avenida Belmont...

La mirada que Michael le lanzó a Tommy hizo que el hombre retrocediera un paso.

—He dicho que lo queméis todo. ¿Es que no me has entendido?

—Sí, sí, claro... —murmuró Tommy, apresurándose a cumplir la orden.

Michael observó cómo sus hombres rociaban gasolina sobre las cajas y estantes. Pronto el olor acre llenó el aire y se llevó el perfume de jazmín que Michael todavía percibía a través de sus recuerdos. Cuando las llamas comenzaron a elevarse, Michael encendió un cigarrillo. El libro de poemas fue consumido por el fuego con lentitud. Las hojas se ennegrecieron y se curvaron hasta que desaparecieron convertidas en un puñado de cenizas. Michael lo observó impertérrito mientras fumaba, con el rostro iluminado por el resplandor naranja de las llamas.

—Vámonos —ordenó finalmente a sus hombres, dando la espalda al infierno que había creado—. Tenemos negocios que atender.

Mientras salía del almacén, Michael se dijo a sí mismo que el ardor en su pecho era por el humo, no por el recuerdo de una vida que ya no podía tener. Era mejor así. El fuego lo purificaba todo, incluso los recuerdos.

Capítulo 8

Aunque no era la primera vez que la madrugada la sorprendía en las calles de Chicago, sí era la primera vez que Evelyn accedía a un edificio municipal a esas horas. Por lo general, a las 1:56 de la mañana que marcaba el reloj del ayuntamiento solía estar durmiendo o bailando, bebiendo y fumando en algún club de los que solía frecuentar con Michael. El recuerdo de aquellas noches de diversión, de jazz, de whisky y de besos nocturnos bajo las farolas le hizo más daño de lo que hubiera reconocido. Cuánto añoraba esas noches. Cuánto añoraba a Michael.

El tintineo de las ganzúas que sacó Luca del bolsillo de su gabardina la devolvió a la realidad.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó sorprendida en un susurro, feliz de tener algo a lo que aferrarse para no ser tragada por el mar de los recuerdos.

—Es la única forma de conseguir los registros que necesitamos —respondió el italiano esquivando con elegancia la pregunta de su compañera—. Carlo tiene mucho poder en esta ciudad, pero no puede abarcarlo todo.

Luca abrió la puerta trasera del ayuntamiento y ambos entraron con sigilo en el edificio. Cerró tras de sí para no llamar la atención de ningún policía que estuviera haciendo la ronda nocturna. Evelyn parpadeó un par de veces hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

—El archivo municipal está en el sótano —musitó mientras señalaba la dirección que debían tomar.

Hacía algunos meses, el jefe de archivos del ayuntamiento había enviado una notificación a la biblioteca en la que trabajaba Evelyn para avisar de que pronto harían un expurgo de libros antiguos, por si pudieran estar interesados en adquirirlos. Henry no lo dudó y envió a su mejor empleada a que revisara esos libros y detectara cuáles eran interesantes. Ese conocimiento, al que Evelyn no dio la más mínima importancia en su momento, era el que les iba a permitir en ese momento conseguir las escrituras y documentos que podían poner a Carlo el Romano en un brete.

Conforme bajaban las escaleras llegó hasta ellos el olor a humedad y a papel viejo. Evelyn volvió a tener el mismo pensamiento que la primera vez que estuvo allí: no era el lugar más indicado en el que guardar documentos, ni antiguos, ni nuevos. Si ella hubiera tenido alguna potestad para cambiar eso, habría derivado el archivo municipal hacia una localización seca y fresca.

—Busca documentos de compraventa de propiedades adquiridas en los últimos cinco años en el territorio italiano —le dijo Luca en voz baja —Usa empresas fantasma, así que no hace falta que compruebes el nombre, yo sabré cuáles son.

Evelyn asintió con la cabeza. Solo necesitó echar un vistazo a las estanterías llenas de archivadores para saber por dónde tenía que empezar a buscar. Se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla para moverse con más ligereza. Luca hizo lo propio, marcando siempre su elegancia con

el cabello negro perfectamente peinado y un traje a medida.

—Mira esto —dijo Evelyn al cabo de un rato acercándose a Luca para mostrarle un portafolio—. Una serie de almacenes comprados por Buttoni & Co, mira las fechas...

Luca tomó el portafolio y echó un vistazo a los documentos. Un brillo astuto se encendió en sus ojos negros.

—Buen trabajo. Esto es exactamente lo que necesitábamos. Guárdalo en tu bolso.

Evelyn dobló el portafolio y lo encajó a duras penas en su bolso de mano. Aprovechó para coger otros documentos que hacían referencia a esa misma empresa por si también pudieran ser útiles.

De repente, se escucharon pasos en el piso superior. Ambos se quedaron congelados y se miraron el uno al otro. Evelyn sintió una vez más aquella recarga de energía que aceleró su corazón al máximo, esa sensación de inminente peligro, pero también de emoción desorbitada a la que se había vuelto adicta.

—Debe ser el vigilante —murmuró Luca—. Apaga la linterna.

Se ocultaron detrás de un estante y contuvieron la respiración mientras los pasos se acercaban. La puerta del sótano se abrió con un chirrido. Evelyn sintió la mano de Luca en su hombro, tranquilizándola pero, al mismo tiempo, instándola a permanecer lo más pegada posible a la estantería. El haz de luz de una linterna barrió la estancia y pasó peligrosamente cerca de donde estaban escondidos.

—¿Hay alguien ahí? —exclamó una autoritaria voz masculina teñida de sospecha.

Después de lo que pareció una eternidad, los pasos se alejaron y la puerta se cerró.

—Larguémonos de aquí —dijo Luca tomando el abrigo de Evelyn y ayudándola a ponérselo, caballeroso en todo momento.

Evelyn estaba segura de que no volvió a respirar hasta que no estuvieron fuera del edificio, de nuevo arropados por el frío de aquella madrugada. Después de pasar aquel rato entre papeles y documentos, la bibliotecaria agradeció la bocanada de aire fresco perfumado por las flores de los parterres que había en la puerta principal.

—¿Crees que esto sirve de algo? —preguntó Evelyn mientras echaban a andar para alejarse de allí.

Luca encendió un cigarrillo y le ofreció otro a ella, que no dudó en imitarle y llevárselo a los labios para exhalar el humo hacia el cielo, soltando parte de la tensión.

—A veces no hace falta mucho más para derribar un imperio —respondió él con una sonrisa enigmática y satisfecha al mismo tiempo.

Se notaba que había conseguido lo que quería, aunque Evelyn no comprendiera aún cómo iba a fraguarse el plan contra Carlo el Romano solo con unos documentos. Sintió una mezcla de miedo y emoción. Había cruzado una línea importante esa noche robando documentos del ayuntamiento. Ahora sus pies estaban un poco más asentados en el mundo criminal, aunque los motivos merecían la pena. Ojalá pudiera contárselo todo a Michael. Al principio se enfadaría con ella, pero después se sentiría orgulloso y la invitaría a un cóctel.

—Buen trabajo, compañera —dijo Luca sacándola una vez más de aquellos pensamientos que le hacían daño.

Evelyn le dedicó una sonrisa. Ya no era una simple espectadora en aquel mundo.

Luca le había pedido que guardara los documentos en la biblioteca. Según él, si algo ocurría y los encontraban en su casa, sería incriminada directamente y no podría librarse de la

cárcel ni con los mejores abogados de Chicago. «Dáselos cuanto antes a Michael», había dicho, ignorando que la pareja se había separado de forma radical hacía días. Evelyn tenía el portafolio mezclado con otros papeles encima del mostrador de la biblioteca. Era arriesgado, pero se había dado cuenta de que no llamaba la atención de nadie, ni siquiera la de Henry. Cerca de la hora de cierre, mientras actualizaba las últimas fichas antes de volver a la soledad de su apartamento, miró de reojo el portafolio. ¿Cuánto tiempo iba a custodiar aquellos documentos? ¿No sería mejor devolvérselos a Luca y explicarle que ya no podía ayudarle contra Carlo porque Michael la había abandonado? Ese escenario le suponía una derrota doble que pesaba demasiado en su ánimo.

Volvió la mirada a las fichas, mordisqueando un lapicero. Leía nombres y fechas, pero su mente seguía en los documentos de Carlo. Los miró de nuevo. Parecían brillar entre el resto de los papeles. Una idea empezó a formarse en su cabeza. «¿Y si...?».

—No —se reprendió a sí misma en voz alta mientras giraba la cabeza otra vez al montón de fichas—. Me dijo que no lo buscara o lo lamentaría...

«Pero no le vas a buscar para suplicarle que vuelva contigo, es solo para darle los documentos», argumentó la voz que había dentro de su cabeza.

—Eso es verdad —volvió a decir, aunque nadie la escuchaba—. Se los doy, me largo sin decirle nada y habré cumplido con Luca.

La voz dentro de su cabeza asintió satisfecha. Evelyn se puso en pie, guardó las fichas de forma precipitada y metió los documentos de la información sobre Carlo en su bolso. Cuando salió de la biblioteca llovía a mares. No era la noche más apacible para estar fuera de casa en busca de un gánster, pero quería quitarse ese peso de encima cuanto antes.

Cuando el taxi la dejó en Whisper Lane, su corazón latía a toda velocidad. Había tenido dudas respecto dónde buscar a Michael. Jamás le había oído hablar de una casa propia. Pasaban el tiempo en restaurantes, pubs y clubs y, en ocasiones, en Whisper Lane, donde unas veces ella se quedaba con Deirdre en la primera planta tomando té y otras, bajaba al sótano con el resto. Allí es donde decidió ir, pues le resultaba un entorno más amigable.

Liam no ocultó la sorpresa en su rostro cuando abrió la puerta y la vio refugiándose de la lluvia bajo un paraguas negro decorado con enormes magnolias. Evelyn sonrió de forma genuina; Liam siempre había sido quien mejor la había tratado de entre los hombres de Michael.

—Evelyn, no deberías estar aquí —dijo con nerviosismo, mirando a ambos lados de la calle.

—Necesito ver a Michael —respondió mientras apretaba el bolso contra su pecho—. Es urgente, solo quiero decirle algo y me iré.

Liam suspiró y se pasó una mano por el pelo con preocupación.

—No está aquí. Ha ido al Rusty Nail a recoger la recaudación.

Podría darle los documentos a Liam. Confiaba en que se los entregaría a Michael y que no dejaría que nadie lo viera antes que él.

«¿Seguro? —volvió a decir la voz de su cabeza—. Si empiezan a beber ahí abajo quién sabe...».

—Gracias, Liam, iré allí a buscarlo entonces.

—Espera, Evelyn. —La detuvo de forma repentina—. No es buena idea. Michael no está bien.

—¿Cómo dices?

Egoístamente, Evelyn sintió cierta satisfacción al pensar que quizá Michael estaba sufriendo con la separación, a pesar de que fue él quien decidió que no volvieran a verse.

—Está un poco... nervioso —explicó en voz baja—. El otro día mandó a dos tipos al hospital porque, según él, le estaban mirando mal. No es seguro acercarse a él si está así, es mejor dejarle solo y que vuelva cuando esté más tranquilo.

Por un momento, Evelyn dudó. Le preocupaba lo que escuchaba y, en parte, también la asustaba. Nunca había visto a Michael comportarse de forma violenta, pero tampoco era una ingenua: sabía qué tipos de cosas había hecho porque si algo había aprendido Evelyn a su lado era a cerrar la boca y abrir los oídos, al margen de lo que Liam le acababa de contar.

—Tengo que verle, es importante —insistió tras un suspiro, sin desvelar a Liam el motivo de su insistencia.

Liam frunció los labios, reprimiendo las palabras. Finalmente, dijo con preocupación:

—Eres muy valiente, pero ten cuidado. Si no lo ves claro, aléjate de él.

Evelyn asintió con la cabeza y tras darse media vuelta, echó a caminar hacia la parada del tranvía. Sentía el peso de los documentos en su bolso como si estuvieran hechos de hierro. Sabía que se estaba arriesgando mucho, quizá demasiado. Michael le había dicho con claridad que no le buscara y era justo lo que ella se disponía a hacer, pero estaba convencida de que el motivo lo merecía. Quizá él también lo valorara o quizá no, pero tenía que intentarlo.

—Una última vez —murmuró para sí misma mientras subía al tranvía que la llevaría hasta el barrio donde se encontraba el Rusty Nail—. Solo necesito verlo una última vez.

La lluvia se intensificó, como si quisiera disuadirla, pero no funcionó. Cada paso la llevaba más cerca de Michael y del peligroso mundo en el que él vivía. Un mundo del que ella ya no podía mantenerse alejada.

El Rusty Nail no era precisamente uno de los bares con más glamour de Chicago. Sin embargo, tenía un gran número de parroquianos fieles que no faltaban a su cita de cada día para engordar la caja con sus billetes arrugados y sucios. Esta fidelidad no se debía a la calidad de su cerveza, ni a la limpieza de sus aseos, ni a la simpatía de Tony, su dueño. Se debía a que no había otro bar en seis manzanas a la redonda. Si alguien se atrevía a abrir un local, Michael y sus hombres aparecían allí para disuadirle con amabilidad de la idea. Y una vez al mes, Tony les pagaba religiosamente para que eso nunca cambiara.

Lo que Tony no esperaba aquella lluviosa noche era que el propio Michael acudiera a buscar la recaudación, pues por lo general se dejaba caer en lugares más selectos que el Rusty Nail. Temiendo que hubiera ocurrido algo o, peor aún, que viniera a notificarle un aumento en el pago, Tony se acercó a la barra con precaución.

—La paga.

El hombre asintió con la cabeza y se apresuró a llenar un sobre de papel marrón con un fajo de billetes que ya tenía apartado. Michael, sin apenas dirigirle la mirada, lo cogió y lo guardó en el bolsillo interior de su gabardina, sin contarle. En lugar de irse, se dejó caer con pesadez en el taburete.

—Tráeme una botella de whisky.

Y una vez más, Tony obedeció y le puso delante un vaso y la botella. Michael llenó el vaso hasta la mitad y se castigó la garganta bebiéndoselo de un trago. Por unos segundos, pareció aplacar el dolor de corazón que apenas le dejaba respirar. Sin embargo, volvió con insistencia, así que tuvo que repetir la operación. Solo al cuarto trago notó que la ansiedad se apaciguaba. Encendió un cigarrillo con parsimonia y se esforzó por no pensar en Evelyn.

El resto de clientes del Rusty Nail lo evitaban porque sentían el peligro que emanaba.

Tony no le quitaba ojo de encima, sabía que era una tormenta a punto de estallar y solo bastó que un tipo demasiado ebrio se chocara con él para que llegaran los primeros truenos.

—Eh, tú —dijo el tipo—. Fíjate por dónde...

No terminó la frase. Michael se giró con los ojos llenos de furia contenida y lo golpeó con tanta fuerza que el hombre cayó directamente sobre una mesa cercana.

El bar quedó en silencio. Michael se levantó y se colocó los puños de la gabardina.

—¿Alguien más quiere decirme lo que tengo que hacer?

Dos hombres, amigos del borracho que aún luchaba por levantarse de la mesa, se pusieron en pie con actitud amenazadora, cerrando los puños y apretando las mandíbulas. Era todo lo que Michael necesitaba aquella noche.

La pelea fue breve pero brutal. Michael peleaba con una rabia desenfrenada, como si cada golpe pudiera borrar el dolor que sentía por la ausencia de Evelyn y que le ardía en el pecho, bajo los huesos. En apenas un par de minutos, los hombres retrocedían con narices y bocas sangrando. Michael los miraba con fijeza, jadeante y con los nudillos enrojecidos. Tony abandonó su fortaleza tras la barra para acercarse a él con cautela.

—Jefe... Ya es suficiente. Quizá sea mejor que vuelva a casa...

Michael se giró despacio hacia él, entre furioso y sorprendido.

—¿Me estás echando, Tony?

—No, no, señor, solo pienso que...

Lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él hacia sí para hablarle a apenas unos centímetros de su rostro.

—No pienses, Tony. No quiero que pienses. Quiero que sirvas bebidas y mantengas la boca cerrada.

—Lo siento, jefe —logró decir Tony—. Por... por favor, no quise ofender...

Michael lo miró por un largo momento, como si estuviera considerando qué hacer con él. Finalmente, lo soltó con un empujón.

—Limpia este desastre —ordenó con voz ronca.

Tony solo acertó a asentir con vehemencia y volvió a refugiarse tras la barra, de donde nunca debió haber salido. Michael se dirigió a la salida, y se detuvo en la puerta. Sin volverse, añadió una última cosa:

—Y Tony... Si alguna vez vuelves a sugerir que me vaya de mi bar, será lo último que hagas.

Salió a la noche de Chicago, dejando tras de sí un bar a medio destrozar y un grupo de hombres aterrorizados. Una vez en la calle, resopló al sentir la lluvia sobre él como un manto pesado y frío. Maldijo entre dientes y escupió al suelo. Después, se irguió para colocarse el sombrero y la gabardina antes de emprender el camino de regreso a Whisper Lane.

Y entonces, la vio. De repente, la vio. Evelyn estaba ahí, bajo un paraguas negro. Su figura, envuelta en el encantador abrigo azul que persistía en su memoria, se recortaba contra la mortecina luz de una farola. Vio que se acercaba a él con decisión, metiendo los tacones en los charcos que formaba la lluvia. Michael notó que sus músculos se tensaban y no le dejaban moverse. No supo qué hacer y se sintió como un imbécil.

—Te dije que no me buscaras —dijo al fin, apuntándola amenazante con un dedo. Le costó un mundo pronunciar cada palabra.

—Lo sé, pero esto es importante —insistió ella con voz trémula, mientras aferraba contra su pecho el bolso del que sobresalían unos papeles—. Tengo información que puede perjudicar a Carlo el Romano...

Michael permaneció inmóvil bajo la lluvia y la miró fijamente. Evelyn temió que diera media vuelta y desapareciera por algún callejón.

—Michael, échale un vistazo al menos...

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —Al fin, avanzó hacia ella dando pasos largos, con un brillo feroz en sus ojos azules—. Carlo tiene ojos en todas partes. Podrías estar muerta ahora mismo.

—Algunos riesgos valen la pena...

Apenas había terminado de decir la frase cuando Michael ya estaba casi sobre ella, cerrando una mano en torno a su brazo con tanta fuerza que sintió sus dedos a través de la manga del abrigo.

—Nada es más importante que tu vida —dijo entre dientes.

Y entonces la besó con fuerza. Fue un beso desesperado, hambriento, cargado de anhelo reprimido. Sus manos, todavía manchadas de sangre, se enredaron en los cabellos de Evelyn cuando le sujetó el rostro con ellas. En algún momento, el paraguas cayó al suelo y los dejó expuestos bajo la persistente lluvia de aquella noche.

—Maldita sea, Evelyn —murmuró Michael pegando su frente a la de ella con los ojos cerrados—. No puedo mantenerte lejos de mí.

—No quiero estar lejos de ti —respondió ella en un sollozo, pegada a su cuerpo y mirándole con tanto amor que Michael tuvo que contener la respiración.

—Lo haremos a mi manera —dijo él rodeándola con sus brazos—. No quiero saber de dónde has sacado esto... y tú no vas a saber qué voy a hacer con esa información.

Ella asintió con una sonrisa. En realidad, prefería que fuera así. No tenía ningún interés en conocer detalles de las actividades de Michael cuando no estaba con ella. Él cogió su mano y echaron a andar. Cruzaron corriendo la carretera bajo la lluvia para encontrar un sitio en el que resguardarse. La noche los envolvió, pero la oscuridad que llevaban por dentro desapareció.

Capítulo 9

El gran almacén del muelle diecisiete aparecía como un ente monstruoso entre la suave neblina que provocaba la humedad del mar aquella noche tan fría. La vieja construcción de ladrillo se alzaba ante los ojos de Michael como un castillo que conquistar, como la última batalla antes de enfrentarse al enemigo final. Entre sus paredes, Carlo el Romano desarrollaba uno de sus negocios más lucrativos operando bajo el nombre de una de sus empresas fantasma. Desmantelarlo suponía distraer su atención de otros sitios y, al mismo tiempo, eliminar una de sus principales fuentes de ingresos. Cuando quisiera recuperarse, sería demasiado tarde, porque los irlandeses no solo habrían recuperado el territorio que les había arrebatado, sino que se habrían apoderado también de buena parte de los negocios que pertenecían a los italianos. Sería el primer paso de la gran expansión de James el Silencioso en Chicago y este sabría recompensar a Michael como era debido.

—Recordad —susurró Michael ante sus hombres antes de comenzar el despliegue—. Será rápido y limpio. No quiero supervivientes... solo uno.

Los irlandeses comenzaron a moverse entre los contenedores de carga y los edificios aledaños con sigilo. Rodearon el almacén y ocuparon las posiciones que habían fijado en la última reunión en el sótano de Whisper Lane. Cuando cada uno estuvo en su lugar, Michael hizo una señal y el infierno se desató.

Las puertas del almacén se abrieron de golpe. Los hombres de Michael entraron repartiendo fuego y muerte con sus metralletas Thompson. Los guardias de Carlo, sorprendidos, apenas tuvieron tiempo de reaccionar. En medio del caos, Michael avanzaba implacable. Cada movimiento, cada disparo era preciso y letal. Los años en las calles y la frialdad guiaban su mano mientras se quitaba de encima a todo italiano que osaba cruzarse en su camino. En unos minutos, todo había terminado. El almacén, antes un hervidero de actividad ilegal, ahora estaba silencioso, salpicado de cadáveres y mercancía destruida.

Michael caminó entre aquel desastre hasta llegar al único hombre que habían dejado con vida: Enzo, el lugarteniente de Carlo. El hombre, temblando y con su caro traje manchado de sangre, miró a Michael con terror. Su sombrero aparecía en el suelo, arrugado. Al ver la patética imagen del italiano que solía pasear con arrogancia por sus dominios en Chicago, Michael sonrió.

—Enzo, viejo amigo, quiero que le lleses un mensaje a Carlo. —Se acercó a él y susurró en su oído mientras apoyaba la pistola contra su abdomen—: Dile que esto es solo el comienzo. Que voy a destruir cada uno de sus negocios. Que esto es el entrante del menú que le voy a servir poco a poco.

Enzo tragó saliva y asintió frenéticamente. Michael se sacudió el polvo del traje, como si estuviera en una reunión de negocios y no en medio de una masacre.

—Ah, asegúrate de decirle que lo estoy disfrutando. Mucho.

Y tras dedicarle una sonrisa lobuna, salió del almacén y dejó a un Enzo tembloroso entre los restos del imperio de Carlo el Romano. El golpe había sido perfecto y todo gracias a Evelyn.

Los dedos de Carlo el Romano tamborileaban sobre la superficie de madera de caoba del escritorio de su despacho. El humo del puro había formado una espesa nube encima de su cabeza y los efluvios del whisky no hacían sino espolear la poca paciencia que le quedaba. Frente a él, un hombre nervioso vestido con un traje de sastre barato sudaba profusamente mientras agarraba con fuerza su sombrero con las dos manos y lo apretaba contra su pecho.

—Habla, Frankie. ¿Qué tienes para mí sobre ese cabrón de Byrne?

El tal Frankie tragó saliva y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Hemos estado siguiendo a Byrne y... hemos notado algo interesante.

—¿Cómo de interesante? —preguntó Carlo con un suspiro que anunciaba que su paciencia estaba cerca de agotarse, lo cual puso aún más nervioso al pobre Frankie.

—Una mujer. Byrne va a verla casi a diario, le han visto con ella y con su chusma en algunos locales.

—¿Y quién es ella?

—Evelyn Foster. Trabaja en la biblioteca pública de la avenida Michigan. No tiene antecedentes, aunque nos han soplado que el detective Arthur Collins también la está vigilando, quizá por lo mismo que nosotros...

Una sonrisa lenta y cruel se extendió por el rostro de Carlo. Si había llamado la atención de ese sabueso de Collins era porque ese irlandés engreído estaba tan seguro de sí mismo que no se había planteado ser discreto en sus visitas a su chica.

—Así que nuestro Michael Byrne tiene un punto débil...

Carlo se puso en pie pesadamente y caminó hacia la ventana. Desde allí podía ver toda la ciudad como si fuera un gran tablero de juego. Y acaba de conseguir una gran ventaja.

—Frankie, seguid vigilando a la señorita Foster. Quiero saber a qué hora entra a trabajar, a qué hora sale, dónde vive, qué rutas utiliza... Todo. Hasta su zumo preferido si es necesario.

—¿Vamos a... ocuparnos de ella?

Carlo se dio la vuelta. No sonreía, pero en sus ojos había un brillo siniestro de satisfacción.

—Oh, no. Todavía no. Primer vamos a jugar un poco con Byrne. Veamos cuánto está dispuesto a arriesgar por esa mujer.

Avanzó hacia Frankie con las manos cogidas en la espalda, dando pasos lentos que hicieron crujir la madera del suelo. Frankie se movió nervioso, sin atreverse a retroceder un solo paso. En cuanto Carlo llegó hasta él, dijo en un susurro amenazante:

—Quiero que Byrne sepa que está en nuestra mira. Que tenga miedo. Que cometa un error. Cuando esté desesperado tendrá que elegir entre su imperio... o la chica.

Frankie sonrió débilmente mientras asentía con la cabeza. Sintió un escalofrío y se alegró de estar en el bando correcto en ese momento.

—Me... me encargaré de todo.

—Bien. Y ahora sal de aquí.

De nuevo a solas, Carlo regresó a su sillón y unió las puntas de los dedos de ambas manos mientras su mirada se perdía en un rincón de su despacho. Quería aplastar a Byrne como a un insecto, pero debía ser paciente y urdir la tela de araña. Ese cabrón era demasiado escurridizo y ya se le había escapado de las manos demasiadas veces. Esta vez, no fallaría.

El sobre llegó sin remitente a uno de los clubs de los que se encargaba Michael. No solía dar importancia a ese tipo de envíos, pues solían ser cartas de venta anunciando algún producto o servicio milagroso. Sin embargo, al palparlo, notó que dentro no había una hoja de papel sin más, sino algo más rígido, como una fotografía. Sostuvo el cigarrillo entre los labios mientras abría el sobre con curiosidad. Cuando vio lo que contenía, sintió que se le helaba la sangre en las venas. Era una fotografía de Evelyn saliendo de la biblioteca. Al sacarla por completo del sobre, una nota cayó al suelo. Michael se inclinó para recogerla del suelo y leyó en voz baja:

«*Che bella ragazza* tienes. Cuídala, no sea que algo le ocurra».

Arrugó la nota en el puño, mientras la furia y el miedo se estrellaban dentro de su pecho. Tiró el cigarrillo al suelo con violencia y rugió:

—¡Aidan! ¡Liam!

Los dos hombres aparecieron ante Michael con expresiones de sorpresa al percibir la urgencia y el tono de su voz, más autoritario que de costumbre. Al verlo con la respiración agitada y el rostro contraído por la ira, supieron que algo grave ocurría.

—Vámonos.

No hicieron ninguna pregunta. Los tres abandonaron el club con pasos rápidos y subieron en el coche. Cuando Liam preguntó dónde iban, Michael respondió con tono impaciente:

—A casa de Evelyn. Hay que llegar lo antes posible.

Michael no dio ninguna explicación al respecto, pero Aidan, en el asiento trasero, se aseguró de que llevaba la pistola bien sujeta por si acaso. Liam, por su parte, hizo un repaso mental de todo lo que cargaba en el maletero. Ya que no sabía qué había pasado, al menos debía estar preparado para cualquier cosa.

Cuando llegaron frente al bloque de apartamentos en el que vivía Evelyn, Michael bajó del coche antes incluso de que Liam frenara por completo.

—Esperad aquí.

Michael subió las escaleras de dos en dos sin dejar de mirar hacia arriba, como si esperara encontrar cualquier cosa en casa de Evelyn. Llamó a la puerta con los nudillos, usando una larga y rápida sucesión de golpes que delataban su impaciencia. Evelyn abrió la puerta con el ceño fruncido. Lucía un sencillo vestido de lana color perla y zapatos planos. Cuando vio a Michael, su rostro se iluminó.

—¡Qué sorpresa! No te espe...

No pudo terminar la frase. Michael se abrió paso hacia el interior del apartamento, haciendo que la mujer diera unos pasos hacia atrás, y cerró la puerta tras de sí. Echó una mirada general al piso, como si buscara evidencias o señales de que alguien más había estado allí.

—¿Qué te pasa? —preguntó Evelyn, divertida y extrañada a la vez por su actitud.

Entonces, Michael pareció fijarse en ella. La miró de arriba a abajo, estaba sana y salva. Lucía esa serenidad que a él siempre le tranquilizaba, ajena al hecho de estar en el blanco de la mafia italiana de Chicago. Precisamente fue eso lo que le impidió contarle lo que estaba pasando. ¿Para qué aterrorizarla, quitarle el sueño, meterle miedo en el cuerpo? Él se encargaría de cuidarla mientras ella hacía su vida con normalidad.

—Nada —respondió al fin, enarcando las cejas; sonrió y pellizcó la suave barbilla de Evelyn—. Solo quería verte.

Después la abrazó con fuerza. Cerró los ojos para disfrutar más de su dulce olor a jazmín, de la suavidad de sus cabellos castaños contra sus labios.

—Perdona si te he asustado —añadió entonces mientras se separaba de ella —He tenido

un día duro. ¿Qué tal el tuyo?

Evelyn comenzó a relatarle su jornada en la biblioteca. Michael permaneció atento a cada detalle. Parecía haber sido un día más en su trabajo, sin visitantes sospechosos ni nada que pudiera hacerle pensar que Carlo ya estaba moviendo ficha. Definitivamente, no le diría la verdad, no la arrastraría a lo más profundo de su mundo, pero la protegería.

—Tengo que irme —dijo cuando ella terminó de hablar; después, le cogió el rostro entre las manos para besarla con fuerza.

—Oh —exclamó ella decepcionada, aunque sin preguntar el motivo—. Pensaba que te quedarías esta noche conmigo... Bueno, ten cuidado, y si terminas pronto... te espero, dejaré la llave bajo el felpudo —añadió sugerente.

—No hagas eso —respondió él rápidamente, apuntándola con el dedo—. Buscaré la manera de entrar y, si no, me quedaré como un perrito en la escalera para desayunar contigo— agregó con un tono más ligero para que Evelyn no sospechara nada.

Ella rio y le dio un último beso antes de cerrar la puerta. Michael descendió las escaleras algo más calmado y regresó al coche donde le esperaban Aidan y Liam, que se habían dedicado a hacer apuestas sobre lo que ocurría.

—Escuchadme —dijo con la voz susurrante, mirando alternativamente a sus hombres con una expresión de advertencia que conocían muy bien: si algo salía mal, lo pagarían—. Quiero a un hombre frente a este edificio durante 24 horas y otro siguiendo a Evelyn cada vez que salga de casa. Ella no debe saber nada de eso, así que más os vale elegir a hombres discretos para que se encarguen de esto. Si sucede cualquier cosa extraña o detectan algo sospechoso, quiero saberlo de inmediato, ¿entendido?

Los dos asintieron, imaginando qué era lo que ocurría. Michael elevó la mirada hacia la ventana de Evelyn, donde se acababa de encender la luz ante la inminente llegada del crepúsculo.

—Si algo le pasa, responderéis ante mí. Y creedme, lo que os podría hacer Carlo no será nada comparado con lo que os haré yo.

Tras aquel apunte, encendió un cigarrillo y dio la orden de regresar al club. Tenía que seguir atendiendo sus negocios, aunque el corazón le gritaba dentro de su pecho que no volviera a separarse de Evelyn.

Capítulo 10

Evelyn se movía por la biblioteca en penumbra con la ligereza de un gato sobre los tejados. Cerca de la hora de cerrar, le gustaba apagar la mayoría de las luces y dejar solo las justas para no tropezar con mesas, sillas y estanterías. Era un momento en el que recuperaba la tranquilidad tras un agitado día de trabajo, en el que se deleitaba en los planes que haría al acabar su jornada en la biblioteca. Aquella noche Michael había prometido ir a cenar con ella a su apartamento y por eso había dejado casi listo un guiso de pollo al estilo irlandés, receta que le había confiado Deirdre en una de sus visitas a Whisper Lane.

Cuando colocaba los últimos libros de la sección infantil, escuchó pasos en el almacén del fondo. Permaneció inmóvil, casi sin respirar, y volvió a escucharlos. En teoría no había nadie en la biblioteca, ni siquiera Henry, que se había marchado temprano por un compromiso familiar. ¿Quizá era algún envío que llegaba demasiado tarde?

—¿Hola? Está cerrado —dijo tras un carraspeo, mirando hacia la puerta entreabierta del almacén.

Nadie respondió, pero los pasos se escuchaban cada vez más cerca. Evelyn decidió que lo mejor sería salir de allí: si era un ladrón, no tenía ganas de encontrarse con él y no le importaba dejar atrás el botín. Era estúpido robar en una biblioteca pública, pues apenas había unos dólares bajo el mostrador procedentes de las multas por retrasos y de las monedas que se caían de los bolsillos y Evelyn encontraba bajo las mesas de la sala de lectura.

El corazón le latía con fuerza cuando dio media vuelta para dirigirse a la recepción, donde tenía su abrigo y su sombrero. Aceleró los pasos, pero al girar en la última estantería, chocó con un hombre cubierto por una gabardina negra y un sombrero del mismo color. La sombra que este proyectaba sobre su rostro impedía que pudiera ver sus facciones a excepción de la boca.

—Disculpe, está...

Pero las palabras de Evelyn murieron en su boca cuando vio que el hombre la apuntaba con una pistola y mano firme.

—Señorita Foster, tengo un mensaje para Michael Byrne —dijo con voz fría y un marcado acento del sur de Italia.

Evelyn dio unos torpes pasos hacia atrás hasta que tropezó con una estantería y se quedó sin salida. El hombre se acercó a ella y presionó el cañón de la pistola contra su mejilla. Ella cerró los ojos unos instantes al sentirlo duro y frío contra su piel. Despedía un ligero olor a metal y a pólvora.

—Dígale que Marco el Romano le manda saludos.

Antes de que Evelyn pudiera reaccionar, el tipo se escabulló entre las sombras en dirección a la puerta del almacén, por donde había entrado. Una vez sola, dejó ir un sollozo de miedo que resonó en la biblioteca, ahora sí, vacía. Sin dejar de temblar, caminó con torpeza hasta

la recepción, cogió sus cosas y salir de allí. Cerró la puerta de la biblioteca al tercer intento, pues los dedos trémulos le impedían meter la llave en la cerradura, y paró a un taxi para ir a su apartamento mientras contenía las lágrimas para no llamar la atención.

Le contó lo ocurrido a Michael conforme le abrió la puerta del apartamento una hora más tarde, todavía con la voz entrecortada por el miedo que había pasado. Él la escuchó con las mandíbulas apartadas. Contuvo la furia hasta que descargó un fuerte puñetazo contra la pared. ¿De qué servían todas las medidas que había tomado si cualquiera podía colarse en la biblioteca sin que lo vieran? Sus hombres tendrían que darle explicaciones y no creía que ninguna de ellas fuera convincente.

—Ese bastardo no sabe lo que está haciendo —masculló mientras desviaba la mirada hacia la ventana del apartamento.

—Tenías razón —exclamó Evelyn dejándose caer en el pequeño sofá de dos piezas—. No debería haber hecho nada, no sé por qué me arriesgué...

Miró a Michael con gesto compungido. Este se arrodilló frente a ella y envolvió sus temblorosas manos con la suyas. Sus ojos azules la miraban con preocupación.

—Escúchame. No te va a pasar nada. Carlo pagará por esto, me encargaré de ello. —Llevó las manos de Evelyn hasta su pecho y después besó las puntas de sus dedos.

Ella asintió con una docilidad inusitada causada por el miedo y a Michael le rompió el corazón verla tan asustada. Se sentó a su lado y la acogió contra su cuerpo, rodeándola con sus brazos. Evelyn cerró los ojos. Se acomodó sobre él, aspiró su olor y se sintió más segura que nunca. Su mundo se volvía cada vez más peligroso, pero no quería salir de él si eso implicaba alejarse de Michael. Encontraría la forma de acostumbrarse, aprendería a detectar señales, a defenderse y lograría ser feliz por completo. Ignoraba que ahora mismo se encontraba en el centro del huracán en el que se había convertido la guerra personal entre Carlo el Romano y Michael Byrne.

El Silver Swan era el club preferido de Michael de entre todos los que había en el territorio de James el Silencioso. Era el único que encontraba abierto las 24 horas y por eso se había convertido desde hacía años en el lugar al que acudía cuando necesitaba sentarse a pensar sin escuchar a todos los demás revoloteando a su alrededor, como sucedía en el sótano de Whisper Lane.

Después de un rápido almuerzo con un capo polaco del norte de la ciudad, acudió allí a disfrutar de esa soledad antes de ir a buscar a Evelyn al cierre de la biblioteca. Sentado en uno de los amplios sofás de cuero de la planta superior, agitaba en el aire un vaso de whisky por el puro placer de escuchar el tintineo de los cubitos de hielo que chocaban contra el cristal. Tenía la mirada perdida y los pensamientos volando lejos, por eso tardó un poco en prestarle atención a Liam, que estaba frente a él y le decía algo con gesto preocupado.

—¿Qué pasa ahora, Liam? —preguntó con condescendencia, dejando ir un resoplido.

—Hay un chico italiano en la puerta cagado de miedo que quiere hablar contigo.

Michael le dirigió una mirada de incredulidad. Eso solo podía ser un mensaje de Carlo, así que con un gesto de la mano, le indicó a Liam que lo dejara subir. Todavía no había definido el plan a seguir por lo que le había hecho a Evelyn, así que quizá se lo estuviera poniendo en

bandeja.

En cuanto el chico llegó frente a él, Michael esbozó una sonrisa lobuna. Lo reconoció al instante y entendió por qué estaba temblando. Era el chico que le había tendido una trampa con la policía la mañana que se escondió en la biblioteca y conoció a Evelyn. Sin dejar de mirarlo, se encendió un cigarrillo con parsimonia. El chico tragaba saliva y luchaba por mantenerse sereno. Michael no habló hasta que no exhaló la primera bocanada de humo.

—Habla.

—Se... señor Byrne... —tartamudeó—. Te... tengo un mensaje de Ca... Carlo el Romano.

Michael asintió con la cabeza. Hizo un gesto con la mano para indicarle que siguiera hablando.

—Tiene una pro... propuesta para usted. Quiere que se retire de las ca... calles, que deje los negocios. Si lo hace, de... dejará en paz a la señorita Foster. Si no... —El chico hizo una pausa y palideció antes de seguir hablando—... si no, dice que jamás volverá a verla.

Liam, en pie junto a la escalera, frunció el ceño al escucharlo. Se hizo el silencio durante unos segundos. Luego, en un movimiento tan rápido que apenas fue perceptible, Michael sacó su pistola y disparó una sola vez. El chico cayó al suelo de espaldas como un saco de carne, con un limpio agujero de bala en la frente.

—Liam —dijo Michael con la voz ronca—. Haz que limpien esto.

El hombre asintió con la cabeza y lanzó un silbido a dos de sus hombres que jugaban a las cartas en el piso de abajo. Solo hubo que darles la orden una vez. Después, Liam se acercó a Michael, que permanecía impasible, fumando y todavía sosteniendo el vaso de whisky con las puntas de los dedos.

—¿Qué vamos a hacer, Michael?

—Evelyn se muda a Whisper Lane hoy mismo. Llama a Deirdre y dile que le prepare una habitación.

—De acuerdo. Yo mismo la llevaré a la biblioteca todas las mañanas.

—No. Eso se acabó —replicó Michael tajante mientras volvía hacia él sus ojos azules—. No puede volver allí, no es un lugar seguro. Reúne a los demás, nos tenemos que preparar para una guerra.

Liam asintió con la cabeza y se marchó para hacer las primeras llamadas. Michael, ya a solas, posó el vaso sobre la mesa con un golpe seco. Contuvo la rabia y apretó la mandíbula. Sabía que Evelyn no estaría conforme con esa decisión, pero su seguridad era lo único que importaba.

En la puerta de la biblioteca, Evelyn sonrió al ver a Michael esperándola apoyado en el coche negro que conducía Liam. Aquel momento se había convertido en su favorito del día: salir del trabajo, encontrarse con Michael, ir a cenar o a bailar, conversar hasta la madrugada, dormir abrazados hasta el amanecer. Descendió los escalones del acceso a la biblioteca y se percató de que Michael no tenía aquella expresión socarrona suya. Estaba serio y en su frente se dibujaban líneas de preocupación. Antes de que pudiera preguntar nada, él dijo:

—Nos vamos ahora mismo a Whisper Lane.

—¿Por qué? —protestó ella frunciendo el ceño—. No me apetece mucho encerrarme allí, llevo todo el día aquí metida, podríamos ir...

—No es seguro. De hecho, no es seguro que trabajes aquí —la interrumpió mientras se

incorporaba y se arreglaba los puños de la gabardina. Ese gesto pareció ser una señal, pues Liam arrancó el coche en ese momento.

—¿Por lo que pasó? Pero, Michael, no puedo dejar mi trabajo.

—Carlo ha amenazado con hacerte daño. No me voy a seguir arriesgando. Vendrás a Whisper Lane hasta que todo esto termine.

Evelyn sintió que se le helaba la sangre en las venas al escuchar aquello. Definitivamente, se había convertido en un blanco de la mafia italiana y aquello significaba que podía aparecer cualquier día acibillada a tiros en un callejón de Chicago. Aunque entendía la reacción de Michael, algo dentro de ella se negaba a dejarse llevar por aquella guerra entre criminales. Ella solo era una mujer que se ganaba la vida con un trabajo honesto, ¿por qué tenía que tirarlo por la borda?

—Michael, podemos encontrar otra manera, no puedo abandonar mi trabajo así como así, es mi forma de vida.

Michael cerró los ojos por un momento, como si buscara paciencia. Cuando los abrió, había una determinación fría en ellos.

—Lo siento, Evelyn, pero no hay otra opción.

Antes de que se diera cuenta, Michael la había levantado en brazos, ignorando sus protestas y forcejeos.

—¡Michael, bájame! —gritó ella mientras la llevaba al asiento trasero del vehículo con una habilidad que demostraba que no era la primera vez que metía a alguien en un coche a la fuerza.

Sin responder, Michael entró al coche tras ella y cerró la puerta con un golpe seco.

—Liam, vámonos.

Evelyn miró a Michael con incredulidad mientras se recomponía las ropas.

—¡Michael, esto es un secuestro! No tienes derecho a llevarme donde no quiero ir —exclamó de forma algo ingenua mientras se colocaba el sombrero.

—Tengo derecho a mantenerte con vida —replicó él, lacónico—. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Durante todo el trayecto, Evelyn alternó súplicas, amenazas e incluso intentos de negociación sin ningún éxito. Michael se mantuvo implacable, incluso se encendió un cigarrillo y le ofreció uno, que ella aceptó con tal de calmar los nervios. Liam, al volante, no intervino y solo fijaba la vista en la carretera.

Cuando llegaron a Whisper Lane, Evelyn volvió a oponer resistencia, así que Michael la arrastró al interior para que no llamara la atención. Deirdre ya les estaba esperando y había acondicionado una habitación para ella en el piso superior.

—Esta será tu habitación a partir de ahora —le indicó Michael—. Pide todo lo que quieras y te lo traeremos.

—¿Lo dices en serio? —exclamó Evelyn, mirándole con incredulidad y desviando después los ojos hacia Deirdre, que se escondía tras él con gesto de culpabilidad.

—Es por tu bien, querida —dijo la anciana—. ¿Sabes a cuántas mujeres han perdido James y los chicos a manos de sus enemigos?

Aquel comentario hizo que el corazón de Michael se encogiera en el pecho. Recordó la conversación que tuvo con su capo hace semanas en la que le dijo exactamente lo mismo. El miedo que cruzó su rostro como una sombra por unos segundos pronto fue sustituido por una máscara de dureza.

—Piensa lo que quieras. Ódiame si quieres. Eso significará que estás viva.

Y sin decir nada más, cerró la puerta de la habitación y, muy a su pesar, echó la llave. Conocía a Evelyn lo suficiente como para saber que trataría de salir de allí en cuanto tuviera la ocasión. No la podía culpar: era una mujer que gozaba de una gran independencia, vivía sola, trabajaba, no le debía nada a nadie. Arrebatarse esa libertad era como encerrar a un jilguero en una jaula, pero no tenía elección.

Esperaba que algún día lo comprendiera, pero estaba claro que no sería ese: Evelyn golpeó la puerta con rabia mientras le propinaba todo tipo de insultos y amenazas. Suspiró y se quitó el sombrero. Se volvió hacia Deirdre y dijo:

—Que no le falte de nada ahí dentro. Llévale comida, libros, perfumes, qué sé yo... La luna si la pide. Cualquier cosa, pero que no salga.

La anciana afirmó con la cabeza resignada. Michael dio media vuelta y salió de la casa para volver a subir al coche, donde Liam lo esperaba. Tenían mucho que organizar en las calles de Chicago.

Capítulo 11

Los días en Whisper Lane se fundían unos con otros en una monótona sucesión de horas interminables. Evelyn, sentada junto a la ventana de su habitación —o de su celda—, observaba el mundo exterior con aburrimiento mientras hacía dibujos invisibles en el cristal con el dedo índice. Ni siquiera tenía vistas interesantes desde allí, solo niños que iban y volvían al colegio, un anciano que paseaba al perro, el cartero... Deirdre acudía a menudo a hacerle compañía y Michael la visitaba todas las noches, pero nunca le contaba nada de lo que sucedía. Evelyn necesitaba salir de ese cuarto o se volvería loca.

Desde la ventana también podía ver a los hombres de Michael patrullando el perímetro. Había aprendido a reconocerlos. El jardinero que no sabía usar las tijeras de podar. El tipo que se sentaba en un banco a leer el periódico sin pasar las hojas. El señor que lavaba un coche. Sabía que todos ellos llevaban armas escondidas por si algún italiano asomaba por allí.

Escuchó ruidos en el piso de abajo. Reconoció los pasos de Michael junto a los de alguien más. Se acercó a la puerta y apoyó la oreja. Hablaban en voz baja, de forma precipitada, pero no pudo entender nada, solo algunas maldiciones en gaélico que reconocía, pero cuyo significado se le escapaba. Oyó pasos que ascendían por la escalera. Una puerta se cerró al otro lado del pasillo, donde Michael tenía un pequeño despacho. A los pocos minutos escuchó jaleo en la entrada y los quejidos de un hombre inundaron la casa. Al parecer le habían disparado. Evelyn se moría de curiosidad por saber qué estaba ocurriendo, pero nadie quería contarle nada. Chasqueó la lengua y con un bufido de frustración, se acercó al montón de libros que Michael le había llevado y cogió uno al azar: *A este lado del paraíso*, de Scott Fitzgerald. Se dejó caer en la cama y lo abrió. No le vendría mal un poco de frivolidad.

El libro le aburrió de una forma tan evidente que debió quedarse dormida en algún momento sin darse cuenta. Despertó al escuchar el sonido de la puerta de su habitación al abrirse. Eran las tres de la madrugada y su inesperado visitante era Michael.

—¿Estás bien, nena?

Parecía algo agitado. Se sentó a su lado en la cama. Desprendía olor a whisky, a tabaco y a pólvora. Su rostro aparecía terriblemente cansado e incluso congestionado. Por la abertura de la gabardina se veía una mancha de sangre en el cuello de su camisa, junto al nudo de la corbata. Estaba claro que no venía de pasar un rato divertido en el club. Evelyn se desperezó mientras se incorporaba en la cama y dejó el libro sobre la mesita.

—¿Cómo quieres que esté bien? —replicó, pues no perdía ocasión de recordarle que la tenía encerrada en contra de su voluntad, pese a que tuviera motivos más o menos comprensibles para ello.

—¿Te traigo algo de la cocina? Agua, comida, un dulce...

Michael parecía no haberla escuchado. Su actitud era extraña. Por un lado, parecía

ausente; por el otro, daba la sensación de estar al límite de sus fuerzas. Evelyn vio que le temblaban las manos. Sin embargo, no dejó que eso la frenara a la hora de exigir lo que quería.

—Necesito mi libertad, Michael. Necesito salir de aquí —insistió mirándole a los ojos. Puso una mano en su mejilla sin afeitarse para que la mirara también.

—Sabes que no es posible. No es seguro.

Se puso en pie y se alejó de ella, nervioso. Evelyn lo miró extrañada. De repente, parecía un hombre inseguro que no sabía qué hacer, todo lo contrario a lo que desprendía el Michael Byrne que todos conocían. Lo que ella no sabía era que, precisamente, el irlandés había acudido a ella para mostrarse como nadie más podía verlo. Por eso, siguió exigiendo el fin de aquella situación.

—Michael, ¿dónde está el hombre del que me enamoré? —preguntó con algo más de suavidad en la voz.

Él la miró, y por un momento, Evelyn vio un destello del antiguo Michael. Pero tan rápido como apareció, se desvaneció.

—En este mundo ya no hay lugar para los cuentos de hadas, las cenas y los bailes —dijo con una frialdad impostada.

—Entonces, ¿por qué me mantienes aquí? Si ya no hay cuento de hadas... ¿Por qué no me dejas ir?

Michael clavó la mirada en ella. Sus ojos azules titilaban como si contuvieran un fuego de llamas frías.

—Porque prefiero que estés viva y me odies a que Carlo te pegue un tiro en cualquier esquina.

Evelyn permaneció en silencio. ¿Acaso ella quería ser libre para morir en cualquier momento a manos de un italiano pagado por criminales? Negó con la cabeza, pero no podía asumir que estaba bien permanecer en aquella jaula de oro. Los argumentos se enredaban en su cabeza y ni siquiera estaba segura de qué era lo que ella quería.

—Pero esto no está bien, Michael...

Los intentos de razonar de Evelyn no pasaron de aquella frase. Michael se encargó de anular cualquier posibilidad de conversación, quizá porque sabía que podía acabar convencido por ella de casi cualquier cosa.

—Buenas noches, Evelyn.

Michael se deslizó con agilidad fuera de la habitación y cerró la puerta con dos vueltas de llave. Después, apoyó la espalda contra la pared del pasillo y cerró los ojos con fuerza. Sacó una petaca de whisky del bolsillo de su gabardina que le permitía olvidar los horrores que se estaban viviendo en las calles de Chicago. El peso de sus decisiones le aplastaba los hombros y le costaba permanecer erguido. Dio un largo trago y después dirigió una triste mirada a la puerta cerrada.

—Lo siento, nena... —murmuró antes de arrastrar los pies hasta su despacho.

Aisling, la sobrina de Deirdre, no eran tan cuidadosa como la anciana cuando iba a llevarle la comida a Evelyn. Al caer el sol, entró en el cuarto portando la bandeja con la cena de aquel día: sopa de patatas y pescado con espinacas. Olía delicioso. Si Evelyn tenía que buscar algo bueno de la situación de los últimos días, sin duda era el descubrimiento de la gastronomía irlandesa. La mujer dejó la bandeja sobre el escritorio, le deseó buenas noches con amabilidad y se marchó de nuevo... sin cerrar la puerta con llave. El detalle no pasó inadvertido a Evelyn,

cuyo corazón empezó a latir tan fuerte que casi no le dejaba respirar. Sin embargo, no se precipitó. Aún había movimiento en la casa, podía escuchar el programa de radio que Deirdre escuchaba todas las noches en el piso de abajo y también llegaron hasta ella las voces de algunos de los hombres de Michael.

Trató de mantener la calma. Su libertad estaba al alcance de la mano, pero si se precipitaba, lo echaría todo a perder. Decidió degustar la cena con toda la tranquilidad de la que fue capaz. Cuando acabó, permaneció sentada en la cama. Se retorció los dedos de las manos y contuvo el aliento mientras permanecía atenta a todos los sonidos de la casa que llegaban hasta ella. Las voces de los hombres se disiparon tras un portazo. La radio de Deirdre cesó en su parloteo. Percibió los pasos de la anciana y su respiración pesada cuando subió las escaleras para acostarse. Todo quedó en silencio al fin, pero Evelyn esperó un poco más. Dio tiempo a que su dulce carcelera se quedara dormida y se aseguró de que no se escuchaba a nadie más en la casa.

A medianoche, se puso en pie al fin y abrió la puerta de la habitación tan despacio que tuvo la impresión de que transcurrió una hora hasta que al fin salió al pasillo. Todo estaba oscuro y en silencio. No se había puesto los zapatos para hacer el menor ruido posible porque no sabía cuán profundo era el sueño de Deirdre. Bajó las escaleras despacio, escalón a escalón, casi sin respirar, con la mirada fija en la puerta principal. No había decidido con claridad qué haría una vez fuera, pero sabía por qué calle podía escabullirse para que no la vieran los vigilantes que Michael había puesto alrededor de la casa. Además, recordaba que había unos grandes arbustos junto al muro tras los que podría esconderse.

Le dolía en el corazón escapar de aquella manera, pero Michael debía que comprender que no podía encerrarla. No había huido de la casa de sus padres para someterse a los deseos de nadie, ni siquiera del hombre al que amaba. Quería ser libre junto a él, no vivir aplastada bajo su protección. Era consciente del peligro que había ahí fuera, pero Chicago era una ciudad grande y Carlo el Romano no podía tener a un matón en cada esquina. Recordaba todo lo que Luca le había explicado acerca del reparto de territorio de las bandas criminales y estaba convencida de que había zonas a las que los italianos no podían acceder y donde ella podría estar segura. Michael, en su impulsividad, quizá ni siquiera se había parado a pensar en ello.

Al fin llegó al piso de abajo. Dio dos pasos más hacia la puerta y justo cuando sus dedos rozaron el pomo, las luces se encendieron de golpe.

—¿Va a alguna parte, señorita?

A sus espaldas, la voz grave de Tony, uno de los hombres de Michael, la dejó congelada en el sitio. Se giró con la respiración agitada y vio que no estaba solo, sino con dos hombres más. Todos ellos la miraban con gestos duros e implacables.

«¿Pero dónde estaban escondidos?», pensó para sí misma, desconcertada mientras pasaba la mirada de uno a otro.

—Solo quiero irme —acertó a decir.

Tony sonrió, aunque no había diversión ni humor en sus ojos verdes, y negó con la cabeza.

—Lo siento, cielo. Cumplimos órdenes.

Evelyn apretó los puños y los dientes. Michael había previsto que algo así podía suceder. Como siempre, caminaba dos pasos por delante de ella, de todo el mundo. No tenía escapatoria, pero no quería rendirse sin más. Se negaba a ceder a la sumisión y volver escaleras arriba. En un arrebatado de rabia, se giró de nuevo y agarró con fuerza el pomo para girarlo y abrir la puerta. No pudo hacer mucho más, pues unas manos fuertes rodearon su cintura y la levantaron del suelo.

—¡Suéltame, rufián, bestia! —exclamó ella pataleando y forcejeando con todas sus

fuerzas.

—Cállala —gruñó Tony a sus espaldas con impaciencia—. Va a despertar a todo el mundo.

El hombre que la sujetaba la apretó contra su cuerpo y usó una de sus manos para cubrir su boca y ahogar sus gritos y protestas. Aunque sabía que no tenía nada que hacer, no pensaba ponérselo fácil. Mordió uno de aquellos dedos gruesos con fuerza, sin ningún tipo de miramientos. Al instante recibió una bofetada que la dejó aturdida por unos momentos.

—Maldita sea, es como una gata salvaje —se quejó uno de los hombres mientras la arrastraban de vuelta a las escaleras con una frialdad impasible.

Evelyn, aun con la mejilla izquierda ardiendo y el sabor de la sangre dentro de la boca, volvió a la carga. Siguió pateando, se agarró a los barrotes para impedirles la subida, los arañó y los insultó, pero todo esfuerzo fue inútil ante la fuerza de tres gánsteres acostumbrados a lidiar con hombres más grandes y fuertes que ella. La llevaron de vuelta a la habitación y la arrojaron dentro sin miramientos. Evelyn trastabilló y cayó al suelo.

—El jefe se enterará de esto —amenazó Tony antes de cerrar con un portazo.

—Eso espero —respondió ella desafiante a la puerta cerrada, cubriendo cubriendo la mejilla golpeada con la mano.

Escuchó que Tony llamaba a Deirdre y, acto seguido, oyó las vueltas de llave en la cerradura mientras la anciana se disculpaba. Se levantó y soltó un bufido. Apretó los puños, de pie, en mitad de la habitación, y fijó la mirada en los restos de su cena. La emprendió a golpes con todo, provocando un estrépito cuando los platos se estrellaron contra el suelo. De alguna manera, todo ese escándalo la reconfortaba, en especial cuando oyó a Tony protestar desde fuera. Después, se sentó en la cama con la respiración agitada. La mejilla le ardía por la bofetada, pero más fuerte aún ardían dentro de ella la frustración y la rabia. Se juró a sí misma obtener una compensación por todo lo que estaba ocurriendo. Quería una venganza, una restitución de su honor. Le daba igual cómo, pero no podía dejarlo así. Y entonces, quizá empezó a comprender cómo se sentía Michael cada vez que Carlo el Romano le asestaba un golpe.

Todavía no había amanecido cuando escuchó que alguien llegaba. Evelyn, que había sido incapaz de dormir, se levantó de la cama al escuchar la voz de Michael dando órdenes. Hubo una breve conversación, creyó oír también la voz de Deirdre. Después, pasos rápidos en las escaleras y la llave girando en la cerradura. Evelyn dio unos pasos atrás justo antes de que Michael abriera la puerta con tanta fuerza que rebotó contra la pared. En sus ojos azules relampagueaba la tormenta.

—¿En qué mierda estabas pensando, Evelyn?

El rugido de Michael llenó la habitación, pero toda la furia con la que había entrado en el cuarto pareció disiparse de repente cuando vio su rostro. Tras él, un sorprendido Liam se detenía en seco en el umbral de la puerta. Michael se acercó a ella y la tomó de la barbilla para mirar su mejilla izquierda. Evelyn se quejó y apartó la cara, mirándole con rencor.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó con una súbita frialdad, bajando la voz a un tono peligroso.

—Los que se supone que me protegen, Michael —respondió ella con sarcasmo.

Michael se giró hacia Liam.

—Que vengan los que estaban de guardia anoche.

Liam se asomó al hueco de la escalera y llamó a los hombres, que estaban a punto de

marcharse, puesto que ya había terminado su turno de vigilancia en Whisper Lane. En el tiempo en que transcurrió aquello, Michael miraba fijamente a Evelyn. No a los ojos, sino a la marca que había en su mejilla. Ella se mantuvo en pie, silenciosa y desafiante. No tenía nada que esconder ni de lo que avergonzarse. Poco después, Tony y los otros dos entraron en la habitación sin ocultar su nerviosismo.

—Dime quién es el que te golpeó.

Evelyn miró a Tony. Le hubiera encantado señalarle, ya que había sido el cabecilla, pero en el fondo sabía que, si lo hacía, se arrepentiría de culpar a un inocente. Aun así, se dio por satisfecha al verlo tragar saliva durante los segundos que sus miradas se cruzaron. Evelyn miró a los otros dos. Dudó por un momento. Miró las manos de ambos. Las de uno de ellos eran grandes, fuertes y callosas. Al verlas, casi pudo volver a sentir las de nuevo sobre su boca. Confirmó su elección al ver las señales del mordisco que le había propinado.

—Ese.

Sin decir una palabra, Michael sacó su pistola y le disparó en una mano. Evelyn dio un grito y retrocedió. Tony y el otro hombre dieron un paso atrás y miraron a su jefe con el miedo reflejado en sus rostros, tan arrogantes tan solo unas horas antes cuando la sorprendieron en la puerta. El acusado aulló de dolor mientras se miraba la mano destrozada.

—Nadie la toca, ¿entendido? Ahora largo de aquí.

Liam despidió a los hombres y los envió fuera de la habitación, ignorando los gritos con una frialdad que Evelyn jamás había visto en él. Ella seguía horrorizada. El sonido del disparo aún rebotaba en su cabeza. Sintió el olor a pólvora. Vio la mancha de sangre en la puerta del cuarto. Tenía la sensación de que iba a perder el sentido en cualquier momento.

Michael guardó la pistola y volvió su atención de nuevo hacia ella.

—¿Tienes idea de lo que te haría Carlo si te atrapara? —preguntó mientras se encendía un cigarrillo. Le temblaban las manos.

—No es que me sienta mucho más segura aquí dentro —replicó ella.

Michael levantó la mirada hacia ella y exhaló una bocanada de humo. Sus ojos mostraban ese azul frío como el acero que no presagiaba nada bueno. Arrojó el cigarro al suelo con un ademán seco y avanzó hacia Evelyn con dos pasos firmes hasta quedar a escasos centímetros de ella. Evelyn, que también temblaba, aunque no era consciente de ello, le sostuvo la mirada.

—¿Qué me vas a hacer? —le preguntó en un susurro desafiante.

La mano de Michael tembló, luego se cerró en un puño que se estrelló contra la pared junto a la cabeza de Evelyn. Ella dio un respingo. Liam dio un paso hacia ellos.

—Maldita sea, Evelyn —masculló—. Todo lo que hago es por ti.

—Si esta es tu forma de amar, prefiero que me odies —respondió ella con la voz trémula y las lágrimas brillando en sus ojos—. Yo... yo no te reconozco así...

Michael apretó las mandíbulas, con una furia impotente que lo invadía como un fuego que nacía en la boca del estómago y consumía cada fibra de su cuerpo. El cansancio y también el miedo nublaban su cabeza. Le costaba mantener la claridad en sus pensamientos. El puño con el que había golpeado la pared aún estaba cerca del rostro de Evelyn, con los nudillos enrojecidos. Entonces, notó la mano de Liam en el hombro.

—Es suficiente, Michael.

Se soltó de su agarre con una sacudida violenta.

—Suéltame, Liam.

Pero esta vez, sus órdenes no fueron seguidas a rajatabla como siempre. Liam, con una rapidez sorprendente, agarró a Michael de las solapas de la gabardina y tiró de él hasta sacarlo de

la habitación. Lo empujó contra la pared del pasillo y lo sujetó con fuerza, aprovechando su superioridad física. Evelyn fue tras ellos, pero no pasó del marco de la puerta porque necesitaba sujetarse a algo o caería al suelo sin fuerzas. Algunas lágrimas furtivas se habían escapado y rodaban por sus mejillas. La explosión de sentimientos que la invadía apenas le dejaba respirar.

—¡Liam, te vas a arrepentir de esto!

—¡¿Qué te crees que estás haciendo?!

La violencia que empleó Liam impresionó a Evelyn, que siempre le veía dócil y tranquilo junto a Michael, como un perro fiel y leal. Quizás aquella reacción formara parte de esa lealtad y fidelidad.

—¡Suéltame, maldita sea! —rugió Michael forcejeando sin éxito.

—¡No hasta que entres en razón! —Liam confirmó su agarre y lo empujó más fuerte contra la pared—. ¿Qué ibas a hacer ahí dentro, eh? ¿La ibas a golpear, como hizo el mierda ese al que le has volado una mano? ¿Ese es el tipo de hombre que eres? Escúchame, estás fuera de control y vas a echarlo todo a perder.

Michael dejó de resistirse. Evelyn vio que la furia se apagaba en sus ojos y daba paso a una desconcertante confusión. Había recibido las palabras de Liam como un puñetazo en el estómago. Este, al ver que se calmaba, aflojó su agarre, aunque lo mantuvo contra la pared.

—Te seguiré hasta el infierno si hace falta, pero no si haces este tipo de mierdas. Mírate, joder, estás paranoico, llevas días sin comer, casi sin dormir. Has dejado sin mano a uno de nuestros soldados en un momento complicado en las calles. ¿Y ahora ella va a ser quien pague todo? No, amigo. No cuando las calles de Chicago están llenas de sangre de los nuestros por los putos italianos.

Michael cerró los ojos y se llevó una mano a las sienes. Su boca permanecía apretada. Los hombros estaban caídos. Liam lo soltó.

—Has sobrevivido a cosas peores que Carlo —siguió diciendo, apuntándole con el dedo—. James te encontró en la calle cuando eras un chaval y te partías la cara con otros chicos más grandes que tú por unos centavos, joder. Puedes con esto y con más. Pero tienes que mantener la cabeza fría.

Michael se deslizó hasta el suelo hasta quedar en cuclillas, con la cabeza entre las manos. Evelyn, que lloraba en silencio, se moría de ganas por acogerlo entre sus brazos.

—¿Qué estoy haciendo, Liam? —dijo arrastrando la voz, como si le costara un mundo pronunciar cada palabra.

Liam chasqueó la lengua y se agachó junto a él, apoyando una mano en su hombro.

—Solo necesitas descansar y pensar con claridad.

Se incorporó de nuevo y miró a Evelyn. Ella le sonrió con una mirada de agradecimiento. Él asintió con la cabeza y sin decir nada más, se marchó escaleras abajo con pasos pesados, de nuevo con esa tranquilidad que lo caracterizaba. Abajo se escuchaban los gritos de dolor del tipo cuya mano estaba tratando de curar Deirdre, pero a Evelyn ya no le importaba. Ahora el centro de su atención era aquel hombre que estaba encogido en el suelo, con la mirada caída y todo el peso del mundo sobre sus hombros.

Con pasos vacilantes se acercó a él y se agachó a su lado. Puso una mano sobre su hombro y pudo sentir cómo le temblaba todo el cuerpo.

—Michael, vamos dentro —le dijo con voz suave.

El silencio que flotaba por el pasillo aplacaba los gritos que lo invadían momentos antes y la bibliotecaria lo agradeció. La cabeza le palpitaba y cada nervio de su cuerpo estaba tenso como la cuerda de un violín.

Michael levantó la cabeza y la miró, asintiendo con la cabeza. Enternecida, lo ayudó a incorporarse, aunque estaba al límite de sus fuerzas. Con pasos lentos entraron de nuevo en la habitación. Ella cerró la puerta con suavidad. Quedó a la vista la pintura descascarillada que el picaporte había causado en la pared tras la impulsiva entrada de Michael mil años antes. Ambos se sentaron en la cama. Michael se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, mirando hacia el suelo. Parecía que le costara esfuerzo permanecer erguido, como si hubiera perdido su gallardía, su orgullo, su vibrante energía.

—No tengo a nadie, Evelyn —dijo al fin con la voz ronca—. Nunca lo he tenido. No conocí a mi padre y mi madre murió cuando era un niño. Me crie solo en las calles, como pude.

Evelyn se llevó las manos al pecho mientras lo escuchaba, compungida por el dolor que transmitían aquellas palabras. Recordó su propia infancia en una granja, feliz con sus padres y sus hermanos, yendo a la escuela y jugando todo el día.

—James se ocupó de mí, pero siempre tuve que luchar para ganarme el techo y el plato de comida que me daba. Incluso ahora, hoy, debo pelear cada día para no perder el respeto de mis hombres. —Volvió el rostro hacia ella con sus ojos azules impregnados de una tristeza enorme—. Solo tú has estado conmigo sin esperar nada, sin pedirme nada más que mi compañía, aunque solo sea... leyendo viñetas en tu sofá.

Evelyn sonrió. Recordaba la noche que habían pasado en su apartamento, tirados en el viejo sofá y tapados con una manta. Ella había traído un ejemplar del Chicago Tribune y leían juntos las tiras cómicas, riendo a carcajadas mientras fuera llovía. Había sido de las pocas veces que lo había visto relajado, descamisado y con la corbata aflojada, sin engancharse a un cigarrillo o a un vaso de whisky.

Michael dejó ir un sollozo y se cubrió el rostro con las manos.

—No quería quedarme solo otra vez. No quería perderte. Lo siento tanto, Evelyn...

Conmovida, lo atrajo hacia sí y lo acogió entre sus brazos. Michael se aferró a ella. Rodeó su cintura con los brazos y se recostó en su pecho como un niño que busca consuelo. Evelyn besó sus cabellos castaños y apoyó la mejilla sobre ellos. La fachada del temido gánster se había desvanecido y ahora solo quedaba un hombre con un terrible miedo a la soledad. Se recostaron, Michael aún aferrado a ella como si fuera su único salvavidas en una tormenta.

No hubo necesidad de palabras de amor, ni de besos apasionados. En ese momento, lo que Michael necesitaba era simplemente consuelo y Evelyn se lo dio sin reservas. Lo sostuvo entre sus brazos. Enredó los dedos en sus cabellos y acarició su mejilla sin afeitar, hasta que se quedó dormido de puro agotamiento. Evelyn permaneció despierta, velando su sueño y tratando de asimilar todo lo que había ocurrido.

Mientras la noche avanzaba, una cosa quedó clara para Evelyn: el hombre que acogía en sus brazos no era un monstruo, ni un ser despiadado. Era un hombre tan asustado y vulnerable como ella misma. Y en esa realización, en ese sentimiento compartido, quizás estaba la clave para salir de la oscuridad que los rodeaba. Solo cuando llegó a esa conclusión, el sueño acudió a ella como una suave brisa y la hizo caer dormida sin dejar de abrazar a Michael.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, Liam llamó a la puerta con los nudillos y Michael despertó de un sobresalto. Al principio, el desconcierto lo invadió. No recordaba dónde estaba ni por qué estaba vestido y acostado en una cama. Al incorporarse vio a Evelyn dormida a su lado, también vestida, con una marca en su mejilla izquierda. Y entonces las imágenes de la noche anterior empezaron a revolotear en su mente, como la nieve de una bola de cristal que se agita en el aire. En el suelo de la habitación todavía estaba la sangre seca del imbécil de James, que ya le servía poco sin una mano. También los trozos de los platos que Evelyn había tirado al suelo.

Se levantó con cuidado para no despertarla. Se moría de ganas de besarla y de acariciar sus revueltos cabellos castaños sobre la almohada, pero prefirió dejarla descansar. Bastante daño le había hecho ya. Bastantes disgustos le había causado. Bastante sufrimiento había depositado en ella, que meses atrás estaba tan segura en su tranquila biblioteca. Solo la contempló unos momentos para deleitarse en su belleza imperfecta, en sus rasgos felinos tan distintos de los rostros de otras mujeres. Nunca se lo había preguntado, pero estaba convencido de que su familia o sus antepasados procedían de algún país eslavo.

Los golpes en la puerta volvieron a sonar, esta vez con más insistencia. Michael chasqueó la lengua y se giró para salir de la habitación y ver qué era lo que reclamaba su atención con tanta urgencia.

Cuando Evelyn abrió los ojos, la luz del sol se colaba a través de las cortinas y, por la fuerza con que lo hacía, debía ser ya mediodía. Tuvo que parpadear un par de veces hasta que sus ojos se acostumbraron y después, se incorporó. Michael no estaba a su lado, aunque su olor persistía todavía en las sábanas. Algo decepcionada por su ausencia, miró a su alrededor para ver el desastre que reinaba en aquel cuarto, en su pequeña celda dorada. Sangre, restos de comida, platos rotos... Se frotó el rostro con las manos y una punzada de dolor en su mejilla izquierda le trajo a la memoria los ingratos recuerdos de la noche pasada. Se preguntó dónde estaba Michael y si de nuevo habría cerrado la puerta con llave. En el piso de abajo se escuchaban voces masculinas y, de vez en cuando, algún comentario de Deirdre.

Se puso en pie justo en el momento en el que se abría la puerta, que no tenía la llave echada. Michael apareció ante ella, aseado, con los cabellos todavía húmedos tras una ducha rápida y un nuevo brillo en los ojos azules. Desprendía un embriagador olor a jabón y a perfume. Traía un paquete envuelto en papel entre las manos.

—Te he traído un vestido nuevo y también unas medias y... ropa interior que me dio la mujer de la tienda —dijo extendiéndole el paquete, algo azorado aunque también lleno de decisión—. Lávate, cámbiate y sal de este cuarto —agregó con aquella sonrisa suya capaz de iluminar el rincón más oscuro.

Era su forma de decirle que ya no era una prisionera y Evelyn lo comprendió al instante.

Solo necesitó leerlo en su brillante mirada azul. Ya no era el hombre abatido que había dormido en sus brazos aquella noche: era un hombre nuevo y liberado que había brotado de los restos de su congoja y tristeza. Le devolvió la sonrisa y alargó la mano para coger el paquete. Entonces él agarró su mano con un rápido movimiento y tiró de ella hasta que sus cuerpos se encontraron. Enlazó su cintura y susurró sobre sus labios:

—Hoy comienza una nueva etapa, ¿estás de acuerdo?

Evelyn puso las manos sobre sus hombros y asintió con la cabeza. Lo besó, porque en esas circunstancias no podía ni quería hacer otra cosa, y por unos segundos solo existieron ellos dos. Por desgracia, tenían que volver al mundo real.

—Vamos, te espero —dijo él con la voz ronca por el deseo, señalando la puerta del cuarto de baño con la cabeza y dándole una suave palmada en el trasero.

Evelyn se sorprendió al comprobar que Michael había estado bastante acertado al elegir la talla de la ropa que había comprado para ella. Mirándose en el pequeño espejo del baño, se dio cuenta de cómo habían cambiado las cosas en tan solo unas horas. Al fin había terminado su cautiverio, pero la amenaza de Carlo el Romano seguía ahí. Sin embargo, algo le decía que Michael ya había encontrado una solución para ese asunto, dado su aparente buen humor en comparación con el estado de ánimo que había mostrado en los últimos días. Y si no era así, ella sí había tenido algunas ideas bajo el agua caliente de la ducha.

Cuando salió del baño se sorprendió al encontrar allí todavía a Michael, que estaba ordenando a Deirdre limpiar todo el desaguisado causado la noche anterior. Al volver los ojos hacia ella, sonrió y, sin dejar de mirarla, se encendió un cigarrillo.

—Salgamos de aquí, nena —dijo mientras le ofrecía su brazo con cierto aire cómico.

Evelyn no pudo menos que reír. Enlazó su brazo al de él y lo acompañó. Una vez en el pasillo, él dijo:

—Carlo sigue ahí fuera y no va a parar hasta destruirme.

—Lo sé. Puede que tenga una idea.

Mientras bajaban las escaleras, algunos de los hombres de Michael posaron su atención sobre ella. Evelyn comprobó que ya no la miraban como a una *gun moll* cualquiera. Había algo en sus ojos, un respeto renovado que ella aceptó con una mirada quizá algo altiva que no era propia de ella, pero sí necesaria tras lo ocurrido en los últimos días. Podía imaginar que la culpaban de la guerra con Carlo, que quizá habían llegado a cuestionar el liderazgo de Michael. Sospechaba que habían ocurrido muchas cosas durante su cautiverio de las que tardaría en enterarse, si es que algún día lo hacía.

—¿Y qué idea es esa?

Michael le indicó con una mano que entrara en la coqueta cocina de Deirdre, donde había un desayuno preparado.

—Hay alguien de quien no te he hablado aún...

Evelyn tomó asiento sin perder detalle de la reacción de Michael a sus palabras. Él la miró con el ceño fruncido, todavía en pie, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando el cigarrillo.

—Habla —le dijo sin más.

Evelyn se tomó su tiempo para servirse una taza de té. Sabía perfectamente cuál iba a ser el rumbo de aquella conversación, pero no tenía otro remedio que pasar por ahí para acabar con Carlo.

—Durante nuestra separación, conocí a un tipo en la biblioteca, un italiano. —El gesto de Michael se agrió todavía más al escuchar ese detalle—. Luca Conti.

—Es uno de los hombres de Carlo el Romano —dijo Michael; por la tensión de todo su cuerpo era evidente que contenía su reacción.

—Era —le corrigió Evelyn, levantando el dedo índice en el aire antes de apoderarse de un scone de mantequilla—. Carlo mató a su hermana y Luca quiere vengarse, pero no puede hacerlo solo ni enfrentarse a él directamente...

—Espera, espera —la interrumpió Michael con un gesto de incredulidad—. ¿Me estás diciendo que estuviste hablando con un tipo que trabajaba para Carlo el Romano? Y uno de los más astutos y escurridizos, jamás conseguimos meterle una bala en la cabeza.

Evelyn apretó los labios y se armó de paciencia.

—¿Recuerdas los documentos que te di para encontrar ese almacén de Carlo que destrozaste? Luca me ayudó a conseguirlos.

Michael permaneció en silencio. Evelyn casi podía escuchar los engranajes de su cabeza tratando de encajar la información. Con tranquilidad, ella aprovechó para dar un sorbo al té y, después, darle un buen bocado al delicioso scone de Deidre.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó Michael con más curiosidad que suspicacia, tras dar una calada al cigarrillo.

—Contar con él para esto. Tengo su contacto en la biblioteca, pero claro... —Dejó la frase en el aire con una sonrisa sarcástica.

—¿Y por qué debería arriesgarme a confiar en él? ¿Cómo sé que no te está usando para llegar hasta mí? ¿Cómo sé que él no está detrás de todas estas amenazas? ¿Y si fue él quien franqueó la entrada al tipo que te amenazó en la biblioteca?

—¿Cuál es tu otra opción? —contraatacó Evelyn con calma, antes de introducirse el dedo pulgar en la boca para hacerse con una miga que había quedado ahí —¿Seguir a tiros en las calles? —aventuró.

Michael dejó ir un gruñido, terminó su cigarrillo y arrojó la colilla al fregadero con un ademán de fastidio.

—Le haré llegar un mensaje para encontrarme con él en el pub de la Calle 26.

Evelyn sonrió satisfecha. Sintió que liberaba algo de tensión, aunque todavía había un detalle.

—Yo también quiero estar, Michael.

La miró de reojo, con una sonrisa astuta y curiosa a la vez.

—¿Y eso por qué? ¿Crees que le voy a pegar un tiro nada más verlo?

Evelyn le devolvió la sonrisa mientras cruzaba las piernas y se apoyaba en el respaldo de la silla, con una actitud que exudaba seguridad.

—Sí, eso es exactamente lo que creo.

Michael dejó ir una carcajada que iluminó aún más la pequeña cocina bañada en la luz del sol. Hacía semanas que no le veía reír así. Se acercó, cogió una silla en el camino y la colocó delante de ella para quedar sentados frente a frente.

—¿Qué te hace pensar que tu presencia impedirá que lo haga?

—Quiero creer que dentro de ti hay un caballero.

Evelyn se inclinó hacia delante y le sostuvo la mirada. Se dio el gusto de perderse en sus ojos azules que ahora refulgían como las aguas de un estanque al sol. Michael asintió con la cabeza, entre la admiración y la sorpresa.

—Entonces no me queda otro remedio que aceptar su presencia allí, señorita Foster. Pero le pediré algo a cambio.

Antes de que se diera cuenta, Michael extendió las manos hacia ella para cogerla de la

cintura y tirar hasta sentarla en su regazo. Sorprendida, se echó a reír, rodeando su cuello con los brazos. Él la besó una, dos y tres veces sin decir nada antes de levantarla en el aire a pulso y depositarla en el suelo. Le dedicó una última sonrisa y sacó un cigarrillo de su bolsillo. Lo encendió y se lo paso a Evelyn, que lo aceptó con más urgencia de lo que le hubiera gustado.

—Fúmatelo tranquila mientras organizo a mis hombres. Esta tarde tenemos una cita con tu amigo Luca —dijo con sorna antes de salir de la cocina.

Evelyn, disfrutando del cigarrillo, se acercó a la puerta y se apoyó en el quicio para observar el trasiego de hombres de un lado para otro. En medio de aquel trajín, Deirdre trataba de mantener un mínimo orden en su casa y los reñía e incluso se atrevía a golpearlos con la escoba cuando pasaban por su lado. Liam se paró frente a ella y, diligente como siempre, dijo:

—Evelyn, me ha pedido Michael que te lleve a tu apartamento para que cojas tus cosas antes de ir al pub.

—En realidad quisiera pasar primero por la biblioteca... —comenzó a decir hasta que vio que Liam negaba con la cabeza.

—No será necesario. Michael ya se ha ocupado de eso.

—¿Qué ha hecho? —preguntó sorprendida, temiéndose lo peor.

—Fue a hablar con tu jefe, le dijo que estabas muy enferma en casa. El tipo se lo tomó bastante mal porque ahora tiene que trabajar él, pero dijo que volvieras cuando te recuperaras.

Evelyn se llevó la mano al pecho en un gesto de alivio. No había perdido su trabajo. Podría volver a su querida biblioteca cuando terminara aquella pesadilla de Carlo. Nunca hubiera pensado que alguna vez echaría de menos el silencio, la quietud y la rutina, pero tampoco había imaginado nunca que estaría en una casa rodeada de gánsteres. No era momento para reflexiones, así que apagó su cigarrillo en el plato del desayuno y salió de la casa tras Liam, sonriendo al sol que había querido honrar a Chicago con su presencia en aquella preciosa mañana de otoño.

Evelyn pudo sentir cómo aumentaba la tensión en el ambiente cuando Luca entró en el pub, escoltado por dos de los hombres de Michael más corpulentos, lo que seguramente no era una casualidad. Michael lo esperaba sentado en el fondo del pub, frente a una mesa, y rodeado por otros cuatro hombres de confianza. Evelyn, a su lado, apenas destacaba entre todos ellos de no ser por su vestido de color lila y sus brillantes cabellos castaños, quizá algo más revueltos de lo que cabía esperar en una mujer. Al ver a su antiguo amigo le hubiera gustado acercarse a él y saludarle con un abrazo, pero dadas las circunstancias, se limitó a sonreírle en cuanto la miró, a lo que Luca correspondió de la misma manera. Michael contempló el intercambio de miradas y sonrisas con el gesto serio y después, fijó los ojos azul acero en el italiano.

—Byrne —dijo Luca de forma respetuosa pero sin un ápice de miedo.

Michael no respondió. Encendió un cigarrillo y tras exhalar la primera nube de humo, se inclinó hacia delante y dijo:

—Que sepas que si no tienes un tiro entre los ojos es por ella. Ahora dime lo que tienes.

Luca fue a sacar algo del interior de su abrigo, pero uno de los hombres que lo escoltaban se lo impidió, sujetándole la muñeca con fuerza. Otro dos sacaron sus armas y lo apuntaron con ellas. Evelyn se sobresaltó y miró a Michael sin decirle nada, pero con una expresión muy elocuente que él decidió ignorar.

—Finn, encárgate tú.

El tipo que aún sujetaba la muñeca de Luca la soltó para abrir las solapas del abrigo del italiano. Tras mirar dentro, extrajo un sobre de papel que lanzó sobre la mesa, delante de Michael. Luca, resignado, comenzó a hablar.

—Planos detallados de las nuevas rutas de contrabando de Carlo. Los nombres de sus

contactos en el ayuntamiento. Y sus planes de expansión hacia el norte, hacia tu territorio.

Michael alargó la mano, cogió el sobre y sacó los documentos de su interior sin apartar la mirada de Luca, siempre desafiante. Mientras sostenía el cigarrillo con los labios, echó un ojo a los papeles en mitad de un silencio que a Evelyn le resultaba desesperante. Miró a los hombres que la rodeaban. Ni siquiera parecían humanos en ese momento, aunque ella les había visto beber y reír en mangas de camisa. Ahora solo eran figuras amenazadoras, envueltas en abrigo y tocadas con sombreros a las que solo se les veía los ojos, que miraban siempre al frente.

Al fin, Michael rompió el silencio.

—¿Cómo has conseguido esto?

—Me he acercado a Carlo y sus lugartenientes. Por eso he estado alejado una temporada.

Los ojos de Luca se volvieron hacia Evelyn, quizá como una forma de disculpa o explicación. Michael se percató de esa mirada y chasqueó los dedos en el aire para llamar su atención.

—Estás hablando conmigo.

Luca carraspeó y asintió con la cabeza. Recolocó su postura, con ambas manos cogidas por delante.

—¿Qué ganas tú con todo esto? ¿Qué quieres a cambio? —preguntó Michael con suspicacia.

—Venganza. Carlo mató a mi hermana. Mis padres quedaron destrozados. Quiero verlo caer. —Hizo un pequeño silencio y señaló los documentos—. Ahí puedes ver dónde cortar su línea de suministro principal. Hundes sus negocios, cabreas a sus colaboradores, le haces perder dinero... Y si das golpes al mismo tiempo en otros puntos no podrá recuperarse.

Michael siguió mirando los documentos. Nadie decía nada. Solo se escuchaba el sonido de los papeles, algún carraspeo aislado, el roce de la suela de los zapatos en el suelo de madera. Evelyn alargó la mano para coger uno de los cigarrillos de Michael y aliviar el estrés.

—Si descubro que nos estás engañando, no encontrarás un lugar en el que esconderte. Ni tú, ni tus padres.

—Estoy en esto hasta el final —aseguró Luca sin dudas en su voz, con un gesto decidido.

—Bien —respondió Michael mientras arrojaba el cigarrillo al suelo, dando la reunión por concluida—. Asegúrate de estar siempre localizable. Uno de mis hombres te irá a buscar para llevarte a nuestro próximo encuentro.

Evelyn sonrió, aunque en realidad nadie le prestaba atención en aquellos momentos. Sabía que la alianza con Luca sería buena para todos, empezando por el propio Luca. El italiano fue acompañado hasta la salida por los hombres que lo habían escoltado hasta allí y cuando estuvo fuera, Evelyn se volvió hacia Michael. Él la miró de reojo con la expresión de quien es incapaz de resistirse a una travesura.

—Tenías razón, nena. Esto es una mina de oro —dijo con el dedo índice sobre los papeles.

—¿Crees que podrás al fin acabar con Carlo? —preguntó ella apoyándose en su hombro.

—No lo creo. Sé que acabaré con él. Volvamos a Whisper Lane. Hay cosas que hacer.

El ambiente en el sótano era aún más tenso que el del pub. Michael, en mangas de camisa, con un cigarrillo entre los dedos y apoyado sobre una mesa llena de papeles, miraba a Luca como si su paciencia estuviera a punto de agotarse.

—No es una buena idea, Luca, quítatela de la cabeza. Buscaremos otra forma.

Luca chasqueó la lengua sin ocultar su fastidio.

—Hazme caso, Michael. Funcionará. Llamo a Carlo, le digo que estoy arrepentido, que quiero volver a la familia, y que como prueba de mi lealtad...

—... le entregarás a Evelyn —interrumpió—. Ya te he escuchado y no, no vamos a hacerlo. Olvídalo.

Evelyn, que estaba sentada en el mismo sillón que ocupó la primera vez que estuvo en ese sótano, se puso en pie y cogió una de las manos de Michael. Entrelazó sus dedos con suavidad y dijo:

—Carlo no podrá resistirse, te odia, se va a cegar, no va a pensar que es una trampa.

Liam dio un paso al frente y señaló un punto en el mapa.

—Conociendo a Carlo, querrá recoger el paquete en persona y en un lugar seguro de su territorio, el viejo teatro.

Michael se pasó la mano por el rostro en un gesto de agotamiento. Nada le aterraba más que involucrar de nuevo a Evelyn en aquel asunto, pero era cierto que el plan que le había propuesto Luca parecía sólido y no lograba encontrarle fisuras. Suspiró y dijo con tono cansado:

—De acuerdo. Liam, quiero a nuestros mejores hombres rodeando ese teatro. Solo espero que la policía tarde en enterarse de todo y no echen todo a perder...

—Sobre eso, Michael —empezó a decir Evelyn con precaución—. Puedo hacer algo al respecto...

Los rostros de todos los hombres que había en el sótano se volvieron hacia ella ante aquellas palabras. Michael frunció el ceño. Sabía que esa propuesta tampoco le iba a gustar.

—¿Otra de tus ideas?

—Sí —afirmó ella ignorando el sarcasmo de su voz—. Hablaré con Arthur Collins para que colabore con nosotros.

—Estás jodidamente loca —respondió Michael mirándola con incredulidad.

—Déjame intentarlo. Ven conmigo —replicó Evelyn con seguridad, mostrándose incluso desafiante—. No dejes ese cabo suelto, la policía podría arruinarlo todo. Soy la primera interesada en que el plan salga bien.

Michael miró a sus hombres. Nadie se opuso al plan, Liam incluso se encogió de hombros en un elocuente gesto que quería decir «¿por qué no?».

—Estáis todos locos, no puedo luchar contra todos a la vez.

Michael dio una última calada a su cigarrillo y lo arrojó al suelo del sótano como única forma de protesta.

—Está bien. Tú —señaló a Luca—, vete a llamar a Carlo, tú —señaló a Liam—, ve sacando el coche y tú —señaló a Evelyn—, ve pensando qué le vas a contar a Arthur Collins para que no nos detenga a todos.

Evelyn, con una sonrisa satisfecha, fue en busca de su abrigo. Al fin, las cosas se movían, aunque quedaba todavía mucho camino por delante.

Al entrar en la oficina de Arthur Collins, Evelyn no pudo evitar un gesto de desagrado al percibir un fuerte olor a cerrado acompañado de whisky barato y cigarrillos. Aquel despacho no parecía en lugar de trabajo de un detective de la policía, sino el escondite de alguien que vive aislado, acariciando una obsesión. Michael permaneció fuera por el momento, pero, por el cristal de la puerta, Arthur podía ver la sombra de su amenazante silueta en el pasillo.

Arthur levantó la vista de su escritorio y una sonrisa lasciva se extendió por su rostro con

una viscosidad que causó un instantáneo desagrado en Evelyn.

—Vaya, vaya. La señorita Foster en persona. ¿A qué debo el placer? Tenía entendido que estabas muy enferma o eso me dijo tu jefe...

Decidió ignorarle, aunque con ese comentario evidenció que había seguido rondando la biblioteca pese a que hacía semanas que había dejado de ser punto de encuentro de la mafia irlandesa.

—Tengo una propuesta para usted.

Arthur se reclinó en su silla y recorrió a Evelyn con la mirada de una manera que la hizo sentir incómoda, con ganas de cubrirse.

—¿Y cómo de interesante es esa... propuesta?

—Se trata de Carlo el Romano —dijo sin más preámbulos—. Tenemos un plan para acabar al fin con él.

—¿Tenemos? —repitió Arthur con una sonrisa amarga—. Ah, claro. Tú y ese criminal que está ahí fuera. ¿Qué te hace pensar que me interesa ayudarlos?

—Le estamos ofreciendo la oportunidad de convertirse en el héroe que derribe el imperio de la mafia italiana en Chicago.

—¿Y por qué Byrne va a hacer eso? ¿Es que se ha convertido en un altruista de repente?

—Se trata de hacer lo correcto para la ciudad. Y de darte la oportunidad de redimirte, Arthur —insistió Evelyn con firmeza, cambiando el tratamiento, ya que él se tomaba ciertas libertades.

—¿Redimirme?

—Tu reputación cayó por los suelos hace años porque Michael te engañó. —Pudo ver cómo se torcía el gesto del detective, aún herido por aquella afrenta—. Lo que te ofrecemos es darle la vuelta a la situación, recuperar tu imagen para los ciudadanos y la propia policía. Serás reconocido como el detective que detuvo a Carlo el Romano.

Arthur se quedó en silencio por un momento, estudiando a Evelyn. Cuando habló, su tono había cambiado.

—¿Y qué gana Byrne con esto? —inquirió señalando con un gesto de la cabeza a la sombra que veía a través del cristal.

—Quitarse a Carlo de encima y no ir a la cárcel.

Arthur se levantó y caminó hacia la ventana. Su postura había cambiado, la arrogancia inicial reemplazada por una reflexión seria.

—¿Sabes? —dijo con un tono de voz más suave—. Cuando entré en la policía, realmente quería marcar la diferencia. Limpiar las calles, proteger a los inocentes. Pero esta ciudad... te cambia.

—Todos merecemos una segunda oportunidad —respondió ella—. Te ofrezco la tuya.

—De acuerdo. Dime qué necesitáis.

Evelyn sonrió satisfecha. Se dirigió a la puerta para indicarle a Michael que ya podía pasar. Cuando entró, tenso, pero preparado para cualquier cosa, se encontró con un Arthur Collins diferente, dispuesto a colaborar. La alianza improbable se había formado. Ahora, la caída de Carlo el Romano estaba un paso más cerca.

Capítulo 13

El viejo teatro se alzaba como un fantasma en la noche de Chicago. Desde que el Biograph había sido inaugurado casi diez años antes, el antiguo teatro había quedado abandonado por completo y Carlo el Romano no había dudado en apoderarse de él como uno de sus lugares emblemáticos para cerrar acuerdos. Quienes lo conocían decían que no era más de un reflejo de su megalomanía: le gustaba subirse al escenario para hablar mientras el resto permanecían de pie en el desvencijado patio de butacas, escuchándole.

La majestuosa puerta delantera ahora estaba atravesada por tablones de madera claveteados de cualquier manera, pero aún conservaba la entrada trasera, aquella por la que en su momento accedían los actores, tramoyistas, pintores, carpinteros y demás trabajadores. Justo enfrente de esa puerta, sentados en el interior de un coche negro, estaban Luca y Evelyn.

—¿Estás preparada?

Evelyn asintió con la cabeza. Conforme se acercaba el momento, más resonaban en su cabeza las palabras de Michael diciendo que aquel plan no era una buena idea. Cuando Luca la entregara a Carlo, quedaría por completo en manos del capo italiano hasta que Luca avisara a Michael y sus hombres para que intervinieran. Podría ser solo un suspiro o los minutos más largos de su vida. Sin embargo, no había vuelta atrás, se habían movilizado demasiados recursos y ahora no podía arrepentirse de haber accedido a colaborar. De hecho, desde allí podían ver uno de los coches en los que aguardaban los policías que Arthur Collins había reclutado. No, ya no era posible retroceder.

Luca bajó del coche y después, rodeó el vehículo para abrir la portezuela del lado de Evelyn. La cogió con fuerza del brazo. Estaba seguro de que había hombres de Carlo observándolos desde algún lado y debían que aparentar de alguna manera que Luca tenía dominio sobre ella. Evelyn fingió resistirse, a lo que Luca respondió con un brusco tirón que la hizo tropezar de forma genuina.

No tuvieron que llamar a la puerta. Alguien la abrió desde dentro, lo que confirmaba las sospechas de Luca de que los estaban vigilando. En silencio y precedidos por un tipo enorme cuyos hombros casi rozaban las paredes del pasillo, avanzaron hasta llegar al vestíbulo del teatro, allí donde antes se situaban las taquillas para comprar las entradas. Había cuatro hombres más esperándolos, todos con rictus serios y amenazantes. Uno de ellos cacheó a Luca en busca de armas y encontró su pistola.

—Vamos, amigo, no creerás que voy a ir desarmado después de secuestrar a la novia de Michael Byrne —dijo Luca con una encantadora sonrisa muy natural. Evelyn temió que todo fuera una trampa y que su amigo estuviera compinchado con Carlo.

—No es mi problema —respondió el italiano mientras le quitaba la pistola y se la entregaba al compañero.

Después, se colocó delante de Evelyn con una sonrisa de satisfacción que derrochaba

cierta perversión. Deslizó sus grandes manazas por el contorno de Evelyn, palpando con fuerza el abrigo hasta percibir su cuerpo. Ella, con un gesto de disgusto, dio un paso hacia atrás para escapar de aquel manoseo gratuito y los italianos se echaron a reír de forma burlona. Luca se unió a sus risas.

Al fin, accedieron al teatro. Carlo estaba sobre el escenario, acompañado de dos hombres más. Evelyn hizo cuentas mentalmente mientras avanzaban por el pasillo, esperaba que entre Michael y Arthur hubieran reunido hombres suficientes para enfrentarse a los italianos. Carlo la miró con una sonrisa rijosa y depredadora en su obscena boca de labios gruesos. Se frotó las manos. Evelyn tuvo un escalofrío. Las piernas le empezaron a temblar. El corazón se le aceleró y la respiración era cada vez más difícil. Ahora sí tenía miedo.

—Bienvenida, señorita Foster —declamó desde el escenario, abriendo los brazos como el mejor anfitrión.

Carlo, una vez hecha su presentación triunfal, descendió del escenario seguido por sus guardaespaldas. Evelyn ralentizó sus pasos y Luca tuvo que tirar de ella con insistencia para que siguieran avanzando.

—Aquí la tienes, Carlo, tal como te prometí.

Carlo se acercó a ellos y miró a Evelyn de arriba a abajo, con hambre en su mirada.

—Exquisita. Puedo entender por qué Byrne se ha encaprichado tanto. Qué cabrón.

Alargó una mano para posar sus gordos dedos en la mejilla de Evelyn. La bibliotecaria no pudo disimular un gesto de desagradado mientras se apartaba de aquel toque tan repugnante. Esos dedos olían a puro y a grasa de salchicha. Luca observó la interacción y detectó la incomodidad de Evelyn.

—Carlo, sobre mi vuelta a la familia...

—Ah, sí —le interrumpió Carlo sin apartar sus ávidos ojos de Evelyn—. Has hecho un buen trabajo, pero antes de hablar de eso tengo asuntos que tratar con nuestra invitada.

Volvió a tocarla y ella, una vez más, rechazó el contacto. Se le estaba revolviendo el estómago. Carlo reaccionó con una carcajada.

—Menudo genio tiene. Ya se le pasará después de un rato conmigo.

—Deberíamos hablar de los términos de... —volvió a decir Luca para tratar de distraer su atención de Evelyn.

—Luca, ya has cumplido tu parte. Ahora lárgate de aquí. Mis hombres y yo tenemos planes para la señorita Foster.

Los dos guardaespaldas avanzaron un par de pasos con los ojos lascivos puestos sobre Evelyn. Luca comprendió cuáles eran esos planes y dirigió una última mirada de disculpa a su amiga. No podía hacer más por ella sin comprometer toda la operación.

—Como deseas, Carlo. Voy a fumar fuera, avísame si me necesitas.

Tanto Carlo como sus guardaespaldas siguieron con la mirada a Luca mientras recorría el pasillo del patio de butacas en dirección a la salida. El italiano avanzaba con pasos rápidos, sabía que apenas tenía unos minutos para ponerlo todo en marcha y evitarle a Evelyn el mayor daño posible. Lo último que escuchó antes de salir del teatro fue la voz de Carlo indicando a sus hombres que él sería el primero.

Una vez en el exterior, Luca echó a correr hacia el callejón donde Michael y los demás esperaban la señal.

—Michael, entrad ya. Ya. La tiene y no está solo.

Michael miró unos segundos a Luca y al ver el horror que desprendía su mirada supo que algo estaba ocurriendo ahí dentro. Miró hacia atrás buscando los ojos de Liam y asintió con la cabeza. Esa era la señal para que todo empezara.

—Vamos a terminar con esto —dijo con la voz ronca.

—Señorita Foster, cuanto más se resista, peor será todo para usted.

Carlo el Romano estaba a punto de perder la paciencia. Había empezado a resoplar por la nariz como un toro bravo, pero Evelyn no estaba asustada. Le daba igual lo que sucediera después, solo tenía claro que no iba a poner las cosas fáciles.

—Desnúdese o lo hará Ricky y no le va a gustar.

El tal Ricky sonrió y mostró algunos huecos en su dentadura. No hacía más que llevarse la mano a la entrepierna, donde se adivinaban sus prisas por hacerse con Evelyn.

—No quiero —respondió ella con la voz entrecortada, pero el desafío en la mirada.

—Está bien, entonces...

El sonido de los disparos interrumpió las palabras de Carlo, que por primera vez dejó de mirar a Evelyn para dirigir la mirada hacia el vestíbulo. Entonces, el estruendo de las puertas que se abrieron de golpe resonó en todo el teatro. Por el mismo lugar por el que acababa de salir Luca hacía un par de minutos, apareció Michael acompañado de sus hombres más violentos. Tras ellos, los cadáveres de cuatro italianos se desangraban en el suelo del vestíbulo.

Michael escaneó el lugar hasta localizar a Evelyn sobre el escenario, aparentemente sana y salva. Ella le dedicó una sonrisa emocionada.

—¡Carlo, aléjate de ella! —rugió mientras avanzaba a zancadas por el pasillo, con la pistola en ristre.

Tras él, sus hombres dispararon las ametralladoras hacia los guardaespaldas de Carlo, que cayeron fulminados al instante. Sin embargo, las cosas no iban a ser tan fáciles: de algunos de los palcos laterales aparecieron más italianos armados dispuestos a cubrir la huida de su capo. Y es que Carlo, tras evaluar la situación con rapidez, había agarrado a Evelyn por la muñeca para arrastrarla hacia las escaleras que había tras el escenario.

El caos se desató. Los hombres de Michael se enfrentaron a los hombres de Carlo que parecían salir de todas partes. El sonido de disparos y golpes llenó el ambiente del teatro. Liam dirigía el ataque mientras Michael salía en persecución de Carlo, corriendo bajo la lluvia de ráfagas de balas que intercambiaban irlandeses e italianos.

Las escaleras eran estrechas y oscuras y dificultaban la persecución. Michael podía oír los pasos apresurados de Carlo y los forcejeos de Evelyn por delante de él. El ruido del tiroteo quedó aplacado poco a poco a su espalda conforme se internaba en los entresijos del teatro. Tras las escaleras de salida del escenario siguió corriendo por un largo pasillo. Escuchó un fuerte golpe y al girar hacia la derecha tuvo que frenar en seco al ver un enorme archivador que bloqueaba el paso. Masculló una maldición y trepó por encima para seguir con la persecución. Sabía que con ese obstáculo Carlo había ganado unos segundos que podían ser decisivos. Sin embargo, el italiano no contaba con llegar al final de un pasillo en el que no parecía haber salida.

—Se acabó, Carlo —dijo Michael con frialdad en la voz, apuntando con la pistola—. Suéltala. Ahora.

Pero el italiano no se iba a rendir tan fácilmente. Tiró de Evelyn y la puso frente a él a modo de escudo humano. Sacó la pistola de su pantalón y apuntó a su sien, presionando la boca del arma contra su revuelto cabello castaño.

—Byrne, un paso más y le vuelo la cabeza.

Michael, jadeante tras la carrera, miró a los ojos a Evelyn. Si en algún momento hubo una auténtica conexión entre ellos desde que se habían conocido, sin duda fue ese. Duró apenas unos segundos, unos breves instantes en los que Evelyn solo veía la mirada decidida de Michael y Michael solo veía los astutos ojos de Evelyn. La bibliotecaria asintió con la cabeza de forma imperceptible mientras sentía el grueso vientre de Carlo apretado contra su espalda.

—Carlo, suéltala. Última oportunidad.

Evelyn, haciendo acopio de toda su rabia, golpeó con el codo a Carlo en el costado. Aunque era un hombre muy corpulento, lo inesperado de aquel movimiento hizo que aflojara su agarre, lo que aprovechó ella para escabullirse y apartarse de la trayectoria del arma de Michael.

Michael, al ver que Evelyn salía de su campo de visión, no se lo pensó dos veces. Sin embargo, para sorpresa de la bibliotecaria, no apretó el gatillo, sino que guardó la pistola en el cinto de su pantalón y se lanzó hacia el italiano con una furia animal. Los dos hombres cayeron al suelo y la pistola de Carlo se deslizó por el pasillo. Michael, a horcadas sobre el italiano, descargó sobre él una implacable lluvia de certeros puñetazos. A pesar de que tenía el rostro prácticamente deformado, Carlo dejó ir una risa seca entre estertores.

—Eso es, Byrne... Demuéstrale a tu chica qué eres en realidad... Un animal... Igual que yo.

Sus palabras lograron su objetivo. Michael se enfureció aún más y sus golpes se volvieron más salvajes. Con cada uno de ellos apretaba las mandíbulas con más fuerza.

—¡Michael, para! —exclamó Evelyn sin atreverse a acercarse a él y sacarle de aquel estado de furia.

Pero Michael parecía sordo a sus súplicas. Solo tenía en la mente los dolores de cabeza y el sufrimiento que ese italiano hijo de puta le había provocado desde hacía años. Con un movimiento rápido, sacó su pistola y la apretó contra la sien de Carlo.

—Dame una razón para no volarte los sesos ahora mismo.

—¡Byrne, detente!

Aquella voz pareció sacarlo de su estado. Al girarse, vio a Arthur Collins con su pistola en alto. Se acercaba con pasos rápidos y seguido de dos agentes.

—Recuerda nuestro trato —dijo con los ojos clavados en los de Michael, imponiéndose sobre aquella furiosa mirada azul —Carlo debe ser arrestado, no ejecutado. Es mío.

Sin embargo, Michael no se movió. Mantuvo la pistola presionada con firmeza contra la cabeza de Carlo, que tosía y respiraba con dificultad debido a los golpes.

—Michael, diste tu palabra... —le recordó Evelyn, que se atrevió a poner una mano en su hombro con suavidad.

Por unos momentos que parecieron eternos, nadie se movió. Evelyn apenas podía respirar por la tensión palpable que había en aquel pasillo. Arthur Collins apretaba las mandíbulas y contenía el aire. Finalmente, con un gruñido de frustración, Michael bajó el arma y pareció relajarse, todavía sentado sobre el grueso abdomen de Carlo.

—Todo tuyo, Collins.

Escupió en la cara del italiano, se levantó y se alejó de Carlo. Mientras Arthur y los agentes se encargaban de arrestar a Carlo, Michael envolvió a Evelyn entre sus brazos. La apretó contra él y besó sus cabellos una y otra vez. Ella solo cerró los ojos y apoyó la mejilla en su pecho para escuchar su corazón y aspirar su aroma.

—Tenemos que irnos —susurró él todavía con los labios sobre su pelo—. La prensa estará aquí en cualquier momento.

Con pasos acelerados y cogidos de la mano, deshicieron el camino hasta llegar de nuevo al teatro, salpicado ahora de cadáveres. Liam acudió a ellos de forma precipitada, jadeante y lleno de sangre, sosteniendo su pistola.

—La policía y los reporteros están llegando, tenemos que irnos ya.

Michael, Evelyn, Liam, Luca y el resto de irlandeses se apresuraron a recorrer los pasillos del viejo teatro hasta salir al exterior, donde los conductores los esperaban para disgregarlos por la ciudad. Cada coche se dirigió a uno de los escondites que tenían por la ciudad. Michael, Evelyn y Liam fueron directos a Whisper Lane, el lugar más parecido a un hogar que todos ellos conocían en aquel momento.

En silencio y con las emociones todavía a flor de piel, Michael sabía que aunque Carlo había sido arrestado, lo ocurrido en el teatro tendría consecuencias. Pero por ahora, con Evelyn a su lado, descansando en su hombro, eso era un problema del que se preocuparía otro día.

Capítulo 14

Llevaba tantos años acudiendo al despacho de James O'Malley que el olor a tabaco, a whisky y al viejo cuero de su sillón era lo más parecido al hogar que recordaba Michael. Al entrar con paso firme y la postura erguida, como siempre, pensó en sus primeras visitas cuando era un chaval de catorce o quince años. Tenía largas conversaciones con James acerca de cómo funcionaba el mundo en las calles. Allí también cobró las pagas por sus primeros trabajos. No se le olvidaba el día que James le puso en la mano un billete de 20 dólares tras haber destrozado los cristales de la tienda de uno de sus rivales.

Ahora, veinte años después, James lo observaba con respeto mientras hacía girar su sillón de un lado a otro.

—Debo admitir —comenzó a decir mientras se levantaba— que estoy impresionado. Has superado mis expectativas.

Sirvió dos vasos de whisky y le ofreció uno a Michael, que lo aceptó y le dio un largo trago.

—Gracias, señor.

Hubo un silencio entre los dos hombres. No resultó incómodo, era habitual entre ellos que, por unos instantes, cada uno se centrara en sus propios pensamientos antes de seguir la conversación.

—Te he llamado porque algunas cosas van a cambiar, Michael.

Michael se tensó. Podía esperar cualquier cosa y no sabía si tenía aguante y paciencia para más problemas después de las últimas semanas. Tras los hechos del viejo teatro, había alquilado un gran apartamento compartido con Evelyn y la vida había vuelto a ser tranquila. Solo quería degustar aquellos momentos el máximo tiempo posible.

—Quiero que te hagas cargo del territorio de Carlo. Los muelles, los clubes, las apuestas. Todo.

—Es un territorio muy grande —comentó Michael, cuya mente ya trabajaba a toda velocidad, aunque su expresión era neutra. A James nunca le habían gustado los aspavientos ni el exceso de emociones.

—Así es —O'Malley sonrió satisfecho tras dar un trago al whisky—. Considéralo un ascenso. Ya no tendrás que patearte las calles todo el día como un cabrón. Controlarás las cosas desde arriba, como yo.

—¿Y cuál es el truco? —inquirió Michael. Ladeó el rostro y miró a James con suspicacia, pues sabía que en aquel mundo no había nada gratis ni altruista.

—Ninguno. Te convertirás en mi mano derecha. Serás mi sucesor.

Michael no fue capaz de ocultar un gesto de sorpresa. Ni tampoco la ironía de aquel momento.

—¿No se suponía que me estaba ablandando?

James soltó una carcajada. Michael recordaba con rencor aquel momento en ese mismo despacho en el que su mentor le convenció de dejar a Evelyn para protegerla del peligro que lo rodeaba. Sin embargo, a ojos de O'Malley parecía ser solo una anécdota simpática.

—Parece que me equivoqué. Un hombre que tiene alguien a quien proteger es un hombre peligroso.

Se acercó a Michael y le puso una mano en el hombro. Clavó en él sus ojos verdes y recuperó la seriedad.

—Entonces, ¿qué dices, Michael? ¿Estás listo para ser el príncipe de Chicago?

Michael esbozó una sonrisa ladeada sin apenas mostrar los dientes. Sentarse a la derecha de James significaba tener más opciones de ser el blanco de algún matón, pero también más dinero, más protección, más poder. Más posibilidades de ofrecerle a Evelyn estabilidad y tranquilidad.

—Estoy listo.

Los dos hombres estrecharon la mano. James sonreía con orgullo y miraba a Michael como un padre a un hijo. A fin de cuentas, ni James había tenido hijos ni Michael tenía padre, así que podían encajar como piezas de un puzzle.

—Bienvenido a la cima, muchacho. Que Dios se apiade de cualquiera que intente derribarte.

El restaurante Maison Dorée, uno de los más exclusivos de Chicago, estaba prácticamente vacío a esas horas de la tarde. No adquiriría su máximo esplendor hasta la medianoche, cuando hombres elegantes y mujeres envueltas en pieles lo llenaran con sus frívolas carcajadas y ansias de diversión. Por el momento, en una mesa apartada, Michael Byrne, vestido con un impecable traje a medida, esperaba a su invitado mientras fumaba un cigarrillo. Aunque pudiera parecer que estaba solo, en realidad había cuatro hombres armados diseminados por la estancia.

La puerta se abrió para dejar paso a Arthur Collins, quien caminó confiado hasta la mesa en la que se encontraba Michael y tomó asiento frente a él. Su mirada mostraba una mezcla de cautela y curiosidad.

—Byrne —dijo a modo de saludo—. ¿A qué debo este placer?

—Felicidades por tu ascenso, capitán Collins —respondió Michael como toda respuesta, con una sonrisa fría—. Fue todo un logro capturar a Carlo el Romano...

—Bueno... —Arthur se revolvió en su silla, un poco incómodo—. Ambos sabemos que eso no fue exactamente lo que pasó.

—Los detalles son irrelevantes. Lo importante es el resultado. Tú tienes tu ascenso. Yo tengo mi expansión de negocios.

—¿Qué quieres de mí?

Arthur se impacientaba. A pesar del trato que habían sellado semanas atrás, todavía sentía un profundo desprecio por Michael Byrne y todo lo que representaba. Solo había acudido a aquella cita por curiosidad y, muy en el fondo, porque albergaba la esperanza de que Evelyn hubiera acudido y poder verla, aunque no hubiera cruzado una sola palabra con ella.

—Quiero la paz, Arthur. Una tregua entre nosotros.

—¿Paz? ¿Con un criminal?

—Con un hombre de negocios —le corrigió Michael con suavidad, levantando el dedo índice y enarcando las cejas—. Uno que puede hacer que tu trabajo sea mucho más fácil... o

infinitamente más difícil.

Ahí estaba. Michael abría la puerta de su próximo chantaje y Arthur no veía la forma de evitarlo. Era cierto lo que siempre había escuchado a oficiales veteranos: tratar con ese tipo de criminales era como mancharse las manos de caramelo. Se quedaban pegajosas y era casi imposible librarse de ellos.

—Te escucho —dijo al fin, mirándole fijamente.

—Es simple. Tú me dejas operar en mi territorio sin interferencias y yo me aseguro de que las calles estén tranquilas. Sin guerras entre bandas, sin violencia descontrolada.

—¿Y qué hay de tus negocios? —preguntó Arthur escéptico, pues la forma de ganarse la vida de Michael y sus hombres se sostenía sobre la violencia de todo tipo.

—No te preocupes por eso. Tengo empresas legítimas: pubs, casinos, algunos locales... Nada que tus superiores no puedan ignorar con comodidad.

Arthur apretó las mandíbulas. Claro que esos lugares eran legales. Lo que no era legal era lo que ocurría dentro de ellos.

—¿Qué pasa si me niego? —aventuró.

—Entonces —la voz de Michael adquirió un matiz susurrante, peligroso— podría empezar a hacer preguntas sobre cómo lograste capturar a Carlo. Estoy seguro de que tus superiores estarían muy interesados en los detalles.

El capitán Collins sabía que tarde o temprano pagaría el precio por aquel trato, pero no sabía que iba a ser tan pronto. Se preguntó si Evelyn sabía cómo se aprovechaba Michael de su iniciativa. En cualquier caso, no le quedaban muchas más opciones.

—Muy bien, Byrne. Tienes tu tregua. Pero si una sola gota de sangre inocente mancha las calles de mi ciudad...

—Nuestra ciudad —apuntó Michael con una sonrisa—. Y no te preocupes. Mantendré el orden mejor que cualquier fuerza policial. Parece que hemos llegado a un nuevo acuerdo.

Como último desafío, Michael miró a uno de los camareros, que les sirvió dos vasos de whisky. Arthur sonrió con ironía mientras negaba con la cabeza. Tenía potestad para pedir el cierre del restaurante por incumplir la Ley Seca, pero no lo haría, claro.

—Por una nueva era en Chicago —propuso Michael a modo de brindis.

—Por una nueva era.

Michael no solo saboreó aquel whisky añejo, sino también la victoria. Con la policía de su lado, o al menos fuera de su camino, su dominio sobre Chicago estaba asegurado. Su reinado apenas comenzaba.

Evelyn terminaba de acicalarse frente al enorme espejo que había hecho instalar en el vestidor. Su nuevo hogar era al menos cinco veces más grande que su modesto piso y Michael le había concedido el deseo de contar con su propio vestidor, con perchas llenas de ropa, decenas de cajas de zapatos y ese gran espejo. Aun así, Michael todavía prometía comprar una gran mansión de cinco pisos para tener todavía más espacio y más lujo.

La puerta del dormitorio se abrió y Michael entró en la estancia. La seguridad de sus pasos y su postura erguida hacían que su presencia llenara toda la habitación. Vestía un traje impagable y elegante, pero su actitud de depredador y la forma en que sus ojos escaneaban constantemente la habitación delataban al gánster que seguía siendo.

—¿Lista?

—Casi —respondió ella tras girarse con una sonrisa—. Algo me dice que el alcalde va a

aprobar mi propuesta para construir el centro cultural.

Michael dejó ir una leve risa de autosuficiencia.

—Si sabe lo que le conviene, lo hará. Ya le he enviado un recordatorio de nuestra generosidad pasada.

Evelyn asintió satisfecha, sin inmutarse por lo que implicaban esas palabras y sin hacer preguntas.

—Bien. Necesitamos ese centro. Los niños del sur de la ciudad lo merecen.

—Y lo tendrán —afirmó Michael. Se acercó al espejo para ajustar su propio corbatín—. Sea por las buenas o por las malas.

En realidad, a Michael le importaba más aquel proyecto de lo que quería demostrar. Ese centro cultural ofrecería a los niños que pululaban por las calles sin nadie que se ocupara de ellos un lugar al que ir. Un lugar donde pudieran recibir educación y opciones que les permitieran ganarse la vida, más allá de convertirse en carne de cañón de las familias criminales que se disputaban el poder en Chicago, tal como le había ocurrido a él.

—Me gusta este poder —afirmó Evelyn, mirando a Michael a través del reflejo del espejo—. Puedo hacer muchas cosas desde aquí —añadió al referirse a su nueva posición social.

—Todas las que quieras —afirmó él con una sonrisa de orgullo—. Vamos, tenemos una ciudad a la que deslumbrar.

Antes de cogerse del brazo de Michael, Evelyn miró su reflejo en el espejo una última vez. Atrás había quedado la ingenua bibliotecaria que quería una vida más emocionante y llena de aventuras. Ahora era Evelyn Byrne, caminaba al lado de uno de los hombres más poderosos de la ciudad y su voz se escuchaba en las altas esferas gracias a los proyectos culturales que había puesto en marcha para los más desfavorecidos.

Salieron a la noche de Chicago. Liam los esperaba con la puerta del Cadillac abierta y ataviado con sus mejores galas. Pese a que su posición también había mejorado, insistió en seguir siendo quien se encargara de conducir el coche de Michael. Sonrió al verlos: el rey y la reina de la ciudad del viento, unidos en poder y ambición, listos para enfrentar su imperio juntos.

Epílogo: 5 años después

En su despacho en la mansión Byrne en el North Side, Michael se reclinaba en su sillón de cuero mientras disfrutaba de un puro habano. Sobre la enorme mesa de caoba descansaba una botella de cristal llena de whisky, con el tapón cuadrado mal encajado. Ya había anochecido y desde el ventanal podía ver las luces de Chicago a lo lejos. La ciudad bullía de actividad en aquel momento gracias a los teatros, las salas de variedades y los pubs. Sin embargo, había todo un mundo lleno de vida, color y libertad tras supuestas puertas de almacén y locales abandonados. Allí era donde crecía y se multiplicaba el dinero de Michael Byrne. También lo hacía en los muelles. En los callejones. Y, cada vez más, en los despachos y oficinas de los políticos y empresarios de la ciudad.

La puerta se abrió y Michael desvió su atención hacia allí. Solo había una persona a la que permitía entrar en su despacho sin llamar. Evelyn llevaba un vestido de corte sencillo pero confeccionado con el mejor algodón egipcio. Había abandonado sus habituales tacones por unos escarpines de seda, ya que con el embarazo se le hinchaban los tobillos. Con una sonrisa, se acercó a él.

—¿Tommy ya está dormido? —le preguntó.

Tomó su mano y se la llevó a los labios solo para disfrutar de la suavidad de su piel, sin besarla.

—Acabo de acostarlo —respondió ella con un suspiro para mostrar que no había sido fácil meter en la cama al pequeño de ojos azules y tan terco como su padre—. Preguntó por ti.

—Mañana le daré una sorpresa y lo llevaré a montar a caballo al parque Lincoln.

Escucharon pasos precipitados que se acercaban por el pasillo. Evelyn dio un par de pasos atrás sin apartar la mirada de la puerta, pues supuso que, quien fuera, tenía mucha prisa para hablar con Michael.

No se equivocaba, pues fue Liam quien se asomó a la puerta abierta.

—Michael, los O'Banion se mueven en el sur. Esos cabrones no entienden las indirectas.

La expresión de Michael se ensombreció al instante. Apagó el puro en un gran cenicero de cuarzo y se levantó con calma, irradiando autoridad. Al erguirse, se acomodó el chaleco y después, la chaqueta. Había superado la costumbre de enfurecerse, rugir y salir corriendo cuando algo así ocurría.

—Reúne a los hombres. Habrá que dejarles un mensaje mucho más claro para que aprendan a no pisar por donde no deben.

Liam asintió y salió de allí dando voces por el pasillo para convocar a algunos de los hombres que se movían por la mansión. Evelyn había asistido a la conversación en silencio mientras acariciaba distraídamente su vientre abultado. Nunca hacía preguntas. No le hacía falta saber más de lo que ya sabía.

Michael se volvió hacia ella y enlazó su cintura para atraerla hacia su cuerpo y besarla.

Posó una fuerte mano sobre su vientre.

—Ve a descansar. Llegaré tarde —dijo aún cerca de sus labios, mirándola a los ojos.

—O pronto —apostilló ella por los días en los que Michael llegaba a casa al amanecer—. Te esperaré y desayunaremos juntos en la cama.

Michael sonrió y volvió a besarla. Después, la soltó de su agarre para que pudiera irse. Una vez a solas, se acercó a su escritorio. Sacó una pistola del cajón y, tras comprobar que estaba cargada, la guardó en el interior de su chaqueta. Algunos hábitos nunca cambiaban. La violencia aún era un arma en su arsenal y convivía con reuniones, almuerzos y llamadas de teléfono. Solo había que saber qué utilizar en cada momento.

Cuando subió al coche negro con el resto de sus hombres, esbozó una sonrisa lobuna. Michael Byrne, el apadrinado de James O'Malley, se había convertido en el depredador más peligroso de todo Chicago.

- FIN -
